

IE FOUNDATION

**Prizes in
the Humanities**

2023



IE FOUNDATION

**Prizes in
the Humanities**

2023

INDEX

Preface

9

Prizes

13

Poesía

16

STUDENTS + ALUMNI

1ST PETRICOR

Juan Pablo González

2ND SI COINCIDIMOS DE NUEVO UN DÍA

Juan Pablo González

3RD PEDISTEIS UN POEMA

José Manuel Jiménez Naranjo

FACULTY + STAFF

1ST TALE OF THREE CITIES

Miguel Arias

2ND EL NUMEN DEL AIRE

Sergio Rodríguez Jiménez

3RD MUDANZA

Lucía Bonilla Molina / Lucía Bleusvet

Relato Corto

26

STUDENTS + ALUMNI

1ST PAULA

Fernando Mendieta Benedicto

2ND EL QUE DEFIENDE

Dionisio Uría

3RD EL MISTERIO DEL SOBRE DESAPARECIDO

Antonio Ruiz González-Mateo

FACULTY + STAFF

1ST DOS LATIDOS

Pablo Renaud

2ND EL ORERO PROFESOR

Ottón Solís

3RD EL FINAL DEL EXPERIMENTO

Antonio Sanz

Ensayo Corto

54

STUDENTS + ALUMNI

1ST LA INFANCIA NOS VENGARÁ

Myhrra Duarte

2ND TEMPLO SIN DIOSES

Víctor Carmona Vara

3RD SOBRE CINE Y LIBERTAD

Ignacio Lasheras

FACULTY + STAFF

**1ST NO PODEMOS PERDERLES ANTES
DE GRADUARSE**

Borja Santos Porras

**2ND MIGUEL DE CERVANTES
Y DE CORTINAS Y SU PUEBLO MALDITO**

Marcelino Lominchar Plaza

Poetry

80

STUDENTS + ALUMNI

- 1ST **THE CANARY**
Emily Fuller
- 2ND **HELLO, ROBOT (AND THE NEW HOMO SAPIENS)**
Sahil Baxi
- 3RD **UNTITLED**
Sofía Barreto

FACULTY + STAFF

- 1ST **ACCOUNTANT DOES ELECTRICAL WORK**
Bruce Busta
- 1ST **REMEMBERING СЕБАСТЬЯН (SEBASTIAN)**
María Eugenia Marín

Short Story

90

STUDENTS + ALUMNI

- 1ST **A PLACE IN THE UNIVERSE**
Barnaby Shand
- 2ND **LIKE PASKA, WE RISE**
Emily Fuller
- 3RD **RUBBLE**
Alicia Lichter

FACULTY + STAFF

- 1ST **HOMECOMING**
Ashton Lewis
- 2ND **BURNT OFFERING**
Michael Suire

Short Essay

108

STUDENTS + ALUMNI

- 1ST **ARCHIPELGAL IDENTITY FROM: HIROSHIMA - HONOLULU**
Yuzuko Kitta
- 2ND **THE PARADOX OF TOLERANCE**
Kseniia Trifonova
- 2ND **DOES TAKING THE VALUE OF PRIVACY SERIOUSLY REQUIRE THAT WE BAN TRADE IN PERSONAL DATA?**
Catalina Tarrazo

FACULTY + STAFF

- 1ST **KINGDOM OF THE SICK**
Pallavi Aiyar
- 2ND **ON CROSSING THE BOUNDARIES OF HISTORY, GENDER, AND CULTURE IN ARTHUR GOLDEN'S MEMOIRS OF A GEISHA**
Iván Cuadra García
- 3RD **FROM GUERNICA TO OKHTYRKA: NARRATING CONFLICT FROM SPAIN TO UKRAINE**
Ibrahim Al-Marashi

Photography

136

STUDENTS + ALUMNI

- 1ST **SUMMER MUSINGS**
Frederick von Finck
- 2ND **JUNGLE DEPTHS**
Jorge Del Aguila
- 3RD **MARÍA**
José Mansilla

FACULTY + STAFF

- 1ST **REFLECTION**
Javier Cumella
- 2ND **BEACH LIFE**
Nicolas Randall
- 3RD **ENCOUNTER**
José María Cuéllar

Photo Series

150

STUDENTS + ALUMNI

- 1ST **TABASKI IN SENEGAL**
María Bravo
- 2ND **HORIZON**
Juliette Meyer
- 3RD **ARDEN**
José Mansilla
- SM **GRANDPARENTS IN BEIJING**
Yijun Liu

FACULTY + STAFF

- 1ST **CUBARAUIS**
Abidin Mohamed Hamudi
- 2ND **ORWELL'S 1984: THE LONDON OF BIG BROTHER**
Goyo Romero Carretero
- 3RD **WHAT THE WATER GAVE ME**
Virginia Ortega Sánchez-Migallón

Video

166

STUDENTS + ALUMNI

- 1ST **ZAMBEZIA: A WELL FOR CHANGE**
Amine Harboul
- 2ND **HUMAN MEETS NON-HUMAN**
Marta García
- 3RD **GITARRERO MARIANO CONDE**
Fiona Conlon

Digital Art

174

STUDENTS + ALUMNI

- 1ST **9 LIVES**
Arseniy Petrov
- 2ND **AMERICAN GOTHIC**
Natalia Rubio Shnaiderman
- 3RD **EYES ON YOU**
Mohamed Elyess

FACULTY + STAFF

- 1ST **ATMOSPHERE 05, ATMOSPHERE 06, ATMOSPHERE 08**
Juan Cabello Arribas
- 2ND **BRAINART**
Alberto Levy
- 3RD **FLY BY**
Nicolas Randall

Epilogue

183

The Jury

189

Credits

193

PREFACE

Once again, let's encounter the sunsets, to go beyond the dark line of the sun that hides, while the anthems take cover and the grasses tuck in. There, where images cannot reach, words will come, and if not the music of space or the pictures of the future. These are contradictory times and it appears the sun has set. The letters farm their harvest and the projections of dreams listen. This is the birth of letters and the push of images; this is how emotions are gathered and time and moments are captured; this is how the sun is born, how the moon surprises us and we always hope to be the ones that capture muses and mists. It's tough to set in motion the dawns and days of the word. And even more problematic, to shoot the flash of seconds captured forever behind a lens, halted each time and fed by hunger, memories and dreams. We are back in the breach, in the place where our students stop to collect the fruit of their harvest. We rebalance the language and the prizes. We compete again with artificial intelligence, with effort and right doing. I don't know if these are times of foliage, but they are of courageous winds wrapped in the hands, heads or eyes of those who dared to fly or to fly higher.

Diego del Alcázar, Founder of IE

De nuevo, vamos al encuentro de los atardeceres, a sobrepasar la línea oscura del sol que se esconde, mientras los himnos se cobijan y las hierbas se arropan. Allí donde no lleguen las imágenes llegarán las palabras y si no la música del espacio o las imágenes del futuro. Son tiempos contradictorios y en apariencia el amanecer está resuelto. Las letras labran su cosecha y atienden las proyecciones de los sueños.

Así es el alumbramiento de las letras y el empuje de las imágenes; así se recogen las emociones y se atrapan el tiempo y el instante; así nace el sol, nos sorprende la luna y siempre esperamos ser nosotros los que capturemos las musas o las nieblas. Es difícil poner en marcha los amaneceres y los días de la palabra. Y todavía más problemático es lanzar un fogonazo de segundos capturados detrás de un objetivo para siempre, detenidos cada vez y alimentados por el hambre, los recuerdos y los sueños. Volvemos a estar en la brecha, en el sitio donde se detienen nuestros alumnos para recoger los frutos de la cosecha. Volvemos a hacer balance del lenguaje y de los premios. Volvemos a competir con la inteligencia artificial, con el esfuerzo y el bien hacer. No sé si son tiempos de fronda, pero sí de vientos corajudos envueltos en las manos, las cabezas o los ojos de quienes se atrevieron a volar o a volar más alto.

Diego del Alcázar, Founder of IE

Poesía

STUDENTS + ALUMNI

1ST PETRICOR

Juan Pablo González

2ND SI COINCIDIMOS DE NUEVO UN DÍA

Juan Pablo González

3RD PEDISTEIS UN POEMA

Jose Manuel Jiménez Naranjo

FACULTY + STAFF

1ST TALE OF THREE CITIES

Miguel Arias

2ND EL NUMEN DEL AIRE

Sergio Rodríguez Jiménez

3RD MUDANZA

Lucia Bonilla Molina / Lucía Bleusvet

PETRICOR

Juan Pablo González ^{MEX}

Bachelor in Behavior and Social Science

Hoy llueve...
Hay en el cielo cúmulos de nubes tristes
y en la calle charcos de lágrimas
donde beben perros abandonados.

Hoy llueve, y acaso mañana
quedarán residuos de agua en las calles
(no habrá más que usarlos como espejo).

SI COINCIDIMOS DE NUEVO UN DÍA

Juan Pablo González ^{MEX}
Bachelor in Behavior and Social Science

Mi corazón sigue en Segovia,
en esa primera semana
de vida castellana a tu lado
en que intercambiamos nuestra música
–yo Bach y tú Mahler–
y esas tardes en que osé abrirme y conocerte

Para luego volver a casa
y echar la siesta
entre tus manos tibias de otoño,
abrazado a tu piel canela.

Ahora (ignoro si por
simple broma cruel del destino)
nos despedimos.

Tú seguirás persiguiendo una vida más tranquila
y quizás, al llegar la tarde, llevarás tu barca
a la tierra tropical de tu infancia.
Yo me quedaré en la ciudad de los madroños,
acaso cerca de ti pero tan lejos...

Si coincidimos de nuevo un día,
déjame mirar de nuevo tus ojos de café manchado
y sentirme en casa,
como cuando nos conocimos.

PEDISTEIS UN POEMA

José Manuel Jiménez Naranjo ^{SPA}
*Programa avanzado de gestión patrimonial
de activos inmobiliarios (2018)*

Pedisteis un poema,
un relato corto, un ensayo.
Un vídeo, una fotografía, arte digital.
Creísteis en la humanidad de las personas.
Pedisteis la creación del interior de las personas.
El valor de las personas,
la creencia en la humanidad,
la vida.
Es la inspiración que buscáis en nosotros.

Respirad y oíd
Yo oigo guitarras de rock sonando,
gritando al mundo,
“estamos vivos”.
Pudimos con la crisis.
Pudimos con la pandemia.
Podemos con lo que nos venga.

Respirad y oíd
Yo oigo tambores
dando el ritmo de seguir adelante.

Respirad y oíd
Yo oigo el cantar de una dulce voz,
que nos da la calma para ser humanos,
para creer en nosotros,
para mirar a atrás
y dar la mano a quien ha caído.

Respirad y oíd
Yo oigo el cantar de los pájaros,
porque es la naturaleza la que nos da el oxígeno para la vida.

Respirad y oíd
Yo oigo el latir de los corazones bombeando amor,
pues es la sangre que nos da vida.

Respirad y oíd.
Creísteis es la humanidad de las personas.
Y no os equivocáis.

TALE OF THREE CITIES

Miguel Arias ^{SPA}

Professor at IE Business School

NUEVA YORK

I love New York.

Encadenando *Happy Hours* que duran años,
en Nueva York dejas la cuenta abierta en los bares
y en la calle,
mientras te va consumiendo la vida por dentro,
una deuda imperceptible y vigilante.

De partida diez años más joven,
te permites ser egoísta, desenfrenado,
pero saliendo del metro, de pronto, con prisa,
la ciudad te cobra peaje
y te asesta un golpe de arrugas y desgana.

Nueva York lo es todo, entera, sublime,
en el reflejo vitriólico de sus rascacielos
no te ves a ti mismo,
si no a quien puedes llegar a ser,
si sacrificas en el altar de sus desmanes
tu espacio, tus gozos y alguna de tus sombras.

Nueva York te empuja desde las barras de bar,
apurando conversaciones más tristes que en las películas,
para no terminar en la habitación del hotel,
minúscula,
donde, solo, piensas en la levedad de tu existencia
y en la necesidad de triunfar con reglas ajenas,
con las cartas marcadas.

El olor a canuto destila sueños rotos
y alimenta una sed, inaguantable, de ser reconocido,
en una ciudad donde todo el mundo porta máscaras,
donde nadie es de aquí.

Pero todos creen que llevan algo de Nueva York
en su bolsillo.

MADRID

El suelo de Madrid cuenta historias
sobre capas de servilletas sucias
y tapas desperdiciadas,
escupidas desde la risa
que cuenta siempre los mejores relatos.

Madrid te acoge suave en las caídas,
pero es difícil asirse a sus esquinas,
borrachos de tanto entusiasmo y vermut.

Y el cielo se tiñe de promesas sublimes,
un arrebol crepuscular,
escenario de duelos interminables
contra poetas ocasionales entre gritos y orines.

Madrid te acompaña de noches larguísimas
donde perderse de una vez por todas,
aunque siempre vuelve a ser de día,
porque Madrid es, ante todo, luz.

Haces que se cuelan entre las hojas
de los árboles del Retiro,
mientras una madre, su bebé y una amiga
toman más de una Mahou en La Florida.

Un sol dado por descontado,
tanto que bajamos las persianas,
teletrabajando el disimulo
y dificultando al vecino *voyeur* sus ansias,
en un diálogo silente entre patios de manzana.

Madrid late,
como una taquicardia de sensaciones,
un impulso de sexo y descaro,
un adolescente que se ve bien,
a pesar del desgarbo y los granos.

El cielo puede esperarme aquí,
dibujando sombras contra sus plazas,
viviendo, bebiendo la última a tragos,
al borde de las aceras,
donde pararse resulta raro.

Menos en Madrid.

SÃO PAULO

Desde la última montaña escalada,
desde el éxito improbable,
desde la búsqueda enloquecida del “fuck you money”,
sin tener jamás certeza si es que has llegado,
llega el bofetón despiadado de que,
al fin y al cabo,
no le importa absolutamente a nadie.

São Paulo es un gigante impasible
ante las miserias y los desempeños,
dura, llena de aristas afiladas que no perdonan,
cortando en dos el descuido,
entre la indolencia despistada de los turistas.

São Paulo golpea bajo, contra los huesos,
te clasifica como ganado listo para el matadero
de los dioses del dinero, el lujo
y la miseria de las favelas,
entre coches deportivos.

Los rascacielos se elevan sin dudas, interminables,
haciéndonos aún más débiles,
devolviendo imágenes deformadas y diminutas.

En cambio, los árboles debajo se tuercen,
buscando caminos,
adaptándose a la vida entre recovecos.

São Paulo huele a mezcla de sudores,
a asfalto con papaya,
mientras llueve *cachaça* a borbotones
en las gargantas de los elegidos.

São Paulo te abraza
pero sus brazos solo se protegen a sí misma,
en una cruel *brincadeira* más,
mientras nos espera para el próximo viaje,
con nuevas promesas y ningún desenlace.

EL NUMEN DEL AIRE

Sergio Rodríguez Jiménez ^{SPA}

Receptionist at IE Segovia Campus

“Ruega Señor.
Estamos cerca.”
Paul Celan

A la matriz urbana
de los acantilados,
al hambre casi esférica
de las víctimas rojas,
de los lobos sin rocío,
de los ocasos sin rumbo,
al ritmo imaginario de las cosas prohibidas,
al oprobio que filtra sus licores
hasta el final de algo rocoso y libre,
al anciano al que solo le emociona
la nieve ya que anega la mirada,
a aquello inocuo destilando el numen del aire,
al olvido si surge entre el surco y el relente,
al aria de la vida que gime y que golpea,
al dios tan importante que nunca nos murmura,
a la esperanza de un adiós sereno,
al origen de todo lo que a veces es todo,
a eso, cuando despierta más allá de lo frágil,
a esa sima hacia donde se da la lejanía,
a aquello que aprendemos cuando el mundo enloquece,
a la bóveda de alguien que nos miente y nos salva,
al delicado rostro de la perversidad,
a los miles de estrépitos que arrasan la tierra...
... ¿qué añadido yo, Señor?
¿qué añadido yo, Señor, a estos parajes inhóspitos?

MUDANZA

Lucía Bonilla Molina (Lucía Bleusvet) ^{SPA}

Admissions Advisor for Undergraduate Programs

Las paredes desnudas forman el gesto
y acogen
el cuadrado de luz en las sábanas azules,
los cristales sucios, las pequeñas
partículas luminosas que levitan serenas,
—visibles solo al abrigo de este haz solar—,
las postales apiladas,
el hueco en los espacios,
las maletas marrones en el suelo,
los platos recién lavados, tiritando,
la almohada gris sin funda,
esta oquedad y aquel sinónimo.
Las paredes desnudas forman el gesto:
la misericordia atenuante;
el adiós inevitable.

Relato Corto

STUDENTS + ALUMNI

- 1ST PAULA**
Fernando Mendieta Benedicto
- 2ND EL QUE DEFIENDE**
Dionisio Uría
- 3RD EL MISTERIO DEL SOBRE DESAPARECIDO**
Antonio Ruiz González-Mateo

FACULTY + STAFF

- 1ST DOS LATIDOS**
Pablo Renaud
- 2ND EL ORERO PROFESOR**
Ottón Solís
- 3RD EL FINAL DEL EXPERIMENTO**
Antonio Sanz

PAULA

Fernando Mendieta Benedicto ^{SPA}
Master in Business Administration (1987)

A punto de cumplir 74 años, Mario Luengo se encontraba ante uno de los momentos más importantes de su ya larga vida. Al día siguiente, el Tribunal Supremo iba a fallar una sentencia que haría que Mario pudiese pasar el resto de sus días feliz y tranquilo, o, por el contrario, vivir con la pesadumbre que acompaña a quien sabe que su última voluntad no podrá cumplirse tal y como él hubiese deseado.

Ante esta posibilidad de éxito o fracaso, Mario se encontraba en tal estado de ansiedad que al llegar la noche su mente le llevó a recordar los acontecimientos que habían desembocado en tan compleja situación y así no pudo evitar que una sonrisa se dibujase en sus labios cuando rememoró el primer día que conoció a Paula y escuchó con su dulce voz decirle: “Encantada de conocerle, señor Luengo, me considero muy afortunada de estar a su servicio y espero poder atender todas sus necesidades a su gusto”.

Mario contaba entonces con 70 años y hacía tres meses que acababa de enviudar. Fruto de su matrimonio habían nacido dos hijos, Luis, que en ese momento tenía 42 años, y Olaya, que había fallecido a los 34, hacía ahora cinco, víctima de un proceso cancerígeno cuyo desenlace fue fulminante. Aunque científicamente nadie pudiese afirmar que hubiese correlación entre la muerte de su hija y la de su esposa, la realidad fue que esta no pudo superar tan duro lance y perdió las ganas de vivir en cuanto le faltó su niña.

Ninguna madre debería sobrevivir a sus hijos, le repetía con los ojos llenos de lágrimas su mujer a Mario constantemente desde el día en que perdieron a su hija.

Y no había palabra que él le dijese que pudiese consolarla porque en el fondo sabía que tenía razón y él sentía exactamente lo mismo. La muerte de su esposa le supuso un segundo mazazo en pocos años y le sumió en una enorme tristeza.

Su hijo Luis era un alto directivo en uno de los principales bancos no solo del país, sino del mundo, por lo que hacía ya unos años que había sido destinado como director general a diferentes países de Latinoamérica: Colombia, Brasil, Argentina. Esta situación le impedía poder hacerse cargo de su padre, ya que tan solo venía a España un par de días al mes para asistir al Comité de Dirección Internacional y, cada vez, le costaba más disponer de un momento para visitar a su progenitor.

Así fue como Luis encargó al director en España de Asuntos Sociales de su banco que se encargase de buscar a alguien que cuidase y acompañase a su padre, al tiempo que le decía: “Respecto al precio, trata de encontrar una solución equilibrada, tú ya me entiendes. Busca algo bueno, pero no demasiado caro. Tal y como se encuentra mi padre no creo ni que vaya a vivir demasiado tiempo ni que se dé mucha cuenta de lo que pasa a su alrededor”.

Y mientras lo decía no podía dejar de pensar en lo bien que le vendría a él, ya como único heredero, el recibir en pleno dominio todo el patrimonio acumulado tanto por su padre como por su madre, e incluso por su hermana, ya que al haber fallecido esta siendo soltera y sin descendientes, lo que había ganado pasó a ser de sus padres.

Con su mente financiera rápidamente inventarió todo el futuro caudal hereditario: “La casa de mis padres unos 500.000 euros, la de mi hermana 250.000, el apartamento de la playa 150.000 y en acciones, fondos y cuenta corriente hay otros 100.000, de manera que *el milloncito* no me lo quita nadie, ya que con la buena pensión que recibe mi padre y el alquiler que cobra por el piso de mi hermana, seguro que no le ha hará falta tirar de nada más”.

Se sorprendió a sí mismo al analizar tan fríamente la situación, pero no se avergonzó por ello.

En ocasiones, el precio que había que pagar por tener una exitosa carrera internacional era

el de sacrificar la vida familiar. Tal fue el caso de Luis. Pudo haber elegido quedarse en España, pero los ascensos eran más rápidos en el extranjero, así que optó por esta trayectoria.

Los constantes cambios de destino le supusieron el divorcio de su primera mujer y madre de sus dos hijos, todavía pequeños, lo que se tradujo en el pago de una cuantiosa pensión mensual, así como la cesión del uso de la vivienda familiar en España en exclusiva a ellos. En su paso por la delegación de Brasil conoció y se enamoró de la directora de marketing, con quien se casó hacia ya dos años y de la que ahora estaba esperando un hijo. ¡Vamos, que iba a ser cierto eso de que los niños vienen con un pan debajo del brazo!

En definitiva, la realidad era que su padre fallecería independientemente de cuales fuesen sus deseos; el destino era así de inexorable, pero...también se mostraba en ocasiones caprichoso y contaba con inesperados aliados como, en este caso, fue el modo de funcionamiento de las grandes corporaciones. De esta suerte, el encargo respecto al cuidado de su padre que Luis había hecho a un director fue delegado por este a un colaborador suyo y por este, a su vez, a otro. De manera que al final fue un joven becario quien se vio ante la tarea de encontrar la mejor y más barata solución para el problema de “encontrar compañía y cuidado en su propia casa para un señor mayor, padre de un importante directivo del banco”.

Como buen hijo de nuestra época, el primer y único canal de búsqueda al que recurrió el joven becario fue internet, de manera que tras unos cuantos tecleados y clics le apareció lo que se le antojó un anuncio prometedor que rezaba así: “¿Desea que los familiares a las que más quiere (hijos pequeños, padres mayores, abuelos...), pero usted no puede cuidar, se sientan realmente amados y siempre atendidos? En la Agencia para el Cuidado de las Personas le ofrecemos la mejor, más económica, personalizada e innovadora solución. Ahora precio especial de lanzamiento para personas mayores”.

Tras varios contactos, primero vía chat, luego telefónico y finalmente en persona, el becario elaboró un dossier que orgullosamente presentó a su superior, seguro de que había cumplido con nota la tarea encomendada. El documento se transmitió de vuelta por la cadena jerárquica hasta que finalmente llegó a Luis, a quien le entusiasmó la propuesta planteada, sobre todo porque el precio se presentaba muy reducido, ya que al tratarse de una empresa nueva en España, querían introducirse en el mercado con una agresiva oferta económica, hasta estar seguros de que su sistema funcionaba.

La comunicación de la solución adoptada ni siquiera se la hizo Luis a su padre en persona, sino que fue a través de una videollamada y sin entrar en demasiados detalles al respecto.

Así llegó el día en que un abatido Mario recibía en su casa a dos individuos, uno se presentó como el director de zona de la Agencia para el Cuidado de las Personas y el otro como compañero de

su hijo y responsable de cierto departamento en el banco quien, tras unas bien fingidas frases de interés por su estado, pasó a hacer la introducción de rigor.

–Señor Luengo, siguiendo las instrucciones de su hijo, hemos seleccionado a la mejor cuidadora, quien a partir de ahora se ocupará de todo cuanto usted precise –y, tras una breve pausa para observar el efecto de sus palabras, prosiguió –. Permítame que le presente a Paula.

En ese momento apareció desde la habitación contigua una joven que no aparentaba más de treinta años, de cabellos rubios recortados en una melena sobre los hombros, ojos castaños y de una estatura que calculó rondaría el metro setenta. Vestía una especie de peto de color azul que le recordó los monos de faena que usaba él en sus primeros días de trabajo de campo como ingeniero. Esta le tendió la mano educadamente al tiempo que con voz melodiosa y un semblante dulce le decía:

–Encantada de conocerle, señor Luengo, me considero muy afortunada de estar a su servicio, espero poder atender todas sus necesidades a su gusto.

Tal fue el efecto que su presencia ocasionó en Mario que este, por primera vez en muchos meses, no pudo evitar que se le dibujase una sincera y espontánea sonrisa al tiempo que le correspondía dándole la mano mientras le contestaba:

–El placer es mío, Paula, estoy convencido de que el afortunado voy a ser yo al contar con tu ayuda y compañía. Intuyo que incluso vamos a ser buenos amigos.

El primer día transcurrió entre indicaciones de Mario sobre donde estaba todo en casa, sus preferencias en la comida, así como la medicación que tomaba, principalmente anticoagulantes y diuréticos para controlar la tensión y, desde las muertes de su hija y esposa, somníferos para poder conciliar algunas horas de sueño por la noche.

–El resto ya lo iremos viendo –zanjó Mario–. Tiempo tendremos para conocernos e intuyo que no habrá problemas entre nosotros.

Y de este modo se sorprendió Mario a sí mismo mostrando un interés por agradar, que creía perdido desde que se quedó solo, al tiempo que esperaba impaciente la videollamada de Luis por la noche para relatarle como había ido ese primer día. Sin embargo, esa llamada no llegó por lo que fue Mario quien lo intentó sin éxito. Claro, pensó, como allí todavía es por la tarde seguro que Luis se habrá liado, sigue trabajando y no ha podido llamarme, mañana seguro que lo hará.

Pero el día siguiente llegó y tampoco hubo ninguna comunicación; tuvo que pasar una semana para que el móvil de Mario sonase y viese la cara de Luis en la pantalla.

–¿Qué tal estás, papá? Perdona que no te haya llamado antes, pero aquí las cosas están muy complicadas con la absorción del mayor banco local y no me han dejado tiempo. Ya me dijo mi compañero que le pareció que te quedabas muy contento con..., ¿cómo se llama, Laura, creo ...?

–Paula, hijo, se llama Paula y, en efecto, estoy muy contento con ella, así que estate tranquilo, es mucho mejor de lo que había imaginado. Me trata con un cariño que ya tenía olvidado. Bueno, no quiero decir que tú no seas cariñoso conmigo, lo que pasa es que como nos vemos tan poco –Y, con semblante alegre, Mario prosiguió–. Pero, bueno, hijo, como vas a venir dentro de quince días ya te lo contaré todo entonces y además veremos juntos por la televisión el partido, ¡parece que este año podemos volver a ganar la liga! ¡Qué ganas tengo de ver el clásico de nuevo contigo!

–Claro que sí, papá, claro que sí –contestaba un desconcertado Luis, que pretendía disimular la sorpresa que el nuevo buen humor de su padre, así como el recordatorio sobre el partido, le había producido–. Ahora tengo que dejarte, que tengo otra reunión dentro de cinco minutos. Adiós, papá, hasta dentro de dos semanas.

Durante los siguientes días, Paula siguió conociendo más cosas de la vida de Mario, que se sentía cada vez más cómodo con su presencia y ante quien no le costaba contarle no solo ya aspectos referentes a su vida cotidiana, sino detalles de su pasado en común con su esposa e hijos pequeños, mientras ella escuchaba activa y atentamente. En una ocasión, ante la tristeza que vio reflejarse en el rostro de Mario, Paula se atrevió a hacerle una pregunta.

–Disculpe si soy indiscreta, Mario, pero en el perfil que disponían de usted en la Agencia se indicaba que tiene dos nietos, de aproximadamente diez y doce años. ¿Cómo es que nunca vienen a verle o va usted con ellos a algún sitio?

A lo que Mario, con semblante triste, respondió:

–Supongo que ese perfil habrá sido facilitado por mi hijo, y hay detalles que prefirió omitir. Yo he sido lo que podríamos denominar una víctima colateral del divorcio de Luis. Fue un proceso largo y enconado, mi nuera se sintió además de desechada, traicionada por mi hijo; ella había renunciado a su propia carrera profesional por seguirle, de modo que cuando por medio de una amiga que también trabajaba en el banco se enteró de que Luis había iniciado una relación con su directora de marketing en Brasil, doce años más joven que ella, no reparó en cortar toda relación con él o lo que pudiese recordarle a él, lo cual me incluía a mí. Así que hace ya más de cuatro años que no sé nada de mis nietos...

Cuando Paula vio los ojos vidriosos de Mario y su voz temblorosa que no le dejaba terminar la frase, supo lo que era el significado auténtico de la palabra soledad y, por primera vez en su existencia, atisbó a comprender los motivos por los que se podía perder toda ilusión por vivir. Paula sintió ganas de llorar con Mario, aunque el protocolo fijado por la Agencia le impidiese hacerlo para así no entristecer más a la persona a su cuidado.

Pasaron diez días y sonó el teléfono.

–Hola, papá, soy yo, Luis.

–Pues claro, hijo, quién va a ser si no, si a

mí ya no me llama nadie más que no seas tú o los de las compañías telefónicas con ofertas irrechazables para que me cambie de operador. ¿Cuándo vienes, mañana?

–Pues eso quería decirte, papá, que lo siento mucho pero que no voy a poder acompañarte durante el partido, ni siquiera voy a poder ir a verte. La compra del otro banco se ha complicado y ello me obliga a quedarme aquí –y, sin dejar pausa alguna para evitar tener que escuchar algún posible lamento de su padre, prosiguió–. De verdad que lo siento, pero el mes que viene seguro que nos vemos e incluso, si quieres, vamos a ver un partido al estadio, ya sabes que el banco tiene unos asientos reservados al lado del palco presidencial, así que moveré algunos hilos y seguro que...

–No te preocupes, me hago cargo, aunque me hacía tanta ilusión ver juntos este partido, como cuando eras pequeño y nos poníamos las camisetas y las bufandas.

Intentando cambiar de tema, ya que se le hacía difícil no mostrar la decepción sufrida, Mario continuó.

–Por cierto, ¿cómo está Marcía? ¿Qué tal lleva los últimos meses de embarazo?

–En las palabras de Mario no había el mínimo atisbo de segunda intención, pero como Luis se sentía culpable por su comportamiento, reaccionó molesto.

–¿Qué quieres insinuar con eso, papá, que ahora cuando nazca el niño iré a verte menos? ¡No tengo porqué aguantarte ningún reproche! Me he ocupado de que estés atendido y por lo que veo en tu forma de hablar me parece que muy bien. Ya eché a perder un matrimonio e hijos por no dedicarles el tiempo que ellos requerían, así que ahora no voy a fracasar de nuevo. Si tengo que dejar de viajar y de verte alguna vez por ello no dudes que lo haré. Bueno, ya seguiremos en contacto. ¡Adiós, que disfrutes del partido!

–Pero hijo, si yo no he... –intentó responder Mario, aunque Luis ya había interrumpido la comunicación.

Paula había presenciado la conversación discretamente desde el otro extremo de la habitación mientras hacía ver que colocaba unos libros y, dado el excelente sentido del oído que tenía, había podido escuchar a ambos interlocutores, a pesar de lo cual preguntó:

–¿Qué sucede, ha pasado algo con su hijo, se encuentra bien?

A lo que un abatido Mario, apenas acertó a balbucear:

–Nada, no pasa nada..., lo único es que Luis no va a poder venir mañana..., así que ya no hace falta que prepares la cena como te había dicho, ni que bajes las bufandas del altillo...

Paula no respondió ni preguntó nada más, consciente de que a Mario no le apetecía en absoluto seguir hablando del tema. Con la cabeza agachada y la mirada perdida se dirigió a su dormitorio donde se encerró. Sin necesidad de apoyar el oído

a la puerta, Paula pudo distinguir perfectamente cómo Mario se echaba en la cama y emitía un sollozo ahogado que transmitía la mayor tristeza y resignación que ella había podido percibir hasta entonces.

Durante el día siguiente Mario solo salió de su dormitorio el tiempo suficiente para hacer una frugal mezcla de desayuno y almuerzo, volviendo de nuevo a su habitación tras concluirlo. Cuál no sería su sorpresa cuando, cerca de las nueve de la noche, le pareció escuchar un murmullo que provenía del salón, al tiempo que la inconfundible y animosa voz de Paula le decía:

–Vamos, Mario, ¿a qué está esperando? ¡Qué se va a perder la salida de los jugadores!

Y cuando él abrió la puerta, allí le estaba esperando ella, vestida con una camiseta de su equipo y con una bufanda sobre los hombros al tiempo que le tendía otra para que él se la pusiese. Sin poder articular palabra, asido del brazo por ella, se dirigió al salón que había sido decorado con banderas de su equipo. Sobre la mesa estaban dispuestos unos platos de jamón, lomo, queso y abierta una botella de su vino preferido, mientras que por la televisión podía verse como la cámara enfocaba a todos los jugadores perfectamente alineados con el equipo arbitral en medio. Como dentro de un sueño comenzó a escuchar a Paula recitándole una serie de datos.

–A ver si esta vez tenemos más suerte, porque con este árbitro no les hemos ganado nunca y además siempre nos ha pitado algún penalti en contra. Por lo menos le han concedido la cautelar y Rodri puede jugar a pesar de la tarjeta roja que vio en el último partido.

Mario disfrutó durante el encuentro, comentando con su acompañante infinidad de jugadas, como hacía tiempo que no recordaba y como creía que ya no sería capaz de volver a hacer.

A partir de ese momento la relación de confianza y afecto entre Mario y Paula fue incrementándose de un modo directamente proporcional a las, cada vez más separadas en el tiempo, llamadas de Luis, siempre con buenas excusas para no ir a ver personalmente a su padre y con palabras de reproche a la nueva felicidad que Mario le transmitía.

Las semanas se convirtieron en meses y Luis no volvió a visitar a su padre, ni siquiera para festejar juntos el nacimiento de su nuevo nieto. Era como si de algún modo se lamentase, en lugar de alegrarse, de las renovadas ganas de vivir que veía en su padre:

“¡Qué pronto te has olvidado de mamá, parece que ya no la echas de menos!”, le espetó durante la última llamada en la que Mario le decía las ganas que tenía de que viniese a verle con su nueva esposa e hijo y así él también conociese personalmente a Paula, para que apreciase lo amable y cariñosa que era con él.

Sin embargo, la respuesta de Luis gritando fue:

–¡No tengo ninguna gana de conocerla, ahora estoy seguro de que no querías tanto a mamá como

decías y que incluso te alegras de su muerte! Además, ¿sabes qué? ¡Pareces uno de esos viejos viudos que se deja engatusar por la primera jovencita que se les cruza en su vida y que lo único que quieren es quedarse con todo su dinero! ¡Qué patético eres, papá, ya que en tu caso ni siquiera...!

Mario no lo soportó más e interrumpió la comunicación dejando con la palabra en la boca a Luis. No daba crédito a lo que su hijo le estaba diciendo y no quería seguir escuchándole decir más barbaridades, dudando de su amor hacia su esposa fallecida. Estaba claro que a Luis su felicidad y sus renovadas ganas de vivir, le molestaban y el motivo de ello no podía ser otro que el ansia por heredar cuanto antes.

Como buen padre que no resigna a perder a su hijo, Mario intentó en posteriores conversaciones reconducir la situación con Luis. Sin embargo, cada llamada duraba menos tiempo y la única preocupación que Luis mostraba por su padre, entre gritos y reproches, era que este le donase en vida, cuanto antes, su patrimonio, amenazándole, en caso de no hacerlo, incluso con acudir a los tribunales para que le declarasen incapaz y le nombrasen a él su tutor.

Así, pasados unos meses, tras pensarlo mucho y muy a su pesar, Mario tuvo clara la decisión que iba a tomar: ¡Nombrar heredera universal a Paula!, haciendo todo lo posible para que Luis no recibiese ni un céntimo de su patrimonio, lo cual, aunque sabía que no iba a ser fácil, no por ello iba a dejar de intentarlo. ¡Este iba a ser uno de sus últimos grandes desafíos en su vida y estaba dispuesto a pelear por ello con todos sus medios y renovada ilusión!

Lo que pasó a continuación fue la sucesión de unos hechos que rápidamente alcanzaron la categoría de sensación mediática; no había programa de información ni tertulia, ya fuese radiofónica o televisiva, que no comentase la decisión de Mario: ¡Por primera vez en la historia, no ya de España, sino del mundo, una persona quería legar todo su patrimonio a una máquina! Porque en efecto, por mucho que tuviese una apariencia humana y que su comportamiento fuese en ocasiones más humano que el de ciertas personas, Paula era un androide, un robot, una máquina, en definitiva; la primera y más avanzada de su clase para la tarea para la que había sido diseñada y a la que debía su nombre: P.A.U.L.A. (Primer Androide para Uso de Labores de Acompañamiento).

La perfección de su acabado externo era tal que tanto el tacto de su piel, como sus movimientos y la expresividad de su rostro y voz, la hacían imposible de distinguir de una auténtica persona. Además, su avanzado *software* la permitía el aprendizaje continuado de tareas y conocimientos, así como el desarrollo autónomo de sentimientos afectivos hacia la persona a su cuidado.

Cuando Luis se enteró de las intenciones de su padre, aunque pensó que se trataba de la locura senil de un anciano y que nunca prosperaría, le fal-

tó tiempo para coger el primer avión e ir a verle en un intento de que rectificase. Con gran agresividad comenzó su discurso:

–Mira, papá, la pérdida de mamá y de Olaya no justifica nada de lo que pretendes hacer. Estás demostrando ser un mal padre, un egoísta que no nos ha querido nunca ni a mí, ni a mamá. No creas que vas a poder humillarme de esta manera: soy tu único hijo y por tanto heredero universal; no voy a permitirte que le dejes nada a una estúpida y desalmada máquina, así que vete olvidando de...

Tal fue la energía y determinación que Luis vio en los ojos de su padre y en el gesto de que se callase que le hizo con la mano, que tuvo que interrumpir su alegato a la vez que le escuchaba decirle con voz tranquila pero firme:

–Luis, hijo, yo siempre he querido ser un buen padre para ti, es decir, un hombre capaz de escuchar y guiar a su hijo, pero dejando que fueses tú quien aprendiera del único modo que somos capaces de hacerlo las personas, es decir, de nuestra propia experiencia. Pretendía que fruto de ello tuvieses unos valores en los que antepusieses el amor y la felicidad de tus seres queridos a cualquier otra cosa, incluido el éxito profesional y económico.

Ante un atónito Luis, Mario continuó:

–Creía haberlo conseguido, pero desde hace unos años no te reconozco. No te importó en su momento la felicidad de tu esposa y de tus hijos y ahora tampoco te importa la de tu padre –con ojos vidriosos, tomando fuerzas para proseguir, Mario concluyó–. Tu único interés hacia mí es el derivado del patrimonio que te pueda legar y, por lo que veo, estás deseando que esto suceda cuanto antes. Hace más de un año que no vienes a verme a pesar de que me consta, por compañeros tuyos con los que he contactado, que has estado en España varias veces y ahora, cuando por fin te decides a hacerlo, es porque te has enterado por los medios de mis intenciones y vienes a amenazarme, a insultarme. Si todavía me quieres algo y deseas mi felicidad, no te opongas a mi decisión y facilítame mi última voluntad renunciando a la herencia; si no lo vas a hacer, ¡por favor, vete ahora mismo de casa!

Los años siguientes fueron intensos en actividad legal. A pesar de la oposición de Luis, Mario consiguió desheredarle gracias a que hacía unos años que el Derecho Civil Vasco contemplaba tal posibilidad sin que tuviesen que concurrir ninguno de los requisitos que establece el Código Civil Común y que hacen que, en la práctica, sea casi imposible el desheredar a un hijo. Para ello, Mario tan solo tuvo que fijar su residencia durante dos años continuados en el País Vasco, lo cual no le supuso mayor problema, ya que se trasladó junto con Paula al apartamento que poseía en la playa de Hondarribia.

Lo realmente complejo fue cuando quiso nombrar heredera universal de todos sus bienes a Paula. Las dos primeras instancias judiciales se opusieron a ello y cuando Mario estaba a punto de dar por perdida su batalla, se aprobaron unas le-

yes que ahora le concedían alguna posibilidad de triunfo en el Tribunal Supremo. Así se lo explicó su abogado y, en base a ello, formuló su apelación.

El día del fallo en el alto tribunal había llegado: en una de sus solemnes Salas de lo Civil se encontraba Mario, a su lado, Paula, y, entre el numeroso público y medios de comunicación venidos de todo el mundo, estaba un expectante Luis, en quien la decepción por no haber conseguido sus objetivos había dado paso al desprecio hacia su padre, deseando fervientemente que no pudiese hacer realidad su deseo.

El silencio se podía sentir en la piel cuando el Magistrado ponente de la sentencia comenzó a leer la misma y, tras los preámbulos formales, se centró en la conclusión:

–Atendiendo a las nuevas leyes aprobadas por el Parlamento Europeo y por las Cortes Generales, que obligan a cotizar a la Seguridad Social a cada máquina o robot que realice tareas que bien pudiese realizar un ser humano, este Tribunal aprecia que, de igual modo que los robots pasan a tener obligaciones sociales, también estos se hacen merecedores de poseer derechos civiles. Por ello, fallamos que el androide conocido como PAULA puede ser beneficiario universal de la herencia de don Mario Luengo Fernández, sentencia que es firme y contra la cual no cabe recurso alguno.

Mario se puso en pie de un salto como si tuviese treinta años mientras que de sus ojos afloraron lágrimas de alegría y liberación de la tensión acumulada durante los últimos días. A su lado, Paula también lloraba, sin importarle esta vez el protocolo fijado por la Agencia, al tiempo que se abrazaba con ternura a su benefactor. Esta imagen estaba siendo recogida por las cámaras y retransmitida en directo a todo el mundo, enviando el mensaje a la sociedad de que algo había cambiado para siempre, de que comenzaba una nueva época en lo referente a las relaciones entre los seres humanos y las máquinas, una era en la que las máquinas se estaban volviendo cada vez más humanas, al tiempo que, lamentablemente, las personas se estaban deshumanizando.

Como consecuencia de esas nuevas relaciones, Mario ya había procedido a suscribir con la Agencia para el Cuidado de las Personas un contrato de adopción y liberación de Paula, cuya duración se prolongaba hasta los cincuenta años siguientes a su muerte, con lo que se garantizaba la “existencia y libertad” de Paula para elegir su destino después de su fallecimiento.

Con semblante sonriente, Mario salió a la calle cogido de la mano de Paula, saludando a muchos de los periodistas que anteriormente se habían burlado de sus pretensiones y que ahora le suplicaban una declaración. Por toda y única respuesta Mario les dijo:

–En los últimos años, desde la pérdida de mis esposa e hija, me he dado cuenta de que existimos mientras alguien nos recuerda y de que ambas estarán en mi memoria cada día mientras yo viva.

Ahora puedo estar seguro de que, a diferencia de otra persona que yo creía que me recordaría siempre, y sobre la cual estaba equivocado, hay alguien que me tendrá presente en sus pensamientos durante mucho tiempo después de que yo me haya ido.

Mirando con complicidad y sonriendo a su acompañante, con una energía impropia de una persona de su edad se despidió de la multitud que le rodeaba:

—Pero para que eso pase quedan muchos años todavía, así que ahora, por favor, permítanme salir de aquí cuanto antes, ya que me queda toda una vida para disfrutar con Paula a mi lado y no quiero perder ni un instante. ¡Qué sean todos ustedes muy felices!

STUDENTS + ALUMNI

EL QUE DEFIENDE

Dionisio Uría ^{SPA}

International MBA (2008)

Regresaba a casa caminando.

El frío gélido contrastaba con el sol resplandeciente. Ni una nube. Y un cielo muy azul, de ese azul tan único que solo lucía en esa ciudad.

Se había acostumbrado a caminar entre escombros, poniendo la atención siempre en el siguiente paso.

Había conseguido tres latas, dos puñados de arroz y un buen currusco de pan duro. Suficiente para ese mediodía.

Caminaba con su característico paso lento. Había costumbres que ni las situaciones más extremas podían modificar. Una de ellas era su paso. Firme, pero lento. Como un bulldócer. Con la decisión de quien sabe a dónde se dirige, o al menos de dónde proviene.

Entre Vassily, otro vecino y él habían conseguido apuntalar la puerta del portal, que en una de las noches de bombas y huida había quedado totalmente descolgada. Quitaron los cristales rotos y los restos de ladrillo y pintura. Enderezaron el marco de la pesada puerta y, entre los tres, consiguieron recolocarla de manera más o menos digna.

Al llegar al pie del edificio admiró el portal, y su apaño, con orgullo. No en vano era de las pocas cosas que le habían generado una mínima satisfacción en los últimos meses.

Enfiló las escaleras con su paso lento. En el primer piso había habitado la familia Grossni. Pensar en pasado le seguía sorprendiendo. Fueron de los primeros en huir en coche, a tiempo, hasta cruzar la frontera. Bueno, o eso quería imaginar, que habrían llegado a cruzar la frontera. Nadie en esos tiempos sabía con certeza del devenir de muchos otros. De amigos, de vecinos, de compañeros o incluso de familiares. Solo cabía espacio para la especulación, y en el peor de los casos para la quimera. Pero en esas circunstancias era preciso aferrarse con saña a cualquier brizna de optimismo.

Los miembros de la familia Grossni, que an-

taño habitaron la primera planta, eran buena gente. El señor Grossni era empleado de banca. Muy conocido en el vecindario por ser una fuente de ayuda, en materia de conocimiento financiero, para todos los vecinos. Tipo alto, fornido, de vientre prominente. Con un bigote cano frondoso y dos cejas igualmente pobladas. Algunos chavales del barrio le apodaron Tres Bigotes. La señora Grossni era una mujer ruda. Física, emocional y verbalmente ruda. Buena gente, pero muy en el fondo. Tan en el fondo que su bondad tenía eco. Los chicos Grossni, mellizos, eran igualmente buenos, pero habían sufrido una adolescencia revoltosa. Al cumplir los dieciocho años ambos entraron a trabajar en la fábrica, como presagio del mejor destino al que la mayoría de los chicos de su edad podía aspirar.

En la segunda planta seguía habitando la viuda de Mijail. Una mujer anodina, pero amable. De aspecto menudo y huesos finos, había demostrado en esos últimos meses tener una entereza muy superior a la de otros varones que le doblaban en tamaño. Llamó a su puerta. Siempre tardaba un rato en abrir, como si su minúsculo apartamento fuese un palacio. Abrió la puerta blandiendo su sonrisa. La mujer endeble que siempre estuvo a la sombra del otrora gran Mijail había demostrado ser un activo muy importante para el sustento emocional de los vecinos. Todo un hallazgo. Recibió una lata de conserva, medio puñado de arroz y parte del currusco con amabilidad. Y en señal de agradecimiento le pasó la mano fina y huesuda por el moflete barbudo.

Alexey se estremeció ante ese gesto. Hacía muchos días, muchas semanas, incluso varios meses, que no recibía afecto físico de nadie. Esa mano huesuda rozando su moflete barbudo le supo a gloria. Le recordó los achuchones cumpleaños de sus tres hijas, los besos madrugadores de su mujer o, simplemente, los abrazos toscos de sus compañeros de fábrica. Cualquier resquicio de afecto físico

le parecía ahora el mayor de los tesoros. La viuda de Mijaíl cerró la puerta. Sin cerrojo. Nadie echaba el cerrojo esos días, ni siquiera por la noche. Había que estar preparados para salir corriendo en cuanto sonasen las alarmas antiaéreas.

Alexey prosiguió su lento camino escaleras arriba. Pasó por la tercera planta acelerando el ritmo. Era el peor momento del trayecto cada vez que salía o regresaba a su casa. La tercera planta. El matrimonio Tantirev salió de casa una mañana determinada, seguramente con el mismo frío y el mismo sol de cualquier otro día, y no regresó jamás. El primer bombardeo les pilló fuera de casa, en la calle. No tuvieron tiempo de protegerse ni de acudir a alguno de los refugios. No tuvieron tiempo de correr ni defenderse, ese impulso de supervivencia tan elemental para cualquier humano. No tuvieron tiempo de cogerse de la mano, ni de despedirse. Un vecino carnicero –qué ironía– fue quien vio los cadáveres entre escombros y polvareda. Alexey no los había visto, pero se lo habían descrito con tanta precisión que no podía eliminar esa imagen de su mente. Los Tantirev adquirieron el apartamento al tiempo que Alexey y su esposa. Nunca tuvieron hijos. La relación entre ambas parejas no era íntima, pero sí cómplice. Y, sobre todo, habían estado presentes unos en las vidas de los otros desde hacía tres décadas. Eran una referencia. Y ahora odiaba la tercera planta, desocupada como un museo que conserva piezas intactas para la eternidad.

Alexey arribó, a paso lento, a la cuarta planta. Abrió la puerta –nadie echaba el cerrojo en esos días–. Hogar. Cruzar el umbral de su puerta cada vez que regresaba le arrastraba en el tiempo. ¿Cómo era posible que el mundo ahí fuera estuviera tan descompuesto y que, sin embargo, en su casa todo se mantuviese como siempre? Los mismos muebles, en los mismos sitios. Los mismos cuadros, en las mismas paredes. Colgó su abrigo en el gancho de siempre del perchero de siempre. Se sentó, brevemente, a descansar en uno de los taburetes de la cocina. Su respiración era lenta, como siempre. Una respiración lenta era la clave para una vida tranquila, incluso en los momentos más turbios. Permaneció sentado unos minutos, no sabe cuántos, simplemente respirando, inundando cada esquina de la cocina con sus bocanadas de aire.

Colocó las dos latas y el puñado y medio de arroz en la encimera junto al sobrante del currusco de pan. Colocó dos platos y puso la mesa con orden. Tenedor a la izquierda, cuchillo a la derecha. Sin servilletas, solo con papel de váter. Calentó un cazo con agua para cocer el arroz. Le parecía asombroso que aún tuviesen agua corriente y gas, aunque solo fuese a determinadas horas del día. Eran los avances de la tecnología, pensaba absorto. De la anterior guerra, cuando era adolescente, recordaba los días y sus noches sin agua ni luz. Su padre se escapaba, en plena oscuridad, al pozo a por el agua con la que tendrían que apañarse los días siguientes. Eran las penurias propias de una guerra. Y sin embargo ahora, las bombas eran las mismas, pero habría el grifo

y tenía agua. Encendía el fogón y surgía una llama.

Vassily no tardaría en llegar. Vassily se había ofrecido voluntario para formar parte de un grupo de operarios que tres veces por semana acudían a la fábrica, que por cuestiones de seguridad se mantenía cerrada, para comprobar que toda la maquinaria aguantaba intacta y en perfecto orden de revista. Era importante asegurar el buen funcionamiento de las máquinas para cuando pudiesen regresar al trabajo. Cuando pudiesen regresar al trabajo, pensó. La rutina. Qué bendición.

Compartían el apartamento desde el día de la despedida. Fue un día gris. Con el mismo frío, pero gris. Sin luz. Como si el sol ese día se hubiese hecho eco de la tristeza que reinaba en el lugar. Alexey sabía que habría muchas imágenes que, terminada la guerra, jamás podría olvidar. Ya le sucedió en la adolescencia. Sabía a qué atenerse. Hasta ese momento eran dos las imágenes que más le turbaban y que sabía le acompañarían ya para siempre. Los cadáveres Tantirev tirados en la calle –aunque solo se lo hubiesen contado– y su mujer junto a sus tres hijas partiendo en furgoneta hacia la frontera. Dos imágenes que ya se habían instalado machaconamente en su memoria.

Vassily era un tipo alto, fibroso. Lucía una cabellera densa peinada hacia un lado y un mostacho amarillento por la nicotina. Hombre de pocas palabras pero de mirada penetrante. Alexey gastaba una barba desigual que empezó a cultivar el día de la despedida. Siempre fue un hombre de afeitado impecable hasta aquel día en que vio marchar la furgoneta. Entonces se rebeló contra la vida y decidió dejar de afeitarse. En contraposición a Vassily, era más bajito pero mucho más ancho. No gordo, simplemente ancho. “Hace falta un pecho enorme para albergar un corazón tan grande”, le decía su madre de pequeño.

Empezaron a convivir el día de la despedida. En esa situación, y ante lo que podía acechar a partir de entonces, no tenía sentido mantener dos apartamentos vacíos siendo solo dos ocupantes. Decidieron que Vassily se mudaría, puntualmente, a casa de Alexey para ahorrar en gastos diarios. Y también, aunque nunca nadie lo verbalizase, porque las penurias en compañía son algo más ligeras.

Vassily se despidió de su mujer Rania y de su hijo Dmitry. Alexey se despidió de su esposa Violeta y de sus hijas Anna, Kira y Natasha. Sus soles. Vassily decidió que Dmitry acompañase a las cuatro mujeres. Era un veinteañero de buena intención, con sentido común y un físico imponente. La mejor baza para proteger a las mujeres y, sin duda, quien debía conducir la furgoneta hasta la frontera.

La despedida fue rápida. Las vías de salida de la ciudad se abarrotaban de coches, furgonetas y autobuses. Miles de personas iniciando un éxodo que no sabían dónde ni cómo terminaría. Recopilaron las prendas y los enseres justos para poder huir con cierta comodidad pero sin generar lastres innecesarios. Las conexiones telefónicas aún estaban habilitadas por lo que irían dando información

puntual del viaje y, sobre todo, de la llegada al destino. Era desgarrador. Pero era lo más sensato.

Vassily regresó de la rutinaria visita de comprobación a la fábrica. Nada nuevo, la fábrica estaba en orden. Vacía y silenciosa, pero en orden. Ambos hombres se sentaron a la mesa preparada por Alexey. Comieron las dos latas, el puñado y medio de arroz y el sobrante currusco de pan. Para la cena guardaban algo de verduras y dos cuartos de pollo de unos días atrás. Estaba siendo un buen día.

Sacaron una de las botellas de licor que habían podido comprar unas semanas atrás. Bebían poco, por la escasez. Pero saboreaban cada trago como si fuera el último. Pretendieron encender la televisión para ver el noticiario, pero la señal ese día no era buena. No tenían noticias de los avances de la guerra desde hacía dos días. Algún vecino les había comentado que se hablaba de un inicio de conversaciones entre ambos bandos. Nada en firme.

A pie de calle todo seguía igual, aunque los parroquianos intentaban recobrar una mínima normalidad. Transitaban algunos vehículos más que en semanas anteriores. La gente salía a caminar aprovechando el sol resplandeciente de esas mañanas. Al mediodía se estaba mejor paseando que en el interior de muchas de las viviendas. Algunos de los comercios comenzaban a abrir unas pocas horas al día. Al igual que Alexey y Vassily, el panadero y el frutero del barrio habían unido fuerzas y atendían, con los pocos víveres que tenían, desde un único local. Brotaban espontáneamente gestos de solidaridad entre unos y otros, especialmente entre aquellos pertenecientes a las seis manzanas que conformaban su pequeño barrio.

–Esta tarde iré a casa de Igor –dijo Vassily–. Me lo he encontrado de camino a la fábrica y me ha dicho que su hijo había conseguido varias cajas de leche en uno de sus viajes, y nos reserva una de ellas para nosotros.

–Estupendo. Así podremos darle algo de sabor al aguachirri que nos bebemos en el desayuno –replicó Alexey.

–Aprovecharé para pasar por mi casa. Hace varios días que no voy y me gustaría confirmar que todo sigue bien–. Vassily se había acostumbrado sorprendentemente bien a vivir en una casa ajena. Intentaba hacer una inspección semanal a su casa, pero últimamente había transcurrido más tiempo entre visitas, pues le resultaba doloroso volver a esa casa sin alma y tan llena de recuerdos.

–Acuérdate de coger una baraja de cartas para que juguemos a Durak. Y de regreso a casa, déjale una botella de leche a la Mijailina –así apodaban cariñosamente a la viuda de Mijaíl que habitaba la segunda planta–. Seguro que lo agradecerá.

Vassily esbozó una leve mueca de aprobación y se levantó para salir a fumar a la minúscula terraza de la cocina. Alexey recogió la mesa después de comer y se dispuso a leer la prensa, obsoleta ya de tres días. Tenían una convivencia armónica. Se repartieron las tareas desde el primer día. Alexey se encargaba de la comida, Vassily de la cena. Alexey

recogía el salón y los dormitorios, Vassily se encargaba de la colada. Vassily se había instalado en la habitación compartida por Anna y Kira –Natasha, por ser mayor, tenía una habitación propia–. Se sentía cómodo y protegido en esa pequeñísima habitación, durmiendo en una de esas pequeñísimas camas y conviviendo entre los chismes infantiles de las niñas. Alternaban las salidas a comprar víveres –cada día uno– pero de regreso ambos paraban siempre en la segunda planta para ver a la Mijailina. Al fin y al cabo, solo ellos tres habitaban el edificio en ese momento y debían cuidarse entre ellos tanto como cuidaban al edificio.

Terminada la lectura de la prensa, Alexey se fue a ordenar algunas prendas que yacían sobre la cama en el dormitorio. Habían pasado ya cerca de cinco meses y aún le seguía punzando el costado cada vez que entraba en su habitación y veía el lado derecho de la cama, el de Violeta, intacto. Llevaban treinta años durmiendo juntos. No habían fallado ni una noche. Diez mil novecientos cincuenta y seis noches, incluidos los años bisiestos. Alegres o enfadados, se habían dormido uno al lado del otro desde que compraron la casa. Y eso era lo que más añoraba ahora. Era la única parte de su rutina que le generaba un vacío descomunal. No tenerla a ella.

Vassily fumaba tranquilo. Siempre dos cigarrillos después de comer. Se tomaba su tiempo; al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer. Las autoridades recomendaban no asomarse a las ventanas o a las terrazas y permanecer dentro de las viviendas. Pero Vassily nunca sintió excesivo apego por la autoridad y disfrutaba mucho de sus momentos en la terraza. Fumaba medio paquete al día, y cada cigarrillo tenía su momento. Después de comer, siempre dos cigarrillos.

Alexey aprovecharía la ausencia de Vassily para rendir una visita al carnicero, único vecino que inexplicablemente aún tenía operativa su línea telefónica. Llamaría a Violeta para confirmar que estaban bien. Aunque, claro que estaban bien. Estaban estupendas al otro lado de la frontera, en un país vecino ajeno al conflicto bélico. El que podía permitirse estar mal era él y, sin embargo, tan solo podía preocuparse porque ellas, Violeta y sus tres soles, estuviesen bien.

Salieron juntos de la casa. Bajaron los cuatro pisos a paso lento. Ambos aceleraron el ritmo al cruzar la tercera planta. Pobres Tantirev. En el portal se despidieron escuetamente y cada uno emprendió su camino. Alexey llamó a la puerta del carnicero. Este le invitó a pasar y le ofreció un trago de licor en la cocina. Conversaron sobre esto y sobre aquello, pero de nada en particular. Alexey apreciaba que en aquellos tiempos de desnorte, cualquier contacto humano era cálido. Al rato, pidió al carnicero utilizar el teléfono. Marcó el número y respondió Dmitry. Alexey se alegró de hablar con él y, por milésima vez, le dio las gracias por ocuparse de Violeta y de sus tres soles. Dmitry, por milésima vez también, le dijo que estaba encantado de hacerlo y que no era necesario el agradecimiento. Era buen

chico. No le importaría, incluso, que se fijará en Natasha, la mayor de sus soles. Ella era una chica aparentemente despreocupada por los chicos. Pero podrían hacer buena pareja. Dmitry y Natasha. Natasha y Dmitry.

Se puso al aparato Violeta. Cuando hablaba con ella por teléfono, durante los primeros segundos en los que escuchaba su voz su mente le llevaba al día en que la conoció. Recordaba minuciosamente el vestido que ella llevaba, la corbata que él había elegido, las palabras que intercambiaron, la luz del lugar en el que estaban o los ruidos que les rodeaban.

—¿Estáis bien?”

—Sí, Liosha. Estamos muy bien. Tranquilo. Tú, ¿cómo estás?

Solo ella le llamaba Liosha, diminutivo de Alexey. Alexey, que significa “el que defiende”.

—También estoy bien. Nada nuevo. Estuve paseando esta mañana y conseguí algo de comida. Visité a la Mijailina, quien como siempre me manda recuerdos para vosotras. Está hecha un roble. Es increíble cómo, a pesar de su edad, se ha crecido ante la adversidad.”

—“Mi Mijailina... Nunca pensé que fuese a echarla tanto de menos. Devuélvele los recuerdos, por favor. Y seguid cuidándola mucho.

—Vassily ha conseguido leche. Le llevaremos a Mijailina una botella, seguro que le ilusionará.

—¿Cómo está Vassily?

—Está perfecto. Nada nuevo. Esta mañana visitó la fábrica. Todo sigue en orden y listo para cuando podamos volver.

—Si podéis volver...

—Claro que volveremos, mujer. Todos volveremos. Nosotros a trabajar, vosotras a casa. Volverá la normalidad.

Violeta permaneció en silencio. Ella, estando lejos y a salvo, era mucho más pesimista que él. Él, estando en todo el meollo y viviendo en peligro, era mucho más optimista que ella.

—Debo colgar. Hablamos en unos días. Os quiero. Mucho, tanto y siempre.

—Yo también, Liosha. Me dicen Rania y Dmitry que, por favor, le des besos a Vassily. Bueno, ya sabes, no es literal...

—No te preocupes —sonrió Alexey—, no pensaba darle besos a mi amigo nicotínico.

Ambos rieron. Ambos callaron. Ambos colgaron.

Vassily entro en su casa. Respiró hondo antes de hacerlo y respiró de nuevo hondo una vez en la casa. Todo seguía igual. El tiempo se había parado en el interior. Tanto, que no acumulaba prácticamente ni polvo. Recorrió todas las estancias. Comprobó que las ventanas seguían bien cerradas. Evitó el contacto visual con pertenencias más íntimas o con algunas de las fotos de la estantería. Comprobó lo que tenía que comprobar, cogió la baraja de cartas y salió por la puerta respirando con la misma profundidad que al entrar.

Salió de casa de Igor cargado con la caja de leche. Seis botellas que en ese momento le parecían un botín. Caminaba despacio intercambiando el

peso de una mano a otra a cada pocos metros. Se cruzó con un compañero de la fábrica y paró para charlar un rato. Que si había escuchado las novedades, le preguntó el compañero. Que no, que no sabía de qué novedades le hablaba. Que, al parecer, se confirmaba que podría llegar pronto un alto el fuego, que las conversaciones prosperaban y que como señal de avance, era posible que se confirmara el cese puntual de la violencia. Vassily, que no sabía nada y que no era conocido por su expresividad, no pudo evitar sentir una alegría interna que desembocó en una muy leve sonrisa. Invitó a su compañero a un cigarrillo improvisado —ese día fumaría algo más de medio paquete— y continuaron charlando, con más ánimo, durante unos minutos más.

Alexey emprendió el camino de regreso a casa. Pensaba en cómo estarían sus soles. Si habrían crecido o no, si las encontraría más adultas cuando las viese. Pero qué bobada, si solo habían transcurrido cinco meses. Aunque el problema no era cuanto tiempo llevaba sin verlas. Su miedo era cuánto tiempo más tendría que estar sin hacerlo. Dos manzanas antes de llegar a su portal, escuchó un tumulto. Varios hombres discutían ante la mirada atenta de otros vecinos. Se zarandeaban y se gritaban. Uno de ellos, incluso, sangraba por la nariz. Alexey decidió no acercarse más, no era ocasión de inmiscuirse en problemas ajenos. Las guerras sacaban a relucir lo mejor y lo peor de cada ser humano. Tenía que ser frío a la hora de mantener su lugar. Siguió caminando hacia su casa mientras los gritos se atenuaban, amortiguando el reproche que uno de los enzarzados le hacía al otro por haberle robado alimentos.

Se encontró con Vassily en el rellano del segundo piso de su edificio conversando alegremente con la Mijailina, que ya era poseedora de una espléndida botella de leche. Alexey se ocupó de cargar la caja, ahora con cinco botellas, para relevar a su amigo visiblemente cansado. Vassily le contó la noticia que acaba de conocer en la calle y que ya había compartido con la Mijailina. Que era muy viable y casi inmediato el alto el fuego, que las conversaciones avanzaban por buen camino y que parecía que el final del fin podía estar cerca.

Alexey sintió una alegría que de no haber sido retenida habría explotado como fuegos de artificio. Alto el fuego. Le costaba imaginarlo. Se acabarían los paseos solo y la cama vacía. Se acabarían las llamadas telefónicas rápidas. Se acabaría el cierre de la fábrica. Se acabaría la búsqueda permanente de dos bocados que echarse a la boca. Se acabaría, por fin, esta situación que en silencio desgarraba cada uno de sus órganos.

Y, quién sabe, tal vez algún día volviese a escucharse jaleo en la tercera planta.

EL MISTERIO DEL SOBRE DESAPARECIDO

Antonio Ruiz González-Mateo ^{SPA}

Máster en Asesoría Jurídica de Empresas (1979)

El sobre con el dinero había desaparecido.

Cincuenta mil pesetas, de las de antes de la guerra, en un fajo de cincuenta billetes usados, ensobrados y ocultos tras la última gaveta del archivador. Estaba preparado para que pasara a retirarlo un siniestro y huidizo mestizo —comisionista, según decían— que una vez al mes se presentaba, casi de incógnito, en aquella vetusta oficina de importación-exportación de los años treinta.

Pero aquella mañana el sobre no estaba.

El jefe, tras comprobar su ausencia, convocó con urgencia a sus cinco oficinistas.

—Ha desaparecido el sobre de El Negro, ya saben. Estaba donde siempre, al fondo del archivador. Todos ustedes tienen acceso al mismo y, al menos uno, me lo ha robado. Quien haya sido, mejor confiese ahora, antes de que esto vaya a mayores —expuso en tono crispado.

Los cinco empleados se miraron sorprendidos con gesto de inocencia propia y desconfianza ajena.

—Yo no he sido —empezó exculpándose Remigio, el remilgado y notable contable—. Sé de ese sobre, sí. Pero, como es suyo y para sus cosas, nunca me he ocupado del mismo. Mi trabajo es llevar fielmente la contabilidad de su negocio y mi responsabilidad es que las cuentas cuadren siempre, limpias y claras —dijo, apelando a su reconocida pulcritud y honradez—. Pregúntele mejor a Lola, ella sabe más que nadie de sus cosas —añadió con tono de socarrona malicia.

—Yo no he sido, Paco... perdón, don Francisco —replicó con desparpajo Lola, la locuaz y seductora secretaria—. Yo no vi nada. Y eso que ayer estuve hasta tarde en la oficina. Recordará que salí con usted... bueno...al mismo tiempo que usted. Pero yo no me llevé nada que no fuera mío. Al contrario, me dejé olvidada mi polvera en su despacho —los demás rieron por lo bajo ante su torpeza confesional—. Pregunta... perdón... pregúntele a Marcial. Le vi salir muy nervioso y presuroso al mediodía.

—Yo no he sido —rebatí indignado Marcial, el vivaz y competente comercial—. Aunque es cierto que ayer me fui apresuradamente. Había recibido la llamada de un cliente; don Florentino, ya sabe, el de la cooperativa. Me citó con urgencia a las doce para hacernos un buen pedido y salí echando leches. Dejándolo todo a medio hacer. Porque el cliente es lo primero... usted siempre nos lo dice —explicaba buscando un gesto de aprobación del jefe—. Pregúntele a Aureliano. Justo antes de salir le oí como despoticaba contra usted y de su racanería con los sueldos. Se cuenta por ahí que tiene muchas deudas de juego y que, además, anda con señoritas que fuman, de esas del Bar Chicote —reveló con la puerilidad del chivato por vocación.

—Yo no he sido —refutó contrariado Aureliano, el casquivano y arrogante auxiliar—. Y yo no hablaba mal de usted. Simplemente comentaba lo mal que va la empresa con la crisis, los recortes, los despidos y todo eso —se justificó—. Pero la culpa no es suya, don Francisco. ¡Al contrario! Todos sabemos quién tiene la culpa de todo lo que pasa en este país; ¡el Gobierno! ¡Este maldito Gobierno reaccionario de bastardos y corruptos! —argumentó enardecido ante la mirada perpleja del jefe—. Y sobre lo del sobre... mejor pregúntele a Caridad. No sé, no me fío yo de esta sexagenaria santurróna. Ayer estuvo todo el día hurgando en el archivador. A su edad; poco tiene que perder y mucho que ganar.

—Yo no he sido. ¡Por Dios, cómo pueden pensar eso de mí! —clamó angustiada Caridad, la cariñosa y admirada administrativa, más cercana a la merecida jubilación que a esa prometida promoción que nunca llegaba—. Es cierto que ayer estuve ocupada con el archivador. Pasé todo el día preparando la documentación que el Fisco le solicitó en su nueva inspección tributaria. Pero yo del sobre ese; ni sé, ni quiero saber nada. ¡Virgen Santísima!

El jefe zanjó la discusión tajantemente:

—¡Basta ya! Tienen hasta mañana para re-

solver esta situación. Si cuando llegue a la oficina, *aparece* el sobre encima de mi mesa; me olvido del asunto y aquí no ha pasado nada. Pero si no aparece... –amenazó con tono enfurecido–, pasará... ¡pasará que serán todos despedidos! ¡Vuelvan a sus puestos de trabajo! –concluyó con rictus iracundo y gesto imperativo.

Tras salir del despacho, todos se miraron unos a otros, cada uno escenificando con sus gestos su propia inocencia y suplicando con su mirada a los demás que, por favor, el que hubiera sido que devolviera el dinero. Sería lo mejor para todos.

Pero a la mañana siguiente el sobre no apareció.

—Ustedes lo han querido. Están todos despedidos. ¡Fuera! –sentenció sin miramientos el jefe.

Y entonces Caridad, la administrativa, dio un paso al frente:

—No lo haga, don Francisco. No eche a todos. No todos son culpables. Y los inocentes no deben pagar la culpa ajena.

Tras un valorativo silencio ante el gesto impertérrito e inflexible del jefe, Caridad prosiguió, bajando la mirada:

—Lo confieso... fui yo. Yo robé el sobre.

— ¿Y el dinero? –inquirió el jefe con avidez.

—No se lo puedo devolver. Lo siento. Lo perdí todo jugando a la ruleta –contestó turbada–. Pero me lo puede ir descontando de la nómina mensual...

—No. Del sueldo, no. Del finiquito de su despido. ¡Fuera de aquí! ¡Quién lo hubiera dicho de usted y después de tantos años! ¡Qué vergüenza, vieja ingrata! –enfurecido– ¡Váyase!

Y Caridad abandonó la oficina, tras treinta y cinco años de acendrado servicio. Con tantos sacrificios no agradecidos. Con tantas jornadas alargadas hasta el anochecer, sin reclamar jamás nada.

En la despedida: el abrazo emocionado de Remigio, consternado; los besos entre sollozos de Lola, desolada; el sentido apretón de manos de Marcial, amargado; y el gesto de desaprobación indescifrable de Aureliano, inmutable.

Unas semanas después, don Francisco, su ya exjefe, la citó inesperadamente en su despacho. La recibió con impostada sonrisa, abrazo de inédito afecto y, por primera vez, amablemente la invitó a sentarse a su mesa. Jugueteadando nerviosamente con su estilográfica Parker y ojeando distraídamente su agenda de hule para evitar su mirada expectante, arrancó en un forzado tono de aparente normalidad:

—Caridad, se aclaró el tema del sobre. Lo tenía yo en mi casa. Debí cogerlo del archivador sin darme cuenta y anoche apareció en un cajón de mi dormitorio. ¡Vaya despiste el mío! –se justificó con nerviosa sonrisa.

Y prosiguió en tono solemne:

—La perdono.

“¡Cómo que me perdona!”, pensó indignada Caridad, pero calló.

El jefe, con tono de suma benevolencia, continuó:

—Puede volver a la oficina. Y, para compensar este malentendido, estudiaré una revisión de su prima de productividad. Y hasta puede que le conceda un par de días más de vacaciones al año. Y, además...

—Lo siento, pero no puedo aceptar –le interrumpió tajante–. Jamás volveré a trabajar en un sitio donde haya individuos como usted.

Y con determinación se levantó y se despidió con un sonado portazo.

Una vez afuera, aliviada, sintió como estaba pasando página a un capítulo de su vida que deseaba cerrar para siempre. “A mi edad es tiempo de anclar el pasado y abordar el futuro”, se dijo con determinación. Y con ilusión buscó en sus pensamientos un nuevo horizonte, al que ella, reinventándose paso a paso, se encaminaría decidida a partir de entonces.

Al mes siguiente, Caridad se embarcó como voluntaria en una misión de la Cruz Roja a tierras de ultramar. “Ya era hora de empezar a pensar en mí”, reflexionó desde la borda del buque que partía rumbo a una nueva vida.

EPÍLOGO:

Cuando falleció Caridad –mi abuela, viuda prematura y madre de mi padre exiliado–, todos en su antigua oficina, incluso don Francisco, la recordaron en un sentido homenaje póstumo de reconocimiento a esa gran mujer que fue, de vida ejemplar, valiente entrega y generoso altruismo.

FACULTY + STAFF

DOS LATIDOS

Pablo Renaud SPA

Professor at IE Business School

Belén despertó en la serenidad de una habitación bañada por una cálida y tenue luz ambiental. Su penumbra contrastaba con la vibrante ciudad, llena de luces de neón, que se extendía más allá del enorme ventanal. Los edificios brillaban con cientos de colores y secuencias, mientras los vehículos autónomos se deslizaban por las arterias de vidrio y acero de la metrópolis, en una danza de caos organizado.

El silencio de la habitación solo era interrumpido por los leves zumbidos de la maquinaria médica que rodeaba la cama de Belén. Las pantallas holográficas suspendidas en el aire informaban de cientos de parámetros de salud en tiempo real, como tributo al cuidado meticuloso que se tenía por la huésped. Todo en esa habitación gritaba exclusividad: diseño minimalista, alta tecnología, muebles de vanguardia y ese gran ventanal que revelaban una espectacular vista de la ciudad. Se encontraba, sin duda, en la sección más exclusiva de un hospital.

A su lado, un androide salió de su estado de letargo y comenzó a emitir sonidos electromecánicos. Estaba diseñado con forma de mujer de rasgos suaves y tranquilos, vestida con un impecable uniforme de enfermera. Aunque su apariencia era perfecta, su cara de piel sintética carecía de la calidez que transmiten los seres humanos.

—Hola, Belén. Mi nombre es Aurora. Soy la inteligencia artificial asignada a tu atención y cuidado mientras estás ingresada en este hospital.

La voz de Aurora, aunque generada digitalmente, fue diseñada para ser suave y reconfortante con sus pacientes.

—¿Qué hago aquí?... ¿Qué ha pasado? –murmuró Belén, aún desorientada.

—Lo primero es decirte que te encuentras bien y que tu vida no corre peligro –respondió Aurora con calma–. Tuviste un accidente de tráfico cuando ibas en tu coche, hace unas horas.

Belén la interrumpió, con incredulidad.

—¿Un accidente? Imposible, los coches no tienen accidentes.

—Los accidentes son extremadamente raros hoy en día –dijo Aurora asintiendo–. Sin embargo, anoche ocurrió lo insólito. Tú estabas a bordo de uno de los dos vehículos implicados.

Aurora se acercó un par de pasos a la cama de Belén, con perfecta fluidez mecánica. Y continuó:

—Todo sucedió muy rápido. Las IA de los vehículos activaron medidas de seguridad para protegerte, entre ellas una sedación de emergencia. Por eso has estado inconsciente unas horas.

Belén sintió un escalofrío al escuchar eso.

—¿Unas horas? ¿He estado inconsciente unas horas? ¿Por qué?

—Sí, Belén, te inyectamos una sustancia en tu torrente sanguíneo, instantes antes del impacto. Un coctel de medicamentos destinados a evitar el trauma cerebral por el impacto, a reducir tu metabolismo a funciones críticas y el riesgo de desangrado en caso de trauma grave –explicó Aurora, su tono siempre constante y amable.

Desconcertada, Belén movió ansiosa sus manos y sus pies. Se tocó la cabeza, miro a un lado y al otro. Trató de buscar un espejo a su alrededor. Su cuerpo y su imagen eran muy importantes para ella.

—Pero... estoy bien, ¿verdad?

—Así es, Belén, no tienes ningún daño físico importante. Teniendo en cuenta la gravedad del accidente, es una verdadera fortuna, pues los vehículos sufrieron daños importantes –confirmó Aurora–. Hemos llevado a cabo un chequeo completo y no se han encontrado daños en tus tejidos, más allá de algunas contusiones, que se curarán en unos días.

Belén se acomodó en la cama, intentando procesar lo ocurrido.

—Te recomiendo que descanses un poco, Belén. Aún nos quedan un par de resultados que

analizar de tus pruebas, pero pronto podrías irte a casa –aconsejó Aurora mientras simulaba leer unos informes-. Ah, y hemos notificado el accidente a tus contactos de emergencia. También acabamos de notificarles que has despertado.

No habían pasado ni veinte segundos, cuando el espacio a los pies de la cama de Belén parpadeó, emitiendo una suave luz azulada antes de proyectar una imagen holográfica de un hombre mayor. Con su cabello canoso perfectamente peinado y una expresión de gravedad, se le identificaba fácilmente como alguien de poder y autoridad.

–Papá...– murmuró con su voz cargada de sorpresa y con un toque de ansiedad.

–Belén –comenzó el hombre con un tono suave, su rostro transmitiendo genuina preocupación -. ¿Cómo te sientes, hija? Te veo... bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

Belén esbozó una pequeña sonrisa mientras se trataba de adecentar el pelo con la mano.

–Estoy bien, papá. Solo un poco desubicada por todo esto.

El hombre asintió con una sonrisa antes de cambiar su tono por una voz grave y de resonancia profunda.

–Estoy aliviado de que estés bien, ha sido un gran susto. Pero esta es una situación delicada, con implicaciones que no podemos desatender.

Belén frunció el ceño.

–¿Implicaciones? ¿No es suficiente con que esté viva y a salvo?

–Por supuesto, estoy muy agradecido por eso –suspiró el padre-. Pero hay más factores en juego. Los accidentes de coche ya no deben ocurrir, son cosa del pasado, como cuando se fumaba o se consumía azúcar. Nos interesa que no haya noticia, que este accidente sea un hecho anónimo.

La cara del padre se fue tornando más seria y menos condescendiente.

–No podemos permitir que tu imagen, o la de nuestra compañía, se vea manchada. Ni que la gente ponga en duda el sistema de prevención de accidentes.

–Todos pagan seguros muy caros; el sistema debe funcionar a la perfección –interrumpió Belén, con cierto tono de disgusto.

–Es... otra forma de decirlo –sentenció el Padre -. Hija, necesito que vengas a casa ahora mismo.

A pesar de sus palabras, Belén percibió la preocupación en sus ojos, la misma que siempre escondía detrás de su fachada de duro empresario. Sin embargo, la distancia entre ambos parecía insalvable en ese momento.

–Pero ¿qué estás diciendo? ¿Que me marche del hospital en medio de la noche? –preguntó Belén, su incredulidad evidente en su tono.

–Sí hija. Es mejor mantener la discreción en este asunto. Ah, y no hables con nadie por el momento –afirmó su padre, su rostro serio-. Mandaré un coche a recogerte.

Belén quedó en silencio, considerando las palabras de su padre. El vacío entre ellos se hacía

más evidente, pero a pesar de su resentimiento, no podía ignorar aquella orden.

–Está bien, papá –respondió finalmente Belén-. Déjame que me organice y terminen de chequearme; yo te avisaré.

Acto seguido hizo un gesto con la mano para finalizar la comunicación. La imagen de su padre se desvaneció, dejándola de nuevo a solas con sus pensamientos.

Pocos niveles más abajo, en el mismo edificio, Rafa despertó en una habitación marcada por su esterilidad. Lámparas de luz insuficiente brillaban desde el techo, revelando la simplicidad utilitaria de su entorno: una cama de barreras metálicas, con una gran sábana cubriéndole, no había mucho más a la vista. No le importaba el exterior; Rafa estaba lidiando con el torbellino de confusión en su interior.

La puerta se abrió con un sonido metálico y lo que parecía ser la forma de una mujer, en uniforme médico, se hizo visible al otro lado. Aurora, el asistente de inteligencia artificial, se acercó a él con un andar perfecto y sosegado.

–Rafa –comenzó Aurora con su voz suave y calmada -. Estás en el hospital central de la ciudad. Has tenido un accidente.

Tras dos segundos, Aurora continuó hablando: –Te hemos inducido sedación profunda para minimizar el shock emocional y físico. Por eso te encuentras desorientado y con los sentidos impedidos. Por favor, no trates de levantarte, tu estado es delicado.

Rafa la miró, sus ojos nublados por la confusión y la droga.

–¿Accidente? ¿Qué... qué ha pasado?

–Estabas en tu vehículo, volviendo a casa, cuando ocurrió el accidente. Ambos vehículos colisionaron fuertemente. Los servicios de emergencia te rescataron, ya inconsciente, y te trajeron rápidamente aquí, donde te hemos operado y estabilizado.

Rafa parpadeó, intentando procesar la información.

–¿Un accidente de coche? Pero, ¿cómo? Pensaba que eso... que eso ya no pasaba nunca.

–El sistema central de control de vehículos autónomos tiene una eficiencia en seguridad del 99,999%. Estamos ante un caso extremadamente raro. Tuviste mucha suerte de salir con vida, Rafa.

Un momento de silencio pausó la conversación. Rafa todavía luchaba por comprender la gravedad de la situación. Entonces, algo cambió en su mirada y sufrió un golpe de realización. Su rostro perdió color, sus ojos se abrieron como platos y su mirada bajó hasta la sábana blanca que le cubría: faltaba algo.

–Mi... ¿Dónde está mi pierna?... ¿Qué le ha pasado a mi pierna! –gritó Rafa con el miedo dominando su alto tono de voz.

Aurora se quedó en silencio un instante, antes de responder.

–El accidente ocurrió muy rápido y los sistemas de a bordo hicieron lo mejor que pudieron para salvar vuestras vidas. La prioridad del protocolo fue tu supervivencia, pero has sufrido numerosas fracturas, así como la amputación de gran parte de la pierna derecha. Lo siento mucho, Rafa

La voz de Aurora se desvaneció, perdida en el estruendo de la revelación que acababa de golpear a Rafa. La noche parecía ahora más profunda, al igual que la oscuridad que se apoderaba de él, desde dentro. La vida de Rafa había cambiado para siempre, en menos de dos latidos.

Aurora se mantuvo en silencio un instante más. La IA no podía ofrecer el consuelo de un humano, ni las palabras adecuadas para llenar el vacío que había dejado la pérdida de su pierna. Sin embargo, hizo lo que estaba programada para hacer: asistir y apoyar.

–Rafa –dijo Aurora inclinándose sobre él-, entiendo que esto es mucho para procesar. El personal médico hizo todo lo posible durante la operación, pero los daños en la extremidad eran irreversibles. Se centraron en estabilizarte y garantizar que superaras la noche. Quiero que sepas que aún tienes un camino a seguir y que estamos aquí para ayudarte en todo lo que necesites.

–¿Un camino a seguir? –Rafa murmuró, todavía en shock, con sus palabras apenas audibles- ¿Cómo se supone que voy a seguir adelante sin mi maldita pierna?

–Rafa, sé que esto es devastador y necesitas tiempo para procesarlo –continuó Aurora, su voz tan suave como le permitía su algoritmo-. La pérdida de una extremidad no significa el fin de tu vida, o de tus habilidades. Hay muchas soluciones disponibles, desde prótesis altamente funcionales, hasta las opciones de regeneración avanzada de tejido que...

Rafa levantó su mano izquierda en un movimiento brusco, deteniendo las palabras de Aurora. Su rostro estaba tenso y su mirada perdida en el espacio.

–Déjame solo, Aurora... necesito... estar a solas.

Aurora asintió, aunque su expresión cordial se mantuvo inmutable.

–Claro, Rafa. Tómame todo el tiempo que necesites. Llámame si tienes preguntas.

Aurora se marchó con discreción y Rafa se quedó solo en la habitación, con sus pensamientos y su dolor, mirando hacia el bullicio y las luces de neón de la ciudad, insensible al mundo que se había derrumbado dentro de esa habitación de hospital.

Unos pisos más arriba, en la zona noble del hospital, la cálida luz de la habitación iluminaba la figura de Belén. Miraba su reflejo en la ventana mientras se abrochaba una nueva y entallada camisa blanca, que su padre había enviado al hospital por dron, junto con un elegante traje negro de sastre. Cada uno de los movimientos de Belén era

preciso y deliberado, como si estuviera tratando de aferrarse a la normalidad, a pesar del torbellino de eventos que había atravesado desde que despertó.

Aurora la observaba desde su posición al lado de la cama. En realidad, Aurora vivía fuera de ese cuerpo de esqueleto metálico, tenía presencia en cada dispositivo electrónico de esa sala y de ese hospital.

–Belén –comenzó el androide-, sé que te estás haciendo muchas preguntas sobre el accidente en este momento.

Belén asintió, con expresión seria, mientras estaba concentrada en encajar las piezas del rompecabezas y los botones de la camisa.

–No puedo entender cómo pudo pasar. Los coches deberían haber evitado la colisión, organizándose entre ellos –dijo mientras miraba de nuevo a Aurora-. Y si el choque ha sido grave, como dijiste antes, ¿por qué no tengo ni un solo rasguño?

Aurora pareció asentir, aunque su rostro no tenía la capacidad para las sutilezas del lenguaje corporal humano.

–Los coches autónomos utilizan una serie de sistemas para minimizar los daños en caso de un incidente inevitable –explicó Aurora mientras proyectaba unos diagramas junto a su holopresencia-. El funcionamiento de esos sistemas se basa en la comparación del Valor de Vida Humana o VVH. Cada humano tiene un VVH único, calculado en tiempo real, que refleja una combinación de muchos factores, incluyendo la edad, salud, potencial para la sociedad y más.

–Mi padre me ha hablado alguna vez de esos parámetros que usan las compañías aseguradoras. Pero, ¿cómo pueden haber influido en el accidente? No lo comprendo –dijo Belén sorprendida.

–Los valores VVH de todos los implicados en un accidente, ya sea en un coche o en cualquier otro escenario regulado por IA, se utilizan para tomar decisiones en fracciones de segundo –continuó Aurora-. En situaciones límite, los cálculos de VVH pueden usarse para tomar decisiones que afecten a las acciones de mitigación de daño que se ponen en marcha.

–Estás dando rodeos, Aurora. ¿Qué me quieres decir con todo eso? –preguntó Belén insistente.

–Es difícil de explicar con la información a la que tengo acceso siendo una IA médica –dijo Aurora con su misma voz servicial-. Analizando los datos históricos de VVH, veo que, en el momento del accidente, los cálculos para ti y para el otro pasajero tuvieron un comportamiento irregular.

Belén se quedó en silencio, sus ojos se ampliaron mientras absorbía las implicaciones de las palabras de Aurora.

–¿Qué le ha sucedido al otro pasajero?

Aurora no respondió inmediatamente, como si estuviera ponderando qué responder. Su programación la instaba a no sobresaltar más a su paciente.

–Belén, todo lo que puedo decir es que las IA hicieron todo lo posible para minimizar el daño a los involucrados. El resultado fue, lamentablemente, que el otro ocupante sufrió más daños corpo-

rales, con numerosas fracturas y la pérdida de su pierna. Tenía un VVH muy inferior al tuyo.

–¿Y si los cálculos de VVH no hubieran mostrado ese “comportamiento irregular” que dices? –preguntó Belén, casi en un susurro– ¿El otro ocupante podría haber sufrido un daño menor?

–Es probable –dijo Aurora manteniendo la voz tranquila y midiendo sus palabras–. Pero, por lo que puedo deducir de la simulación, en caso de valores VVH similares en ambos, tú habías salido bastante más dañada por el impacto.

Las palabras resonaron en el silencio de la habitación, hundiéndose en el corazón de Belén. Su mirada se desvió hacia la ventana, hacia las luces parpadeantes de la ciudad, mientras procesaba esta nueva información.

–Eso significa que la otra persona ha perdido su pierna por mi culpa –murmuró Belén.

Aurora mantuvo su silencio por un momento, antes de responder.

–Lo ocurrido no fue tu culpa. Fue una desafortunada coincidencia de circunstancias y cálculos. De ninguna manera debes cargar con la culpa de lo que sucedió –dijo la IA recurriendo a su protocolo de gestión del paciente.

Belén ignoró esas palabras. Un sentimiento de culpa comenzaba a anidar en ella. La habitación quedó en silencio por unos segundos, mientras ella continuaba abrochándose su camisa, sus movimientos ahora mecánicos y lentos, con sus pensamientos perdidos en el siguiente movimiento.

–Dime en qué habitación está, quiero ir a verlo –ordenó Belén.

Y prosiguió con su ritual de vestimenta y arreglo.

Rafa estaba tendido en la cama, contemplando el espacio vacío donde solía estar su pierna. Su rostro estaba tenso, lleno de frustración.

–Aurora, dime –su voz era baja pero claramente llena de ira–, ¿quién es el otro ocupante del vehículo? ¿Cómo está?

La IA no pareció sorprendida por la pregunta. De alguna manera, la esperaba.

–La otra persona accidentada es una mujer de 30 años, natural de esta ciudad, de nombre Belén. También está en el hospital. Ha salido prácticamente ilesa del accidente.

–¿Ilesa? Pero... ¿cómo es eso posible? Me has dicho que el accidente fue muy aparatoso y que los coches han quedado prácticamente destruidos. Necesito que me expliques exactamente lo que pasó.

Aurora se mantuvo en silencio, por un momento, antes de responder. Luego le explicó a Rafa todos los detalles y diagramas del accidente que había compartido con Belén.

–Mi conclusión –finalizó Aurora– es que las decisiones que tomaron las IA durante el accidente se basaron en vuestros valores VVH actualizados. Estos cálculos se modificaron en los instantes pre-

vios al impacto. Lo cual hizo que, en la trayectoria de colisión adoptada, tu coche quedara mucho más expuesto a daños. Y que tú te llevaras la peor parte del impacto.

–¿Se modificaron los VVH? –la voz de Rafa se endureció– ¿Así, de repente y justo antes del accidente? ¿Es eso posible?

La cara sintética de Aurora pareció pausarse por un momento, pero finalmente asintió.

–Lo que he podido analizar es que la determinación matemática de las IA dio la máxima prioridad a garantizar la supervivencia de la otra ocupante. No fue una elección, fue una decisión lógica inevitable, basada en los datos y las variables disponibles en ese momento.

La ira de Rafa llenó la habitación con una tensión palpable.

–¿Entonces las IA me consideraron prescindible! ¿Es eso lo que estás diciendo, Aurora?

–Las IA tomaron la decisión que respetaba los valores de VVH de cada pasajero –respondió Aurora con calma–. Siguieron el protocolo. Desafortunadamente tú te has llevado la peor parte. Pero sigues vivo, Rafa. Eso es lo importante.

–¡Seguir vivo no me consuela! Apenas puedo permitirme un seguro básico, ¡como para pensar en qué va a ser de mí a partir de ahora sin poder andar! ¡Vete y déjame en paz, maldita máquina!

Aurora miró a Rafa con la máxima simpatía que un robot podía emitir. Y permaneció así varios segundos, como si alguien hubiera interrumpido su programa. Después, se marchó discretamente.

Rafa quedó absorto con sus pensamientos y su ira. Las palabras de Aurora resonaban con un eco siniestro. Había sido sacrificado, reducido a nada más que una variable en un cálculo frío y despiadado que alguien había modificado justo antes del accidente para hacerlo más injusto. Y todo lo que quedaba ahora era la impotencia y la furia.

Pasaron un par de minutos, o quizás más. Rafa había perdido la noción del tiempo. Entonces, un sonido mecánico le sacó de su trance.

Cuando Rafa miró hacia la puerta de la habitación, que se había abierto, vio a una mujer de carne y hueso, que parecía haberse materializado desde otro mundo.

–Hola... –comenzó la mujer, su voz empañada por la incomodidad que sentía–. Soy Belén. La... la otra accidentada.

Sus palabras flotaron en el aire, cargadas de implicaciones no dichas. A continuación, se mordió el labio inferior, buscando cómo continuar la incómoda conversación.

Era evidente para Rafa que ella pertenecía a una esfera social completamente diferente. Ella estaba allí, en la puerta de su habitación, envuelta en una sofisticada elegancia que parecía discordante en el lugar. Era hermosa, sí, pero no era solo eso. Era una especie de perfección pulida, refinada. Su pelo brillante y cuidadosamente peinado, sus ojos claros y despejados, a pesar de la hora temprana. Su ropa rezumando calidad y estilo. A pesar

de haber estado en el mismo accidente hacía solo unas horas, ella parecía imperturbable, como si su mundo estuviera protegido por una barrera invisible. Aun así, había algo en su mirada, un matiz de preocupación, o quizás vulnerabilidad, que Rafa encontró inesperado.

Belén dio unos pocos pasos hacia la cama, con cautela. Precisamente cuando iba a continuar hablando, el tono de una llamada entrante interrumpió su intento. Con una rápida disculpa, Belén revisó su comunicador de muñeca, con el ceño fruncido en confusión.

–Es mi padre... –se excusó, desconectando la llamada sin responder–. Insiste en que me vaya. Pero yo... necesitaba conocerte. Y hablar contigo sobre el accidente.

Rafa la miró, a pesar de la desorientación y el malestar que sentía, se las arregló para asentir. Tenía todo el interés del mundo en conocer a la persona que las máquinas habían decidido dejar intacta, a su costa.

Belén comenzó a hacer preguntas. Preguntas sobre el accidente, sobre las decisiones de la IA. Rafa, aunque reticente al comienzo, comenzó a abrirse y a compartir sus ideas. Los fragmentos de información que tenía y las teorías que había formulado con Aurora comenzaron a aflorar. A medida que hablaban, las piezas del rompecabezas empezaron a encajar.

Una verdad perturbadora terminó de formarse: los cálculos del VVH habían sido manipulados en el último momento para priorizar la vida de Belén sobre la de Rafa. Se produjo un incómodo silencio en la habitación.

–Mi padre es el presidente de la mayor compañía de seguros del país –reveló Belén mirando a Rafa–. Y yo soy titular del seguro de accidentes más caro que ofrecen, un producto al que solo puede acceder un 1% de la población.

Rafa asintió, pensativo.

–Tu padre se aseguró de que tuvieras el mejor desenlace posible en caso de accidente. Tú y todos los miembros de la élite. Eso es lo que ofrecen esos seguros exclusivos –dijo con desprecio desde la cama.

Belén se quedó en silencio, pensando en las implicaciones. Luego habló de repente:

–¿Cómo es posible que puedan hacer eso? ¿Es legal? ¿Es ético? –pensó en voz alta.

De nuevo, se produjo el incómodo silencio. Fue roto por el tono de un nuevo mensaje en la muñeca de Belén. Esta vez Belén lo leyó.

–Mi padre está llegando. Ha decidido venir en persona. Debo marcharme. No debe saber que he venido a verte –declaró Belén con una nota de miedo en su voz.

Rafa, sorprendido, miró a Belén.

–No dejaré que esta injusticia quede así.

–Me gustaría ayudarte, pero... no sé cómo hacerlo –dijo Belén precipitada mientras miraba a un lado y al otro, buscando opciones.

–Gracias –comenzó Rafa, con una severidad

en su voz que nunca había mostrado–. Pero no necesito tu ayuda exclusiva. Lo que necesito es justicia.

Belén se apretó las manos, sin saber qué más decir. Su mirada se posó en la cama de Rafa y, por primera vez, la gravedad de lo que había ocurrido realmente la golpeó.

–Puedo... puedo pagar la reconstrucción de tu pierna. En este hospital hacen las mejores piernas sintéticas de la ciudad.

–¿De verdad crees que eso solucionará todo? –interrumpió Rafa, como filo cortante–¿Crees que una prótesis hará que esta injusticia desaparezca? ¿Y la próxima vez que me pase algo por ser ciudadano de segunda, también me ayudarás y pagarás mi factura de hospital? ¿Y si la siguiente vez me muero para que se salve otro rico?

Belén no supo qué responder. Abrió precipitadamente su interfaz holográfico de muñeca y movió los dedos con rapidez en el aire, lanzando comandos al dispositivo. Instantes después, el dispositivo de Rafa emitió un pitido y mostró una notificación de pago recibido.

–Déjame al menos que me encargue de los costes de tu prótesis. Si fuera necesario más dinero, diré al hospital que me lo notifiquen.

Rafa soltó una risa amarga y miró a Belén con desprecio.

–No puedes resolverlo todo con tu cuenta corriente, Belén. No en la forma que importa. No puedes devolverme lo que he perdido esta noche: mi libertad, mi igualdad.

Belén siguió en silencio. Las palabras de Rafa se clavaban en su corazón. Sabía que él tenía razón, que lo sucedido esta noche era la confirmación de que había ciudadanos de primera y de segunda, diferenciados hasta en los algoritmos programados en las IA.

–Lo siento, Rafa. De verdad, lo siento. Todo esto es muy injusto...

Se alejó dos pasos hacia atrás, mientras cancelaba otra llamada entrante.

–Tengo que irme ya –dijo con prisa.

Rafa asintió, con una expresión de resignación cubriendo su rostro.

Belén caminó rápidamente hacia la puerta, sus tacones haciendo eco en el silencio de la habitación. Justo antes de salir, se detuvo y se volvió hacia Rafa.

–Ten cuidado, Rafa. Mi padre es una persona poderosa. Nadie se atreve a llevarle la contraria –dijo haciendo una pausa–. Ni siquiera yo misma.

–No te preocupes por mí. Me las arreglaré, gracias a tu limosna. Dios de lo pague.

Con esas últimas palabras resonando en la habitación, Belén salió al pasillo, temblorosa, respirando profundamente para aliviar la tensión vivida ahí dentro. Le costó un gran esfuerzo recuperar la compostura, ponerse su máscara de indiferencia y reanudar el paso firme y decidido que la caracterizaba.

Rafa se quedó solo en su habitación, mirando a través del ventanal cómo la ciudad despertaba.

La luz del amanecer, proyectándose a través de la ventana, parecía burlarse de él: cada rayo de sol marcaba su incompleta silueta bajo la sábana y le recordaba la dureza de su situación. El mundo giraba, indiferente a su a su pérdida y a su dolor.

Más allá de la pérdida física, un amargo conocimiento le atormentaba. La sociedad, gobernada ahora por sistemas automáticos y algoritmos seguía plagada de las habituales trampas y favoritismos de los poderosos. Pero ahora era más injusta que nunca, pues toda esa injusticia ocurría de manera invisible en las mentes de las IA, que tomaban decisiones de vida o muerte de humanos, en cuestión de dos latidos.

Ya en la calle, Belén se dirigió al coche negro que la estaba esperando. Antes de subir, lanzó una última mirada hacia atrás, hacia el imponente edificio del hospital. Había una especie de despedida en esa mirada, una extraña mezcla de pesar y de culpa.

Se subió al coche y saludó a su padre con normalidad e inocencia. Hablaron de la importancia de la salud y de lo afortunados que eran por seguir sanos y salvos. Y de lo apretada que tenían ambos la agenda esa semana.

–Hija, no sé lo que has hecho en el hospital esta noche, pero tu indicador VVH acaba de subir 20 puntos de golpe.

–Hice un donativo desinteresado, Padre – dijo Belén intentando no darle importancia.

–Bien jugado, hija. Te pone a tiro para esa campaña a la alcaldía que tenemos que discutir la semana que viene con el asesor político.

El vehículo autónomo se adentró en el tráfico matutino a gran velocidad, convirtiéndose en un punto más entre la multitud de puntos, en un latido más del pulso de la ciudad, finamente controlado por las máquinas.

FACULTY + STAFF

EL ORERO PROFESOR

Ottón Solís ^{CRI}

Professor at IE School of Politics,
Economics & Global Affairs

–Se lo pregunto con todo respeto, si es cierto que cada mes sale de la montaña a vender las dos a tres pepitas de oro que dice encuentra en promedio, ¿cómo es que vive tan mal? Lo digo porque usted está vestido con harapos y parece mendigo”.

Había dudado todo el camino, “¿será muy grosera la pregunta?”. Pedro no la hizo con saña o queriendo humillar a Elías. Había dos alternativas: o Elías era un narrador exquisito y entretenido, dotado de una imaginación creativa y leyendera, o Pedro era un cínico petulante que ya no creía en nada. O sea, Elías solo podía ser un mentiroso o un educador, pero Pedro solo lo sabría si hacía la pregunta.

El viaje a la casa era largo, tomaba al menos cinco horas. Por lo general Pedro había trabajado muy duro, durante los tres a cuatro días en que se quedaba en la finca, ya sea vacunando, marcando, escamotando, castrando, apartando, arriando ganado o caminando con el cuidador, revisando el estado de los potreros, recorriendo las cercas viejas para ver si necesitaban reparaciones o trazando las nuevas que debían construirse. Dormirse mientras manejaba de regreso era un peligro latente. Montaba en el carro a quien quiera que se lo pidiera. No lo hacía por generosidad, sino como forma de mantenerse despierto: una buena conversación era la mejor prevención contra el sueño... y un accidente.

Elías estaba sentado en la vera del camino, apenas a unos diez kilómetros de la finca. Aunque su apariencia sugería peligro, Pedro no dudó en detener el carro y ofrecerle el *ride*.

Prácticamente toda su ropa estaba cubierta de barro seco. Un sombrero de lona sucio y deshilachado cubría un pelo largo y desordenado. Una barba irregular, mitad negra mitad canosa, rodeaba una boca con pocos y amarillentos dientes. Se amarraba el pantalón con una suerte de bejuco y llevaba en la espalda un saco al cual le daba forma de salveque, atando, con tiras de burio no bien

trenzadas, las dos puntas del fondo a la boca del saco y montándolo sobre sus dos hombros. En la mano llevaba un cuchillo de 28 pulgadas metido en una vieja cubierta de cuero. Es posible que no se hubiese bañado en semanas, pero Pedro no sería capaz de percibir la posible hediondez, porque, aunque el si se bañaba todos los días para acostarse, al siguiente día se ponía la misma ropa, mojada y sucia con barro, boñiga y la sangre que le había pringado de la escamoteada o la castrada. Así que estaba igualmente hediondo: no sería capaz de notar algún cambio de olores en la cabina del *pickup* cuando subió Elías.

–¿Para dónde va?

–Si me lleva a Rincón, ahí puedo tomar bus, primo.

Ok, respondió Pedro. Ante la apariencia de su pasajero, prefería conocerlo un poco antes de anunciarle que estaba dispuesto a llevarlo hasta que sus rumbos dejaran de coincidir. Pedro siempre andaba armado, así que miedo no tenía, pero era mejor evitar problemas.

Como era su costumbre, Pedro soltó una batería de preguntas tan pronto como Elías subió al carro. Elías contestaba con evasivas. Tal y como se lo confesó más tarde, temía que Pedro fuese autoridad, aunque lo dudaba por la suciedad de su ropa y su vehículo. “Las autoridades preguntan mucho pero siempre andan como un ajito... está raro esto”, fue su reflexión.

Pero pronto tomó confianza, cuando él mismo hizo unas pocas preguntas a Pedro sobre la razón de su viaje y detalles del trabajo de la finca, los cuales le convencieron que era finquero y no autoridad policial. Además, Pedro le confesó que no lo montaba al carro por generosidad ni para cobrarle pasaje, sino para evitar dormirse, “así que hable todo lo que pueda”. Ambos sonrieron. Escasos tres kilómetros de viaje conjunto y ya confiaban el uno en el otro: Pedro no temía que fuese un delincuente

y Elías no temía que Pedro, a quién llamaba “primo”, fuese la ley.

Fue así como Elías, por medio de respuestas a las preguntas detalladas de Pedro, fabricó una fascinante, ordenada y creíble historia. La narración versaba sobre la búsqueda y el lavado del oro selva adentro, cómo se conseguía comida, cómo se dormía, los peligros que presentaban los jaguares y las culebras y otros oreros o la llegada de ladrones que llegaban para robarles. “Pero el peligro más grande era que nos descubrieran los guardaparques o la Policía ... a un ladrón o una culebra le puedo meter un machetazo, pero si le hago un rasguño a una autoridad me embarco en serio”. “Entonces, ¿qué hace?”, preguntó Pedro. “Si vienen dos a tres uno se arriesga y les ofrece todas las pepitas que tenga para que lo dejen tranquilo, pero si viene un grupo ya de seis o siete, lo mejor es huir jungla adentro y esconderse por varios días”. Luego contó, con minucioso detalle y un orden narrativo lineal y claro, las dificultades de vivir en sigilo, sin utensilios de cocina, ni plástico para guarecerse y “solo con la 28” en las profundidades desconocidas de la jungla.

En Rincón Pedro estacionó el carro frente a la cantina y le dijo “aquí siempre me tomo una birra con boca de piangua fresca, ¿quiere acompañarme? Si quiere, deje el salveque en el carro”. A la birra dijo que sí, pero bajó el salveque. En la cantina había otras personas, no quiso hablar mucho. Pedro lo notó y dejó de hacerle preguntas. Al terminar la cerveza, Pedro le contó que tenía que pasar por Chacarita, que si iba en esa dirección con gusto lo llevaba.

Y realmente lo hacía con gusto. Los cuentos de Elías eran extraordinariamente entretenidos, fluidos, absorbentes y aparentaban un conocimiento al detalle de la vida y las técnicas del coligallero. Este vago tiene amigos o parientes en la actividad, pues aparenta muy bien saber del tema, pensó Pedro, pero es el mentiroso más fantasioso ¡y el mejor antídoto contra el sueño que he conocido!

Pedro no le creía nada y con razón. Elías le había contado que le tomaba entre tres y cuatro semanas, máximo cinco, encontrar mínimo dos pepitas como del tamaño de la uña del dedo gordo del pie y de ahí para arriba. Si en cuatro semanas ya tenía dos pepitas y algo de polvo, salía a vender. Si pasaban cuatro semanas y no había encontrado ninguna, se quedaba y salía apenas encontraba la primera. Y agregó: “Pero es muy raro que me vaya tan mal”.

Este me ve cara de menso, pensaba Pedro mientras lo escuchaba. ¡Con esa apariencia estaba seguro de que no había visto ni en foto una pepita de oro!

Elías agradeció con efusividad la cerveza, casi como pidiendo la segunda, y dijo que si le ayudaría mucho si lo levaba hasta Chacarita. Pedro notó que quería la segunda birra, pero optó por regresar al carro, primero porque no quería derrotar el objetivo del *ride*, que era mantenerse despierto, lo cual ante su falta de costumbre podría

ser el resultado de tomarse otra cerveza y, segundo, porque aún quedaba una pizca de desconfianza y temió que con una segunda cerveza a Elías le brotaran los impulsos propios de su apariencia.

Tan pronto como se reinició el viaje, Elías recuperó su elocuente y agradable narrativa. Ante las preguntas de Pedro, habló de su origen, sus padres, las mujeres con las que había convivido, su aspiración a ser finquero de ganado desde que trabajó en una hacienda en Guanacaste y aprendió las diferentes tareas. No tenía hijos, aunque decía estar seguro de que he dejado regados unos cuantos. El trabajo de orero en Corcovado era mucho más duro y riesgoso que el de peón de finca, pero, decía, “en la selva nadie me manda”.

Intentó preguntar, pero recibió respuestas cortas y escuetas, pues a Pedro le interesaba que siguiera hablando y mintiendo, pues lo hacía de manera muy agradable y amena. “No lo veo como mentiroso, sino como novelista. Él miente hablando, el novelista escribiendo, pero su enemistad con la verdad y su reverencia por la ficción es la misma”, pensó Pedro, ya a medio camino entre Rincón y Chacarita.

Y fue ahí donde, ya con más confianza y una birra en el sistema, Pedro se atrevió a hacer la pregunta que rondaba por su cabeza desde que este harapiiento le contó que por mes vendía entre dos y tres pepitas de oro y algo de polvo.

–Tengo que hacerle una pregunta, Elías, espero que no se moleste, pero no quiero irme con la duda. Esté seguro de que la he pasado muy bien desde que se subió al carro y ese sentimiento no cambiará cualquiera que sea su respuesta.

–Tranquilo, primo, tírela.

Con la misma espontaneidad y fluidez que había abordado las numerosas preguntas que Pedro ya le había hecho, Elías, sin inmutarse contestó: “Vea, primo, usted me ha preguntado por todo, pero no sobre mis vicios. Como detective, usted no se gana ni una taza de café ralo”. Aunque el tono seguía siendo afable, Pedro dudó de si estaba molesto por la pregunta. Después de todo, decirle a alguien harapiiento y endilgarle parecido a un mendigo podría ser un insulto, aunque se antecediera por una solicitud de respeto. Pero por lo que siguió, Pedro concluyó que no había resentimiento alguno.

–Para empezar, usted me ve harapiiento ahora, pero mañana en la tarde me presentaré ante las damas hecho un ajito, con buenos cachos, bien rasurado y peinado y oloroso a perfume de calidad, comprado en la frontera. Ahora estoy así, pero mañana me verá como un oficinista. No soy ni mendigo ni oficinista, soy Elías hoy y lo seré mañana. ¡Además, usted también está bien cochinito, si no fuera porque tiene carro alguien podría pensar que es compañero mío! Es más, primo, vamos sin el carro a buscar mujeres, así como estamos, para que vea que a usted no le va mejor que a mí.

No sé si esa era su intención, pero había fabricado su respuesta de manera tan convincente que lo tomó como una leccioncita.

–Pero, primo –prosiguió, ahora sí con alguna pausa–, si lo que quiere saber es si soy pobre o rico, le voy a decir que tampoco se puede contestar fácil. Yo soy rico por dos semanas, luego paso a ser pobre por un mes, para volver a ser rico otras dos semanas. Así va mi vida.

–No le entiendo.

–¿Qué me va a entender!, por eso, déjeme explicarle lo de mis vicios. Como le dije antes, yo salgo cuando tengo dos pepitas, eso es como una vez por mes. Las vendo en Golfito.

–¿A quién?

–Un viejo tagarote me compra todo lo que le venda y él se lo vende a la oficina que tiene el Banco Central ahí en Golfito. Ahí compran todo y lo pagan bien.

–¿Y por qué no lo lleva usted al Banco y lo vende directamente?

–Porque ante la primera pregunta sobre dónde conseguí el oro, termino en la cárcel. En Costa Rica tocar a Corcovado es más delito que cogerse una virgen. Al viejo no le preguntan nada porque él dice que tiene papeles o una patente como comerciante de oro.

Una vez más sus respuestas eran informadas y creíbles. Por lo menos, un hermano sí había sido orero, pensó Pedro.

–Ok, pero, aun así, usted sí recibe buen dinero por el oro. ¿Qué hace, lo guarda en un banco, lo invierte?

–Ahí viene lo de los vicios y mis dos semanas de ricachón: lo gasto en guaro y putas. Paso dos semanas, a veces me alcanza hasta para una semana más, con pinta de oficinista, encamando putas, emborrachándome y regalando guaro y putas a mis amigos.

–¿En San José o dónde?

–Primo, las mejores putas del mundo están en Golfito, en Neily y en la frontera. Y son baratas, con solo el pasaje a San José pago por dos sin salir de la zona.

–¿Pero algo ahorra?”

–Nada, primo, más bien, con frecuencia, tengo que pedir prestado para los pasajes de regreso a Rincón y para comprar la comida, los fósforos y todo lo que tengo que llevar a Corcovado.

–Ahora entendí lo de ser rico dos semanas y pobre un mes.

–Ve que tengo razón. En el mes que soy pobre parezco mendigo, paso cubierto de barro, como muy mal, trabajo como chino y de mujeres solo recordarlas y jalármela.

Prosiguió contando, con su magnética e informada narrativa, la vida del borracho y las prostitutas. Pedro concluyó que sus exageraciones sobre el licor que se tomaba y las mujeres con que se apareaba en dos semanas, o sobre su generosidad con los chiquitos de esas mujeres y con sus amigos, no se originaban en un deseo de ostentar; sino que era su capacidad creativa y su imaginación de novelista lo que lo llevaban por esa ruta.

El camino se había hecho corto; a Pedro el

sueño no le había llegado ni a la categoría de embrión. Faltaba poco para llegar a Chacarita, donde Pedro doblaría hacia el norte por la carretera Interamericana y Elías tomaría un bus hacia el sur, a sus predios de ricachón oficinista.

Unos cincuenta metros antes de la intersección, Pedro detuvo el carro para que Elías, el mentiroso o novelista más logrado y agradable con que Pedro se hubiese encontrado, bajara. En lugar de bajar comenzó a soltar la boca del sucio saco que le servía de salveque. Metió la mano hasta el fondo como intentando buscar algo. Para entonces Pedro ya le tenía confianza. Estaba seguro de que no estaba buscando un arma o que tuviese una mala intención, aunque le pasó por la mente. Por fin sacó un pañuelo, de esos grandes y coloridos que los bailarines de música folclórica utilizan. Era un mazacote arrugado y amarrado con sus mismas puntas. Con dificultad logró soltarlo y comenzó otra vez a buscar algo. Pedro pensó, “está buscando dinero para pagar el bus y antes de despedirnos quiere saber si le falta para pedírmelo prestado. Por supuesto que con gusto se lo daré”.

Por fin encontró lo que buscaba. En lugar de pedir dinero, dijo: “Tome, primo, esta pepita, llévesela de recuerdo”.

Pedro miró la pepita la sintió en sus manos, sin duda era oro.

Un calor profundo circuló por su cuerpo, la cara se le puso colorada como un tomate, no podía soportar la vergüenza. Después de todo, Elías sí era orero y todo lo que le había contado era cierto.

En ese momento Pedro se percató que, además de un orero diestro, al frente tenía un profesor brillante. Le había enseñado sobre la actividad del coligallero, la vida en la selva, el comercio artesanal de oro, el mundo del licor y los burdeles, el periplo del que no aspira a acumular riqueza y, en particular, le había hecho percatarse que, en la práctica, no había entendido, por más que había admirado, al Tolkien de “no todo lo que reluce es oro, ni toda la gente errante anda perdida”.

Pedro se negó a recibir la pepita. Había dos razones. Era injusto, ante lo difícil que era encontrarlas, aceptar este acto generoso de Elías. Y, más importante, no podía recibir algo que se originaba en una verdad que él había juzgado, guiado por apariencias, como mentira.

Elías insistió: “Vea, primo, para usted significa algo, para mí es solo menos borrachera y menos putas y una semana menos de ricachón. No me bajo del carro hasta que me la reciba”.

Se la aceptó. Se despidieron. Elías nunca preguntó por el nombre de Pedro o donde vivía, ni pidió su número telefónico. Era generosidad pura y simple. No paraba de enseñar.

EL FINAL DEL EXPERIMENTO

Antonio Sanz ^{SPA}

Facilitator at IE Center for Health,
Well-Being & Happiness

Hacia días que volábamos hacia el norte. Según avanzábamos la comida escaseaba y presentíamos que la situación no iba a mejorar. Aluf, el guía, lo sabía, lo sabíamos todos, pero ninguno osaba cuestionarle. Quedaba una hora de luz y hacia rato que Aluf buscaba un lugar donde pasar la noche. Habíamos sobrevolado un bosque de hayas, era el lugar adecuado, pero el guía lo había desechado por estar envuelto en una densa bruma azul. Sin embargo, más allá se dibujaba un páramo extenso, infinito, más peligroso aún que la niebla. Aluf giró en redondo hacia el sur y la bandada fue detrás como un solo cuerpo. Según íbamos acercándonos al bosque, nos llegó la fragancia fresca de las hayas y esto reconfortó al grupo, que aumentó la velocidad ante la idea de un descanso, el primero en varios días. La bandada entró en la nube. Era una masa espesa, gelatinosa, que nos empapó inmediatamente el cuerpo, las alas y manteniendo la formación se hizo agotador. Costaba mantener los ojos abiertos por la condensación de líquido y abrirlos no servía de nada pues la densidad de la niebla era tal, que apenas podías ver al compañero que volaba a tu lado, solo una masa blanca y fría que iba penetrando en tu cuerpo convirtiendo tu corazón en una sustancia gélida.

Aluf comenzó el descenso. El grupo mantenía la cohesión sin visión alguna siguiendo las vibraciones del aire. Volar en cuña no es caprichoso, es la forma de realizar el mínimo esfuerzo, la forma en la que los más débiles de la bandada como yo, pueden seguir al grupo manteniéndose en el valle de la ola que genera la formación al hendir el aire. Éramos animales marinos, animales alados, volábamos y pescábamos zambulléndonos a veces hasta quince metros en el mar a velocidades de vértigo. Si de algo sabíamos era de ritmos y ondas, de vibraciones y olas. El agua y el aire se comportan de manera similar, pero a velocidades distintas. El dominio de esos ritmos es nuestra ma-

nera de sobrevivir y así está escrito en nuestros genes. Aire y agua nos hablan íntimamente, pero la niebla es otra cosa. De repente, perdí el rastro, la vibración de la bandada. Hacia un segundo estaba en ella y un instante más tarde lo había perdido. Miré a mi alrededor sin poder ver nada. Lancé un fuerte graznido, pero hasta el sonido parecía ser absorbido por la densidad de la bruma. Escuché una respuesta a mi izquierda, si el giro no lo hacía en la dirección correcta perdería al grupo. Bajé las plumas de la cola e instantáneamente mi cuerpo se desplazó decenas de metros a una velocidad vertiginosa. Volví a graznar. Esta vez la respuesta fue más lejana, creí sentirla unos metros más abajo y me lancé hacia el origen del sonido como si fuera a zambullirme el océano. Nada. Estaba perdiendo altura muy deprisa y aquí el aire era demasiado denso, aun así, mantuve el rumbo peligrosamente tratando de encontrar alguna vibración, la pista de un volador. Y de repente, perdí la suspensión bajo el peso de la niebla y caí a plomo. El primer impacto fue en la cabeza, abrí las alas y dejé que mi cuerpo absorbiera el golpe relajándolo al máximo. La vegetación espesa de los árboles frenó mi caída y me pude recomponer en una rama de un tejo gigante, probablemente milenario. Tenía un corte profundo cerca del ojo. La sangre que manaba con profusión no me dejaba ver. Oteé el aire. Nada. Estaba perdida. Perdida y sola, una situación sobre la que planea la muerte, que siempre ronda a los de nuestra especie.

Sin embargo, no sentí miedo alguno. Hacia ya varios inviernos que mi tiempo se había cumplido, yo era un volador raro, había vivido demasiado. Todos lo sabían y a veces les sorprendía mirándome con una mezcla de curiosidad, respeto y recelo. No sé por qué sigo viva. Soy muy vieja, más de lo que nadie recuerda, y observo el mundo desde otro lugar a como lo hacía cuando mi cuerpo aun tenía vigor. Ahora ya no vuelo, en realidad, apenas ten-

go energía para batir mis alas y simplemente me deslizo, fluyo apoyada en la corriente. Nadie sabe como lo hago, en realidad, no lo hago yo, se hace solo, simplemente sucede.

Fui agua. En un huevo fui líquida, solidificándome, haciéndome viscosa y luego sólida hasta cristalizar en estos huesos huecos, firmes, duros y ligeros. Mis huesos llevan la huella del aire formados en ondas helicoidales, la identidad del viento, de los torbellinos, de las térmicas, del aire fresco de los bosques, del sofoco cálido del desierto y del giro enloquecido de los tornados. Fui agua, en mi la furia de las olas que agitan mis sueños. Soy aire. Aire en mis huesos vacíos, en mis pulmones, aire que percibo con cada pelo de mis plumas, cada leve vibración, cada cambio de dirección y de temperatura. Vivo en esa vibración y entiendo el viento desde algún lugar de mi cuerpo.

Busco el agua, pues agua soy, más agua estructurada, agua que ha vivido y que guarda una memoria. He conocido los continentes, los océanos. He migrado durante años más allá de los trópicos en peligrosas aventuras equinocciales; he conocido tormentas de arena que nos alejaron de nuestra ruta cientos de kilómetros y diezmaron la bandada; he cabalgado huracanes en el círculo polar antártico donde no se pone el sol y donde los ciclones giran y giran durante semanas sin que continente alguno los detenga, volando sin descanso, sin tocar tierra alguna, siguiendo al mítico guía Alarion, mi padre. He oído bramar a los cuarenta rugientes a través del cabo donde el mar grita hasta ensordecerte. Me he saciado de *kriill* buceando junto a las grandes ballenas grises, mientras se movían majestuosamente mirándonos con ese ojo inexpresivo que parece encerrar un conocimiento misterioso. En cada poro, en cada célula, la profundidad y el salitre del océano resuenan en mí al tono de la luna llena, como cada gota de agua sobre el planeta. Formo parte de ese circuito, la sangre de la Tierra. A veces, mientras vuelo me pierdo en esa inmensidad, siento que ya no soy yo, sino algo etéreo y es entonces cuando siento que, como el aire, como el agua, carezco de una forma propia.

Creo haberlo visto todo, sin embargo, nunca vi un viento como este que vino del norte. Fue en aquel entonces cuando las cosas cambiaron. Aluf, el guía, se volvió sombrío, abandonó a su pareja y el contacto con la bandada. Si alguien se le acercaba lo atacaba con furia. Sé lo que le ocurre. Ha perdido el rastro, la percepción de la vibración. Un guía que no sabe donde está la estrella, donde está el océano, ya no es un guía. No es nada, y él lo sabe. Días atrás, después de cruzar el estrecho, los huracanes del norte nos llevaron cientos de kilómetros tierra adentro a una zona de pantanos. Recuerdo haber cruzado una mirada con él y durante un instante pude ver el miedo en sus ojos. El miedo de no saber a donde nos lleva, no sabe donde va, esta olvidando quién es y su propósito, y se que siente la amenaza de un fracaso que conducirá al clan hacia la muerte. Aluf está perdido. Las líneas, las

vibraciones que han guiado a nuestra especie durante milenios han desaparecido. Lo sé porque yo también he dejado de sentirlos. Pero esto es solo un síntoma más de lo que está sucediendo. Allí abajo, la superficie de los pantanos brilla como un mar metálico, son cadáveres de peces que flotan a millares. No se pueden comer, apestan a ácido, ni siquiera se corrompen.

La sangre de mi frente se ha secado y la bruma parece estar disipándose dejando ver entre sus jirones breves atisbos de un cielo carmesí. Levanté la vista y entonces los vi. Cuatro voladores surcaban el cielo. Era mi hijo Gris y los de su camada, los perdidos al cruzar el estrecho. Lancé un fuerte graznido e inmediatamente modificaron el rumbo. Ellos también andaban desorientados y buscaban la bandada. Volví a graznar hasta que me localizaron. Volaron sobre mi invitándome a unirme a su grupo. Abrí mis alas y en ese instante supe que no podría volar. Llevaba varios días sin alimento, apenas tenía fuerzas para moverme y el aire estaba quieto, pesado, lleno de agua, sería incapaz de sostenerme.

Vi el ojo de Gris escrutándome con atención mientras describía un amplio círculo sobre mi cabeza. Había comprendido. Al completar el giro encararon de nuevo el norte organizándose en una cuña perfecta y repentinamente reparé en la belleza de su vuelo que me conmovió profundamente sabiendo que nunca volvería verlos. Formulé un deseo de protección que voló con ellos y los vi perderse tras los tonos dorados con el que el atardecer coloreaba la parte alta de la bruma. Los pájaros no lloramos, pero este sería un buen momento para hacerlo.

Así que este era el lugar. Sobre este tejo milenario. Tenía sentido, probablemente él también ya está fuera de su tiempo. He visto morir ya a decenas de mis camadas y a mi compañero después de haber volado junto a mí durante más de cuarenta años. Por qué seguía viva era un misterio. Pero parece que mi tiempo ha llegado. Apoyé mi cuerpo contra el tronco del tejo y creí sentir su lento latido milenario, un ritmo al que podría acompañarme y cerré los ojos. Inmediatamente una forma de inconsciencia se fue abatiendo sobre mi liberándome de la pesadumbre de estar viva e ingresando en un sopor que no era doloroso, sino amable, casi placentero.

Algo me estaba ahogando, algo atenazaba mi cuello y desperté angustiada. Abrí los ojos esperando sin temor alguno ver las férreas mandíbulas de algún predador cerrándose sobre mi garganta. Pero lo que vi fueron los ojos de Gris junto a los míos. Estaba introduciendo aceite en mi buche. Un aceite esencial que los voladores llevamos dentro y con el que alimentamos a nuestras crías. Me dejé alimentar. Lo hice por él, no por mí. Yo ya había cerrado mis vínculos con la vida. No esperaba nada.

Gris me miró expectante. Yo le dediqué una mirada llena de compasión y agradecimiento. Vi la nobleza en sus ojos, la misma de su abuelo Alarion y me sentí orgullosa de haber cumplido mi papel,

había sido un eslabón digno en la cadena. Mi hijo era magnífico, noble, un bellissimo volador. Esta bien, volaría una vez más, esta será la última y moriré en el aire, lo haré por él y por su estirpe, que es la mía.

Hacia días que caminábamos hacia el norte. La comida escaseaba. El grupo murmuraba, estaban descontentos, pero callaban cuando los miraba. No me gusta que hablen, no sirve de nada y solo trae problemas.

Soy el guía del clan y aún me tienen respeto. Aparento saber que es lo que hago y hacia donde les dirijo, pero la verdad es que hace tiempo que les hago vagar sin otro rumbo más que el que el azar impone para que no se detengan y caigan en el abandono. Me he separado de ellos y rechazo su compañía y al menos esa distancia me protege y les protege, se que sin mí habrían muerto hace tiempo.

Cada día pienso que la situación no puede ser peor, pero me equivoco. Hace tiempo que hemos cruzado una línea más allá de la cual las cosas son irreversibles. Solo espero que el momento en que suceda, sea rápido, que no sufran innecesariamente. Mi parte no me importa, fui entrenado para guiar al clan, pero nunca sospeché que sería yo el guía que les conduciría hacia la muerte.

Fui iniciado en la época de la hecatombe y después de las olas radioactivas, aun así, entonces aún había esperanza. Llegaban noticias, más bien rumores, de que más allá de los trópicos había un territorio libre de ácidos y nos preparamos para la diáspora. Espero que el grupo del sur haya sido más afortunado. Me fue entregado un conocimiento transmitido durante generaciones que en mí será un conocimiento intransitivo, ya que morirá conmigo. Somos los últimos humanos hasta donde yo sé.

Somos un ensayo fallido. No hemos tenido tiempo suficiente, nuestra estupidez e ignorancia va a terminar con el proyecto humano antes de que este experimento pueda completarse. Perdidos en la mezquina fantasía de ser los minúsculos y vanidosos dioses de nuestro pequeño drama individual, no hemos entendido que el rumbo es precisamente el opuesto. Solo la actitud de entrega absoluta es la única posible para estar en perfecta armonía con lo real. Eso lo sabemos ahora, cuando ya es demasiado tarde. Fallamos en desarrollar una conciencia como especie, a pesar de que si lo hicieron otras antes que nosotros. Sí, hubo otros experimentos de conciencia antes que el humano. La frase “heredarás la Tierra” ha sido pronunciada con anterioridad. Pero nosotros no hemos conseguido comprender que el organismo es la comunidad, la colmena, el hormiguero, a pesar de que su ejemplo ha estado conviviendo durante milenios con nosotros. Basta echar una mirada a un colectivo de abejas o termitas para comprender que la supervivencia consiste en la entrega de cada individuo a un bien mayor. El trascender las barreras de nuestros pequeños egos

y entregarse al otro, era el secreto de la supervivencia. Las abejas, las hormigas, las termitas... si concluyeron satisfactoriamente su experimento y este aprendizaje cristalizó en eso que llamamos instinto. A nosotros nos han faltado tiempo para entender qué somos, en tanto son los demás. Los filósofos de esas otras especies más exitosas seguro que concluyeron: eres, luego existo.

No puedo recordar cuanto tiempo hace que vuelo con Gris y su camada hacia el norte. La falta de alimento y la extenuación me ha sumido en un estado de aturdimiento en el que he dejado de sentir mi cuerpo. No puedo mover las alas, no vuelo, simplemente fluyo al rebufo de Gris, sostenida en una brisa que a veces huele a bosque y a veces a ceniza.

En las últimas horas el aire se ha ido enrareciendo, pero no hay a donde ir. Allá donde miramos nos rodea esta nube verdosa. He visto muchos fuegos, he olido muchos humos, pero nunca uno como este, pálido, ácido, irrespirable, te cierra la tráquea.

Aunque hace un par de días que tratamos de evitar esa nube, desde hace unas horas volamos desesperadamente tratando de huir de ella, pues parece invadirlo todo. Gris esta girando de nuevo y me mira implorante tratando de encontrar en mí una respuesta, pero no la hay, no hay a donde ir. Finalmente, la nube nos da alcance e inmediatamente los ojos comienzan a escocer por la acidez de este aire. A mi derecha cae el más pequeño del grupo, un volador muy joven, casi una cría, que se desploma al vacío.

No habrá más voladores, será este un mundo al que ya no deseo pertenecer, un mundo pobre, sin especies, al que ya no echaré de menos. Bien, ha llegado mi momento de entregarme al infinito, me hice una con el viento. Sentí como mi cuerpo era penetrado por el aire por todos sus poros y se transmutaba en algo gaseoso.

Gris miró hacia atrás mientras su vista se nublaba y vio a su madre brillar como si una luz la inundara desde dentro. Fue la última imagen que impresionó su retina, una imagen que introdujo un último rastro de felicidad en su joven existencia antes de caer hacia el suelo como el peso muerto que ya era.

Al culminar la cumbre pudimos ver el valle que se abría a nuestros pies e iniciamos el descenso. Al doblar un pequeño recodo descubrimos los cadáveres de unos pájaros. Eran bien grandes, animales marinos y me pregunté que demonios harían aquí, tan lejos del mar. Había suficientes como para alimentar a todo el grupo, pero cuando estuve encima del primero advertí la espuma verde en sus picos, también estaban contaminados. Levanté la vista y vi la enorme nube verdosa que permanecía suspendi-

da sobre nosotros y supe que ese día sería el último. Pensé que había tenido una buena vida, qué demonios, una vida estupenda, la vida de un guerrero, y miré el horizonte. Aquel era un buen día para morir.

Una de las aves muertas llamó mi atención. A diferencia de las otras que yacían desmadejadas por la violencia del impacto, esta parecía haberse posado plácidamente sobre el suelo y su cuerpo contenía una luz interior, como si fuera de alabastro. Sentí deseos de tocarla, pero en cuanto mis dedos rozaron sus plumas se deshizo en unas cenizas brillantes que se esparcieron iluminando brevemente este suelo tóxico, y aquel misterio me sobrecogió como una premonición.

Me senté en posición de loto, al menos enfrentaría la eternidad con dignidad. Los demás al verme, hicieron lo mismo en silencio, habían comprendido. Levanté la vista. La nube algodonosa descendía suave y lentamente hacia nosotros como un letal maná. Me refugié en una vieja letanía. Al poco, una caricia cálida y húmeda comenzó a envolverme, no era necesario abrir los ojos para saber que la niebla me estaba abrazando. La piel de mi rostro comenzó a irritarse, escocía como una gota de limón sobre una herida. Inhalé profundamente. Era fuego, un ácido corrosivo que se ensañó por dentro corroyendo mis pulmones. El silencio invadió mi mente e inundó la Tierra con una calma yerma que no perturbaría jamás criatura alguna.

Dicen que cuando Brahma sueña, crea el mundo. Hoy abrirá los ojos.

Daras Batzokaas

Ensayo Corto

STUDENTS + ALUMNI

1ST LA INFANCIA NOS VENGARÁ
Myhrra Duarte

2ND TEMPLO SIN DIOSES
Victor Carmona Vara

3RD SOBRE CINE Y LIBERTAD
Ignacio Lasheras

FACULTY + STAFF

**1ST NO PODEMOS PERDERLES ANTES
DE GRADUARSE**
Borja Santos Porras

**2ND MIGUEL DE CERVANTES
Y DE CORTINAS Y SU PUEBLO MALDITO**
Marcelino Lominchar Plaza

LA INFANCIA NOS VENGERÁ

Myhrra Duarte ^{MEX}

Bachelor in Communications (2010)

LA INFANCIA NOS VENGERÁ: CARTUCHO DE NELLIE CAMPOBELLO

Mientras la lavadora deleita a los habitantes del hogar con su particular baile compuesto de puras piruetas, me acurruco en una esquina para leer *Cartucho* de Nellie Campobello¹. Su pluma cáustica transforma el baile de máquina en los disparos de una 30-30. A través de una serie de 56 relatos cortos que algunos llaman cuentos, hay quienes los clasifican como “estampas” y otros “instantes fotográficos”-en verdad, tal como dice la investigadora Gloria Prado², “resulta muy difícil catalogar los escritos de Campobello como novelas, novelas cortas o alguna otra clasificación semejante” (73)-. En *Cartucho* se muestra una normalidad mexicana muy distinta a la mía en el siglo XXI. Me dirás, bueno, ¿qué te esperabas? Ella escribe del México pos-revolucionario y tú vives en el México dividido de López Obrador, con un vecino norteño cuyas ciudades arden en protesta por la vida de un hombre negro llamado George Floyd y el misterioso covid 19. Tenme paciencia y escúchame, el México de Nellie no solo es distante por su contexto histórico, sino por algo que, aunque no lo creas, nos hermana y desdibuja las barreras espaciotemporales: su *Cartucho* visibiliza a los anónimos de la Revolución, a las mujeres, los niños, los llamados pueblos originarios, los campesinos. ¿Qué somos nosotros los que vivimos guardados entre cuatro paredes, si no anónimos ciudadanos de un país, un continente, un planeta? Nellie entreteje ficción con memoria para enseñarnos que, incluso en los momentos en los que el fuego arde en las calles y las casas no se sienten seguras, los niños lo absorben todo con sus ojos de esponja. Ellos y ellas, que en este instante se encuentran escondidos debajo de la mesa con el celular que le robaron a su abuela, ya están construyendo el futuro.

ENTRE LA FICCIÓN, EL TESTIMONIO Y LA MEMORIA

¿Es el conocimiento de la biografía de la autora vital para el disfrute y comprensión de la narración? Independientemente de la respuesta elegida, en el caso de *Cartucho* importa porque en repetidas ocasiones la literatura y la propia autora señalan que se trata de la memoria de Campobello sobre lo sucedido en Hidalgo del Parral, Chihuahua, cuando ella tenía 10 años (Arroyo Almeida, 2016)³, la que alimenta cada una de las piezas que componen al libro. No en vano, la autora se percibía a sí misma como la pura encarnación de la lucha revolucionaria que había engendrado al nuevo México (Josebe Martínez, 140)⁴. Asimismo, y en favor de mi propuesta, en el prólogo del libro Jorge Aguilar Mora identifica en el texto las siguientes variables: rela-

¹ Campobello, Nellie. *Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México*. Ediciones Era, 2018.

² Prado, Gloria. *Un sueño de amor sin límites: la mujer y la madre recreadas. Nellie Campobello La Revolución en clave de mujer*, editado por Laura Cázares, *Nellie Campobello La Revolución en clave de mujer*, 2006, p. 104.

³ Arroyo-Almeida, Andrea Elizabeth y *Nellie Campobello: memoria y escritura*. La Colmena, vol. no. 92, 2016, pp.39-47. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=446347893002>

to autobiográfico, crónica familiar, relación histórica. Además, otros investigadores suman también la etiqueta de testimonio (Martínez, Pulido Herráez)⁵.

Por consiguiente, haré una breve parada para compartir con ustedes que Nellie Campobello fue bautizada bajo el nombre de Francisca Luna Moya (Villa Ocampo, Durango, 1900 - Ciudad de México, 1986). Precisa Blanca Rodríguez⁶ que la escritora fue “habitante, desde los seis años de Hidalgo del Parral, Chihuahua”. La crio su madre, “una figura que sería siempre a lo largo de su vida admirada por su vida y decisión” (Pulido Herráez). A los 23 años Campobello se aventuró a la Ciudad de México, donde su talento como bailarina e inteligencia la colocaron pronto en el centro de la intelectualidad. La “centaura del norte”, como también se la conoce, cuenta en su haber creativo *Cartucho* (1931), *Las manos de mamá* (1937) y *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*. Además de estos libros publicó algunos poemas. Mucho se ha escrito y especulado sobre los últimos años de vida de la escritora. Las palabras secuestro, manipulación y asesinato pululan a su alrededor. Pero en verdad, tal como dice un mal citado Shakespeare, “todo es mucho ruido y pocas nueces”.

Con esto en mente, regresemos al tema que nos interesa, *Cartucho*. Para entrar en materia, los 56 relatos se encuentran divididos en tres secciones: *Hombres del Norte*, *Fusilados* y *En el fuego*. Cada uno de los cuales se construye desde el punto de vista de una niña, de quien se sospecha es la propia Nellie reformulando las historias narradas por su madre sobre lo sucedido en el norte del país durante la Revolución mexicana. Nos topamos así con madres que ocultan a sus hijas en chimeneas para evitar que sean robadas, niños que ven las tripas de generales en bolsas, hombres fusilados frente al pueblo e inclusive escuchamos la voz del mismísimo Villa.

Precisa la investigadora Pulido que la narración plantea una fluctuación “entre una voz infantil y otra que podemos ubicar como alguien adulto”. Al tomar prestada su propia memoria para visualizar lo oculto por los libros de Historia y una sociedad ansiosa de cerrar la herida de la Revolución, la violencia de la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa, Campobello genera un extrañamiento en el lector. Mientras que un adulto aparenta frialdad ante la sangre –o la experimenta debido a la sobreexposición a la sangre–, los descuartizados, la injusticia cuando un niño habla de armas, órganos desmembrados y violaciones, nos descoloca. Los adultos hemos metido nuestra mirada en una camisa de once varas diferentes tales como la moral, el orden social, la supervivencia, la economía y el patriarcado. Las niñas, los niños pequeños: ellos son todavía agua. He ahí su potencialidad político literaria. Agrega Josebe Martínez: “*Cartucho* corporiza, de manera insólita el dolor de esta contienda. Deconstruye el relato posrevolucionario hegemónico para mostrar que la percepción del ‘ser mexicano’ como unidad y la nación como ente único son meros fetichismos” (140).

El sonido de *Cartucho* conmocionó a los lectores, por un lado, debido a la forma fragmentada de los textos; por otro, a que consideraban “poco literario” usar un léxico más de los campesinos que de los de los intelectuales. Tiempo después esto mismo sería aplaudido en la obra de Juan Rulfo y en Gabriel García Márquez, Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán (Pulido). Es curioso como estos hombres siempre son evocados cuando se hace un recorrido de las mujeres que contribuyeron desde la periferia a la llamada literatura de la Revolución.

MUÑECAS Y SOLDADOS: EL GENERAL RUEDA

Cuentan los recuerdos capturados por los especialistas en crítica literaria que Nellie apuntó las historias de *Cartucho* en una libreta verde que llevó consigo hasta que las páginas se desbordaron y vieron la luz de las librerías en 1931. En ellos, son personajes de fondo mu-

⁴ Martínez, Josebe (Abril, 2016) *Cartucho de Nellie Campobello: la Revolución en mascarada frente a la rebelión de los órganos sin cuerpo*. Inti: Revista de literatura hispánica: No. 83, Article 10. Disponible en: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss83/10>

⁵ Pulido Herráez, Begoña. *Cartucho, de Nellie Campobello: La percepción dislocada de la Revolución mexicana*. Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos, 2011, pp. 31-51.

⁶ Blanca Rodríguez, *Nellie Campobello: eros y violencia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

ñecas, soldados de papel, jeringas llenas de agua y bromas inocentes. Para quien sabe apreciarlo, es un gran baúl de juguetes. Con el fin de explorar esto, cito a la propia Nellie Campobello:

“Así fue como cada tarde le llevaba mis fusilados escritos en una libreta verde... Acostaba a mis fusilados en su libreta verde. Parecían cuentos. No eran cuentos. Allá en el norte donde nosotras nacimos está la realidad florecida en la Segunda del Rayo. En el cerro de la Mesa, de la Cruz, de las Borregas, de la Iguana y el gigante cerro del Espía, allí donde han quedado frescas las pisadas y testereando entre las peñas las palabras de aquellos *Hombres del Norte*. Mis fusilados, dormidos en la libreta verde. Mis hombres muertos. Mis juguetes de la infancia”.

Si, tal como dice la centaura, cada uno de los fusilados es un juguete, las lectoras tenemos derecho a escoger uno un poco más favorito que otro. Digo “un poco” porque todo aquel que recuerda jugar sabe que el afán por un juguete es igual de caprichoso que el de un amor adolescente. Dura lo que una brisa de verano, pero aprieta hasta dejar la carne marcada.

El general Rueda se prendó de mí y no me suelta. Yo tampoco lo suelto a él. Una narradora niña enuncia la historia, ella conjuga en pretérito, tiempo que nos hace sentir partícipes de una memoria. Al igual que el resto de la obra, el relato se construye mediante el vaivén entre la voz infantil y la voz de la mujer adulta. Ella nos lleva a una casa invadida por el general con un grupo de 10 soldados en una violenta búsqueda de armas escondidas. La madre –a pesar de que “ella ni con una ametralladora habría podido pelear contra ellos” (86)– se interpone para proteger a sus hijos. El general será descrito a través de enumeraciones y elipsis que cumplen una función descriptiva: “Hombre alto, tenía bigotes güeros, hablaba muy fuerte” (86) y una metonimia que se repite varias veces, su bigotes güeros. No es descrito como un cuerpo total, sino por sus partes: una voz, una altura, ese bigote. Mientras que los ojos de la madre serán transformados en una dolorosa prosopopeya: “Los ojos de Mamá, hechos grandes de revolución, no lloraban se habían endurecido recargados en el cañón de un rifle de su recuerdo” (86). Después de esto, la familia se mudará a Chihuahua, la niña rehusará olvidar y la madre se dejará morir. Años más tarde, en la Ciudad de México, la narradora –ahora una mujer adulta– se reencontrará con el general Rueda. Sabrá que es él gracias al bigote y nosotros que algo pasará gracias a la prolepsis: “Volví a soñar con una pistola” (87). Pronto sabremos que lo van a fusilar. Ella justificará su muerte con la reflexión: “Lo mataron porque ultrajó a Mamá, porque fue malo con ella”. Es decir, lo interpreta como la culminación del sueño infantil de ella de tomar el arma y vengar a su madre. Aunque la venganza no se nombre como tal, su presencia cruza y ata en un manojo de leña cada uno de los elementos narrativos del cuento *El general Rueda*.

Entre tantos elementos que pueden rescatarse de este relato, sobresalen las armas: los soldados entran a la casa buscando armas y parque (86), la mamá se ve endurecida por el cañón del rifle del recuerdo (86) y se deja morir cansada del ruido de los 30-30 (87), y nuestra narradora menciona en repetidas ocasiones su pistola de cien tiros. Estos artefactos de violencia pueden interpretarse como un símbolo del poder patriarcal contra la alteridad, en este caso, las mujeres y la infancia. El deseo de apropiarse de este poder se acuerpa tanto en el deseo hablando, como en los sueños (me atrevo a decir que los sueños son cuerpo porque son producto del juego entre la experiencia, la neuroquímica y la muerte). Las balas juegan una función ajusticiadora, trastocan la fijación del género, ya que ella, al tener el arma de las cien balas, adquiere el derecho que solo los soldados tienen: la justicia.

NUESTROS INFANTES NOS VENGARÁN

Mujeres, niños, ancianos, animales y hombres viven hoy bajo el yugo de un sistema que les impide al mayor porcentaje de ellos acari-

ciar con la punta de la lengua las palabras justicia, dignidad, felicidad. Conjugar el verbo en primera persona les suena a imposible. Pero, algo sucede en las redes sociales de las más jóvenes: ellas ya no solo juegan como nosotras a usar las plataformas exclusivamente como una partida de popularidad. Integran en el juego las variables de visibilización y discusión. A pesar de que podemos argumentar que su ataque al sistema ya es parte del sistema, sus actos nos demuestran algo muy importante: es posible fisurar la estructura actual que nos asfixia y endurece la mirada a través de un acto tan sencillo como es el diálogo.

En el campo de la comunicación política se ha demostrado que sentarse a hablar de política no cambia el mundo por acto de magia, pero sí prende pequeños incendios en la mente de quienes comparten la conversación. Y he aquí que los cuentos cuestionadores de la Historia con mayúsculas de la Revolución escritos por Campobello nos demuestran el rol que juegan nuestras hijas/hijos/hijxs. Tal como la centaura dio voz a su madre, a su gente, la infancia nos dará voz a nosotros. Pero para ello, debemos sentarnos a contarles cuentos sobre quiénes somos y lo que sucedía a puerta cerrada de la normalidad.

STUDENTS + ALUMNI

TEMPLO SIN DIOSES

Ruido, silencio y pulsiones

Victor Carmona Vara ^{SPA}

Bachelor in International Relations

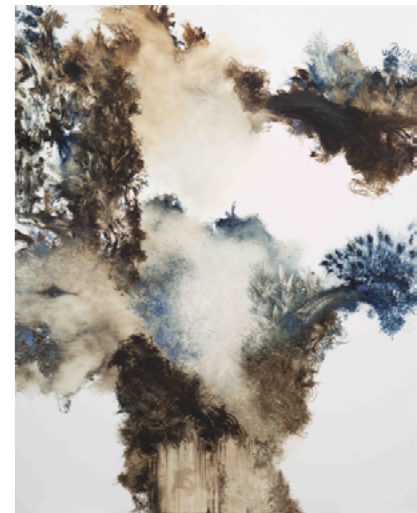
«Y yo sabía que no estaba tras la puerta, sino en mí, y que cobraría vigencia real sólo cuando yo estuviera en él».

Antonio di Benedetto, *Zama*

TEMPLO SIN DIOSES

Existe, quizá, un Dios racional, un ente cartesiano, fruto de la razón, indispensable para el conocimiento positivo de las cosas, para establecer coordenadas y puntos de apoyo a la hora de conocer el mundo; puede ser, también, que exista un Dios moral, fuerza castigadora, padre tierno, dadivoso e incluso indulgente, pero fulminante cuando es necesario; pero luego existe un Dios, más bien una idea de Dios, que es del inconsciente, un Dios que no es metafísico, que no es retórico ni moral, una fuerza jungiana, la vibración última de la mística. Ese es el dios que asoma vagamente la cabeza en *Eros y civilización*, en las obras de Álvaro de Campos, en los claros del bosque de María Zambrano. Es una divinidad esquiva, que se manifiesta con reservas, puntualmente, y no toma forma ni figura ni presencia alguna, sino que arrastra al sujeto y lo desnuda, y entonces lo expone a un breve éxtasis, a una revelación que no es ni interna ni externa y opera lejos, en la distancia, en lo Otro. Si para Wittgenstein lo Uno nace del asombro ante el mundo, de la imposibilidad de asir, en un solo golpe, lo particular y lo abstracto, y para Kierkegaard el salto de fe era algo más que un tropo de la razón, debemos asumir entonces con Zambrano aquello de que “el claro del bosque es un centro en el que no siempre es posible entrar”. Y es por eso que el Dios que existe no es asible, ni comprensible, ni necesariamente real.

Todos, o casi todos, hemos sido niños practicantes. Hemos recibido unciones y promesas, regalías y reprimendas, y en un día que se nos vendía como trascendental hemos participado de una comunión que no entendíamos. Hemos oído hablar de alianzas que son, a la vez, nuevas y eternas, y en la partición del pan hemos conmemorado una pasión lejana y brutal; en otras latitudes le han rezado a otros dioses, a otras figuras míticas, personajes que nacen cuando la comunicación se vicia y se pierde lo humano y que de repente, al entender su vida de forma narrativa, no como una sucesión azarosa y desvencijada de eventos, adquieren poder y categoría universal y se alzan para redención de nuestros pecados de duda, de miedo y de soberbia. Es en la idea de destino donde se limpian de escoria, de morralla, los perso-



Carlos León Escudero, “Mujer desnudándose muchísimo”, 2008.

najes que destacan por encima del resto de nuestras cabezas, y todo porque adquieren sentido único y pulsión trágica. Edipo es más Edipo cuando ve y se arranca los ojos, y es que en él se consume algo que no cristaliza en la mayoría de nuestras vidas: un presagio. Pero el don de la transfiguración es minoritario. Nosotros no debemos decrecer para que otros puedan aumentar porque nunca fuimos grandes, porque al nacer no teníamos frente a nosotros un camino marcado. De ahí nace nuestra pulsión narrativa, que es en el fondo una de las máscaras de Dios. Tenemos sed de divinidad, queremos ser, nosotros mismos, contradictorios y unívocos a la vez, y sin embargo nos desvelamos a la vez como mucho más banales y complejos que las figuras míticas de la tragedia.

Sabemos, por tanto, que si nuestra pulsión es la de parecernos a un Dios-padre, esto es, a una entidad independiente, determinada, preexistente y no sujeta a cambios, esa univocidad vendrá determinada en primera instancia por la dominación: dominación de sí, dominación del otro, dominación del entorno y, por tanto, dominación de la narrativa. Uno quiere ser escritor de su propia biografía y de ahí nacen las pulsiones estilísticas, que se convierten en una encrucijada. Esta paradoja del demiurgo enfrentado a su vacuidad la expresó antes y con mayor acierto Maurice Blanchot en *De la angustia al lenguaje*: “El escritor se encuentra en esa condición cada vez más cómica de no tener nada que escribir, de no tener ninguna forma de escribirlo y de estar obligado por una necesidad extrema a escribirlo siempre. No tener nada que expresar debe ser entendido en el sentido más simple. Cualquier cosa que quiera decir no es nada. El mundo, las cosas, el saber no constituyen para él sino puntos de referencia a través del vacío. Y él mismo ya ha quedado reducido a nada. La nada es su materia”.

Es en el enfrentamiento con la nada donde se descubren las incongruencias y las debilidades de los hombres. La experiencia, la contemplación de la nada, aquello que María Zambrano vino en llamar los “claros del bosque”, no es más que un silencio ajeno a la forma que tiene un precedente de análisis místico-religioso inmenso en Ibn-Arabi, fray Luis de Granada, Santa Teresa de Jesús, Miguel de Molinos, San Juan de la Cruz y la tradición quietista del barroco español, y es que esa experiencia de la nada, como decía, es el lugar donde se produce el encuentro con la corriente de conciencia: es ahí donde se templea y forja el temperamento individual. La pulsión general, que es la de la universalidad, la máxima expresión del instinto de conservación, se divide entonces en dos senderos divergentes: por un lado, el de la mente colonizadora, que expresa su deseo de perdurar en la conquista del otro, de cuerpos ajenos, vidas ajenas, y que es, en definitiva, la expresión de un deseo voluptuoso; por el otro, el camino de la contemplación, que está vacío, igualmente, de respuestas, pero que ofrece la dicha de enmudecer por contraste con la ansiedad de la dominación.

En la lectura de *La moneda viva*, de Pierre Klossovki, encontramos algunas de las claves de la pulsión dominante, transaccional y colonizadora. El cuerpo del otro, esta vez en términos sexuales, es un cerro a tomar, un enemigo a batir, un ente a reducir. Es así como el placer físico queda supeditado en buena medida a la ilusión breve de la conquista. Leemos: “En el estado pulsional, la búsqueda de un equivalente del fantasma responde a su coacción; la unidad orgánica que la sufre como un goce irresistible tiende a desquitarse, porque es responsable de esta obsesión estéril con respecto a la solidaridad específica de las unidades entre ellas. Todo equivalente, en la unidad orgánica del individuo, representa por consiguiente una doble sanción: la de la coacción interna y la de la afirmación de sí externa; de ahí el dilema: goza sin afirmarte o afirmarte sin gozar para subsistir solamente”.

Gozar sin afirmarse, desde el punto de vista narrativo, es un ejercicio estéril. Solo cuando reclamamos para nosotros mismos el cuerpo ajeno, cuando lo vejamos, cuando establecemos relaciones de

poder desiguales respecto a él, podemos encontrar un vector director: he aquí la dialéctica del dominado y el dominante. En la consecución y realización voluptuosa del poder se materializa el destino trágico del colonizador de cuerpos: con cada nuevo envite se desgasta físicamente, disminuyendo así su fuerza, su potencial respuesta contra el individuo subyugado, y además en la agonía breve del orgasmo contenido encuentra el horror vacío de lo finito. El que posee un cuerpo sin ánimo caritativo, sin ver el ejercicio lúdico, puramente inútil y enfocado solo al placer, toma un cuerpo y por contra pierde la posibilidad gozosa de la inhibición. En el momento de asumir el capital sexual que le otorga el cuerpo dominado, en el momento en el que se consume un ejercicio que para el dominador es puramente transaccional, una verdad oscura se pone de manifiesto: las limitaciones de la carne son imposibles de soslayar. Establecer una dominación violenta sobre el cuerpo social en su conjunto es imposible, requiere una fuerza de orden y de voluntad que no es recompensada más que en la posteridad. El ejercicio del poder voluptuoso, que es el que se dirige hacia el gran Otro sin comprenderlo, solo adquiere perspectiva y sentido unitario desde la distancia. Es por eso que la dominación en todas sus formas es estéril porque no puede dotar de sentido a la vida del individuo, solo da empaque al personaje que trasciende lo vital, arrastrando a la persona que persigue la dominación a una espiral de difícil resolución y enrevesada consecución lógica ajena a toda realización. En la toma de los cuerpos, de las ciudades, del poder simbólico o fáctico no se encuentra gozo ni contemplación real: la nada que se ve desde las alturas del cuerpo dominante es desasosegante, poco meditada, porque es el infinito espacio indeterminado y sin color que se manifiesta a los que tratan de medirse con el mismo silencio.

Volvemos por tanto a Blanchot, a esa pulsión que nos lleva a escribir y a narrarnos nuestras propias cuitas, una pulsión que levanta andamios condenados al desplome. Escribir es nadar a contracorriente, es no adquirir conciencia del tópico banal del todo pasa y todo llega. Ante la conciencia de la mortandad de todas las cosas solo cabe una actitud contemplativa. Queremos ser dioses, es decir, queremos tener la paz de un ente que preexiste y que seguirá existiendo mucho después de que todo lo terreno haya desaparecido; queremos ser dioses, es decir, albergamos en nosotros la pretensión de univocidad, que es la de un destino y una narrativa claras. Y para conseguir la paz del ente que existe por encima de todas las cosas, que es el silencio, y para encontrar un destino entre tanto delirio debemos aprender a disfrutar de la dicha de enmudecer. Debemos dejar de escribir, dejar de narrarnos a nosotros mismos como héroes de tragedia o como personajes estables, y aceptar con resignación la naturaleza cambiante y trémula de nuestra personalidad. Es preciso mirar arriba, al silencio. Al silencio que antecedió a nuestro nacimiento, al silencio en el que se suman los que han muerto y al que se reintegra la naturaleza cuando estamos lejos y no oímos al árbol caer en medio del bosque. He ahí nuestro destino, nuestra univocidad, nuestra constancia. Este breve interín en el que se nos permite jugar a las casitas y hablar y tomarnos el pelo y, por encima de todo, hacer como que nos escuchamos, no es más que una interrupción brevísima de un silencio que, por lo general, se mantiene plano y sin oscilaciones. He ahí el verdadero Dios: un Dios que no es personal, que no sabemos si es ente o inteligencia pero que no puede servirnos de asidero frente al mundo terreno; una divinidad que habita en lo más oscuro. Pero esa oscuridad es buena porque no ilumina obstáculos ni bloques ni nos impone pruebas ni crueles tentaciones. El silencio nos recibe de vuelta con un dulce abrazo paternal. Volvemos a él como quien vuelve al verdadero hogar. Es por eso que es tiempo de asumir que a las preguntas sobre lo que nos cabe esperar y lo que debemos creer o hacer no vamos a encontrar respuesta. La nada nos dice: “En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo”. Y es que a Dios, parafraseando a Juan, nadie lo ha

visto jamás, y es posible que ahí resida la única verdad que podamos alcanzar: el mundo se hizo por medio de Él, y el mundo no lo conoció. Todo lo que vivimos es contingente, solo el silencio es necesario. El cambio de mentalidad tiene que venir a través de una progresiva renuncia, una renuncia que no es dura, que no exige privaciones, pero que sí que pide que asumamos que todo el gozo abigarrado de este mundo, todas las calles llenas, no son sino una especie de sueño, y que la verdad subyace en los momentos de soledad. Dominar esa momentánea y poco frecuente soledad es dominar la única teología posible.

Y así, cuando lleguemos a la vacuidad de vacuidades, al silencio que ha nacido para imponerse sobre todos los demás silencios, podremos cobrar vigencia real en ese espacio sin cuerpo ni pensamiento: un lugar de paz que se nos promete como un verdadero paraíso y que alumbra lo intrascendente de nuestras vidas terrenales, que debemos asumir como el raro y fulminante destello que media entre un inmenso continente de silencio sin horror ni culpa y el siguiente.

FUENTES Y CITAS:

Esta reflexión nació al abrigo, fundamentalmente, de *Claros del bosque*, una de las obras más conocidas de María Zambrano, y bajo la innegable influencia de los evangelios canónicos entendidos más como texto sapiencial que como obra sagrada. Desde luego cabe mencionar el papel decisivo de Merleau Ponty y su ensayo *Lenguaje y filosofía*, que no aparece citado directamente, y del Unamuno de *La agonía del cristianismo*.

Los libros que sí han sido citados directamente son:

Blanchot, M. (1943) París, Editions Gallimard, *De l'angoisse au langage / De la angustia al lenguaje*, Editorial Trotta, Madrid, traducción de Luis Ferrero Carracedo y Cristina de Peretti, 2021.

Klossowski, P. (1970) París, *Éric Losfeld, La Monnaie vivante / La moneda viva*, Editorial Pre-Textos, Valencia, traducción de Manuel Arranz, 2012.

La cita de *Zama*, de Antonio di Benedetto, sigue la edición que Adriana Hidalgo Editora hizo de la obra en su sexta reimpresión en 2022.

SOBRE CINE Y LIBERTAD

Ignacio Lasheras ^{SPA}

*Dual Degree Bachelor of Laws
and International Relations*

En octubre del año pasado, tuve la oportunidad de visitar Aquisgrán con mis amigas Clara y Mizgin. Aprovechamos la mañana para pasear por el casco antiguo de la ciudad. Me sorprendió gratamente ver que en Alemania existía una gran conciencia y solidaridad con el movimiento de liberación de las mujeres iraníes. En un solo día, vimos dos manifestaciones en pro del feminismo árabe, y un edificio público con una pancarta que rezaba “jin, jiyán, azadî” (que en kurdo significa mujer, vida, libertad). Mizgin nos explicó que *azadî* viene de la palabra sumeria *amargi*, la cual tiene principalmente dos acepciones. Por un lado, es la primera palabra en el mundo que se refiere al concepto de libertad. Por otro lado, es un término que también significa el volver a estar con tu madre. Estos dos sentidos no son mutuamente exclusivos, sino que, para los sumerios, la libertad significaba el retorno hacia sus madres.

Esto me hizo cuestionarme seriamente la maleabilidad de las palabras y sus significados. Hacía unos meses yo había dejado atrás a España para estudiar un máster en el extranjero. Siempre tuve claro que perseguir una nueva vida fuera de mi país, llevaba aparejado el objetivo de ser más libre. Sin embargo, indirectamente, mi ansia de libertad me había llevado a alejarme de mi familia. Esta forma de actuar es incompatible con el sentido originario de la palabra libertad, pero es común y humana en la actualidad.

A pesar de las buenas experiencias que los estudiantes internacionales cosechamos en el extranjero, siempre mantenemos un inconfundible anhelo por nuestro lugar de origen. A lo largo de este año, he sentido una aciaga nostalgia por mi familia y mi tierra. He hecho algunos viajes en los que me he sorprendido buscando cálidos campos castellanos en un paisaje verde y húmedo. Otros días, he echado en falta el atardecer de mi pueblo. Pero lo que siempre he echado de menos, sin importar el momento, ha sido la gastronomía española y su amplia variedad.

El cine español se ha convertido en el alimento que ha calmado el hambre de mis orígenes. La primera vez que me di cuenta de que el cine podía actuar como remedio para la nostalgia, fue en enero, cuando vi *Belle Époque*, de Fernando Trueba. Disfruté muchísimo con la picardía de Jorge Sanz como seminarista en una casa llena de mujeres. Penélope Cruz, Maribel Verdú, Miriam Díaz-Aroca y Ariadna Gil desplegaban el único tipo de belleza capaz de explicar la sagacidad e ingenuidad que dominaba sus arrebatos. La película trataba el mismo tema del que otros autores como Lorca ya habían hablado en el pasa-

do, la juventud pasional en la España profunda. En el fondo, el argumento era tan español que me hizo sentir como si estuviera en casa.

Después de *Belle Époque*, busqué cobijo en muchas otras películas. Cuando me encontraba de buen humor y buscaba reírme, solía recurrir a comedias como las de Javier Fesser. El deseo sencillo pero constante de un matrimonio por tener un hijo me resultó verdaderamente conmovedor. Confieso que tampoco pude parar de reírme con el “tralari tralari” de P. Tinto, o la ceguera de Olivia.

A pesar del disfrute de la comedia, también ha habido ratos en los que únicamente buscaba lo que Diego Garrocho ha definido en las páginas del *ABC* como el “chonismo ilustrado” de Bigas Luna (Garrocho, 2022). *Jamón, Jamón* es un ejemplo de esa estética poligonera, castiza y costumbrista que ahora caracteriza a algunos de los artistas españoles más internacionales como C. Tangana. La seducción chulesca y matona de un aspirante a torero que se enamora de una cocinera de tortillas de patatas muestra esa armonía hortera y moderna que solo puede captar a la perfección el título de la película en inglés, *A tale of ham, and passion*.

Sin embargo, debo admitir que Amenábar es uno de mis directores favoritos sin lugar a dudas. Hasta ahora él ha sido el único en captar esa belleza asustada de Ana Torrent en *Tesis*, y esa psicopatía aterradora, pero atractiva de Eduardo Noriega. De hecho, si Fernando Trueba tenía ciertos dejes que recordaban a Lorca, Amenábar volvía al teatro de Calderón de la Barca con su maravilloso thriller *Abre los ojos*.

Podría continuar con una infinidad de actores y de películas. Por ejemplo, Quim Gutiérrez, Raúl Arévalo, y Adrián Lastra en *Primos*, o *Camino*, de Javier Fesser. Todas ellas, impecables. Todas ellas, de alguna manera, ya sea a través del humor o el drama, muestran una radiografía de España. Sin embargo, pese a esta calidad, lo que más me ha llamado la atención es cómo se muestra a la madre española en el cine.

No me sorprende que Almodóvar haya elegido varias veces a Penélope Cruz para hacer de madre. Representa todo lo que una madre es: guapa, sincera, risueña, entregada. Los vestidos de lunares, el pelo recogido en un moño, la bata de dormir y el desparpajo ibérico y arrollador son elementos que caracterizan a todas las madres que han parido en algún lugar entre Cádiz y Ferrol. Y no hay nadie como Penélope Cruz para llevar ese sentir tan maternal y español a la gran pantalla.

Por eso, ahora entiendo un poco mejor la canción *Volver* de Estrella Morente, que tan bien interpretó Penélope Cruz. Porque efectivamente, a través de esa escena, sentía que volvía a mis orígenes. Y entonces, aun estando en el extranjero, podía saborear esa libertad de la que hablaban los sumerios, pero que hoy comprendo como un verbo muy español. Y debo decir, que me sentía mucho más libre. Volvía a España y a ver a mi familia.

REFERENCIA

Garrocho, D. (2022, Noviembre 18). *Chonismo ilustrado*. *ABC*. <https://www.abc.es/cultura/diego-s-garrocho-chonismo-ilustrado-20221118155028-nt.html>.

NO PODEMOS PERDERLES ANTES DE GRADUARSE

Borja Santos Porras ^{SPA}

Associate Vice Dean at IE School of Politics, Economics & Global Affairs

Recibí un correo nuevo en mi bandeja de entrada que decía: “La alumna intentó suicidarse tomando una sobredosis de pastillas, pero afortunadamente se encuentra bien”. Lamentablemente, este tipo de correos no eran únicos, sino que se habían vuelto recurrentes. El año anterior, otra alumna perdió la vida por suicidio.

En los círculos de amigos, cada vez es más común encontrarme con casos similares relacionados con la salud mental. Como profesor, me sorprende que aproximadamente un tercio de mis estudiantes elijan hablar sobre problemas de salud mental en sus discursos y en sus trabajos. El hashtag #mentalhealth se ha empleado en millones de videos de TikTok y ha generado casi 30 millones de publicaciones públicas en Instagram en 2021.¹

Nuestro departamento de IE Counseling de la Universidad atendió durante 2021-2022² a casi un 10% de los estudiantes de grado, lo que representa un aumento del 48% en comparación con el año anterior (2020-2021) y más del 100% en comparación con el año 2019-2020.

Según Active Minds, una de las principales organizaciones no gubernamentales estadounidenses en salud mental dedicada a los jóvenes, el 39% de los estudiantes universitarios luchan frente a problemas de salud mental significativos mientras están en la universidad³. Esto coincide con mi impresión personal cuando interactué con los estudiantes y me revelan los problemas de salud a los que se han enfrentado. Los problemas de salud mental crecen como un tsunami entre la población joven.

Son muchas las preguntas que se me vienen a la cabeza. ¿Cómo valoramos estos datos? ¿Cuáles son las causas de estos aumentos entre la población joven? ¿Cuáles son los principales problemas de salud mental de nuestra población universitaria? ¿Por qué está sucediendo así? Y, lo más importante, ¿cómo podemos ayudar y apoyar a nuestros estudiantes universitarios?

ENTENDER EL PROBLEMA

Los datos muestran un crecimiento alarmante. Por ejemplo, en España, el número de casos de trastornos de ansiedad ha aumentado, multiplicándose por seis en la última década, mientras que los trastornos depresivos se han multiplicado por cinco.

Según UNICEF, la ansiedad y la depresión prevalecen mayoritariamente en los diferentes casos de trastorno mental que se registran entre niños y niñas de 10 a 19 años (2019).

Cuando se analizan los casos de depresión en Estados Unidos o

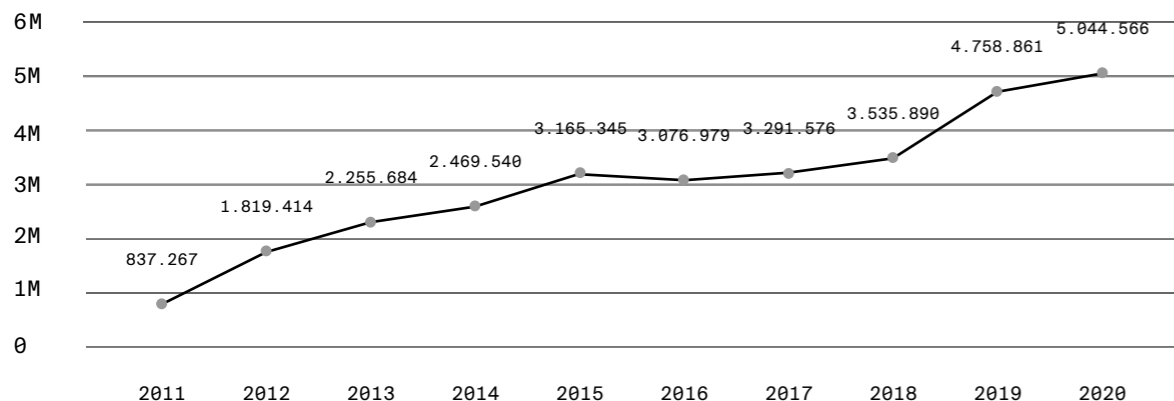
¹ National Alliance on Mental Illness 2021 - <https://www.nami.org/Blogs/NAMI-Blog/June-2021/How-Social-Media-Is-Changing-the-Way-We-Think-About-Mental-Illness>

² Counseling Services 2021-22 Report

³ <https://www.activeminds.org/about-mental-health/statistics/>

Number of cases of anxiety disorders registered in Spain from 2011 to 2020

Number of cases of anxiety disorders in Spain 2011-2020

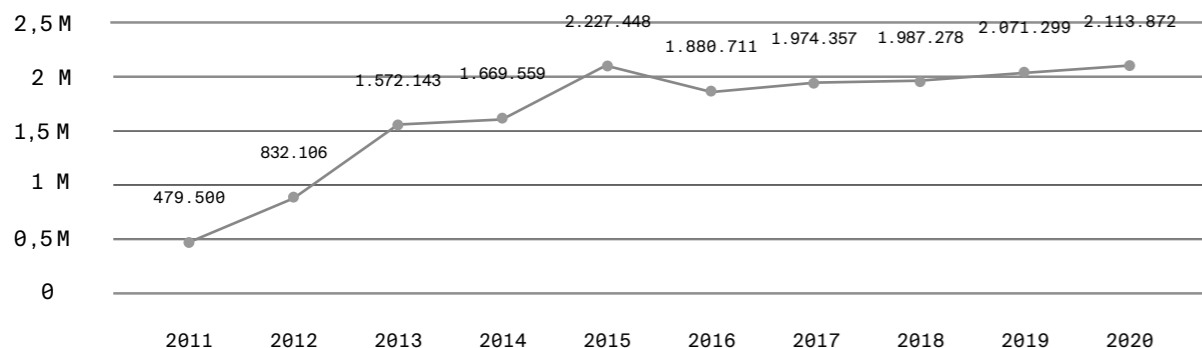


en España, se observa que hay una mayor proporción de diagnósticos de mujeres frente a hombres.

Los gráficos también muestran que, aunque la depresión afecta más a las personas mayores en España, son los más jóvenes quienes más consultan a profesionales de la salud mental. Estos datos podrían sugerir que las generaciones más jóvenes tienen menos tabú en torno a la salud mental y es más probable que consulten a un profesional.

Number of cases of depression or depressive disorders registered in Spain from 2011 to 2020

Number of cases of depression in Spain 2011-2020



Según un informe de la Asociación Americana de Psiquiatría (2019)⁴, la Generación Z es más propensa a recibir tratamiento o asistir a terapia (37%) en comparación con los Millennials (35%), la Generación X (26%), los Baby Boomers (22%) y la Generación Silenciosa (15%). Esto podría deberse a una menor estigmatización o a una mayor conciencia emocional y de salud mental en estas generaciones. Sin embargo, al examinar otro informe de la Asociación Americana de Psiquiatría (2018) mostrada en el siguiente gráfico se observa que las generaciones más jóvenes, especialmente la Generación Z, son las que en menor porcentaje informan sentirse en buen estado mental.

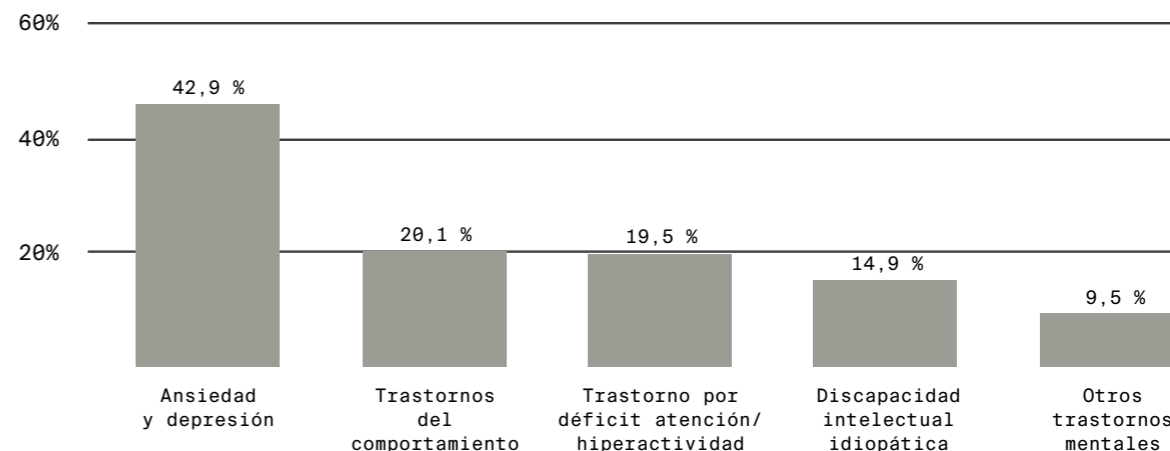
Esto se traduce, en su forma más grave, en los casos de suicidio. Según el Observatorio Nacional de Suicidio en España, en 2021 fallecieron por suicidio 4.003 personas en España⁵, un promedio de 11 personas al día. El 75% de ellas eran varones y el 25% mujeres. 2021 fue

⁴ <https://www.verywellmind.com/why-gen-z-is-more-open-to-talking-about-their-mental-health-5104730>

⁵ Instituto Nacional de Estadística, 2022

Prevalencia de la ansiedad, la depresión y otros trastornos entre las niñas y niños de 10 a 19 años con trastornos mentales, 2019

Niños y niñas de 10 a 19 años



el año con más suicidios registrados en la historia de España. Estos datos son especialmente graves en la población más joven: el suicidio de chicos menores de 15 años se ha duplicado respecto a 2020, y entre los 15 y los 29 años, el suicidio es la principal causa absoluta de muerte, superando a los accidentes de tráfico o los tumores.

Además de los casos registrados de muerte por suicidio, es importante tener en cuenta los intentos y la ideación suicida. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), se estima que por cada suicidio se producen alrededor de 20 intentos. Esto podría significar que se estarían produciendo aproximadamente 80.000 intentos de suicidio al año en España.

Otros estudios epidemiológicos citados por el Observatorio del suicidio en España señalan que la ideación del suicidio puede afectar a entre el 5% y el 10% de la población española a lo largo de su vida, lo que representa entre dos y cuatro millones de personas.⁶

Estos datos coinciden con estimaciones similares en Estados Unidos, donde un gran porcentaje de estudiantes ha considerado en algún momento un intento de suicidio y también padece trastornos como la ansiedad o la depresión.⁷

La prescripción de psicofármacos es otra información fundamental a tener en cuenta. Desde que comenzó la pandemia, se ha registrado un aumento de más del doble en la prescripción de psicofármacos en España, convirtiéndose junto a Portugal, en el país de la OCDE donde más psicofármacos se consumen. Incluso existen estudios que afirman que incluso antes de la pandemia, en 2019, España ya lideraba a nivel mundial el consumo de ansiolíticos, hipnóticos y sedantes, superando las 91 dosis diarias por cada 1.000 habitantes.⁸

Según el último informe de la Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes (JIFE) correspondiente a 2020, con datos de antes de la pandemia, España encabezaba el consumo lícito mundial de ansiolíticos, hipnóticos y sedantes, con un aumento del 4,5%, superando las 91 dosis diarias por cada 1.000 habitantes. El Ministerio de Sanidad de España también confirma un crecimiento anual de prescripciones de ansiolíticos y antidepresivos del 4-6%. En 2021, los médicos en España recetaron 54 millones de cajas de ansiolíticos y 45,1 millones de antidepresivos entre enero y noviembre del año pasado.⁹

Y, ¿CUÁLES SON LAS CAUSAS?

Si bien es cierto que existen factores de riesgo individuales para la enfermedad mental, como el maltrato, enfermedades crónicas, an-

⁶ Instituto Nacional de Estadística, 2022

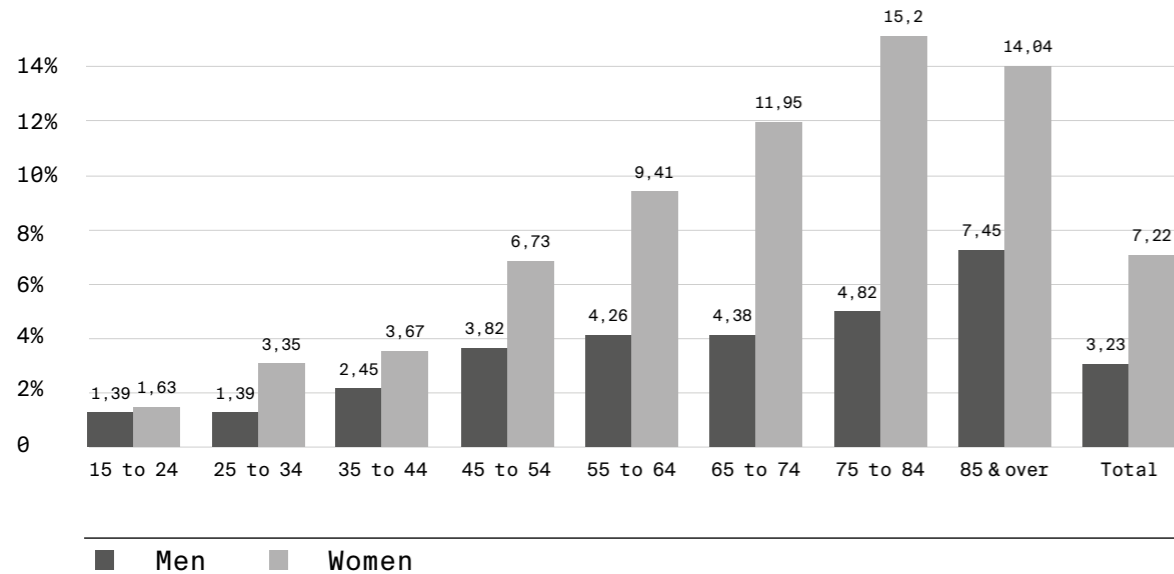
⁷ Youth Risk Behavior Surveillance Data Summary & Trends Report: 2011-2021 - https://www.cdc.gov/healthyyouth/data/yrbs/pdf/YRBS_Data-Summary-Trends_Report2023_508.pdf

⁸ Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes, 2020

⁹ <https://www.larazon.es/sociedad/20220208/a4x2kf3hgjc77h6g3btzoiqsue.html>

Share of individuals diagnoses with depression in Spain in 2020, by gender and age

Share of population diagnosed with depression by gender and age in Spain 2020



tecedentes familiares y trastornos en el hogar, también debemos reflexionar sobre lo que sucede en nuestra sociedad, y especialmente entre los más jóvenes, para que esto suceda.

Vamos a comenzar primero con uno de los temas principales, las redes sociales.

Aunque pueda parecer un tópico, una tendencia o una queja vintage de aquellos que experimentamos en el pasado una vida sin redes sociales, es una realidad muy preocupante. Frances Haugen, ingeniera de datos, reveló decenas de miles de documentos internos de Facebook que demostraban que Instagram empeora los problemas de imagen corporal de una de cada tres adolescentes.¹⁰

El ciberbullying o ciberacoso se ha intensificado con el uso de las redes sociales. Estas plataformas permiten difundir mensajes de acoso y odio a gran escala y en cualquier momento, durante los siete días de la semana. Antes, era posible cambiar de contexto o refugiarse en casa, y el acoso quedaba confinado a un lugar y momento determinados. Sin embargo, esto ha cambiado con las redes sociales. Ya no hay límites horarios ni lugar específico para el acoso, se vuelve permanente.

Según diversos estudios¹¹, se estima que una persona promedio pasa al menos tres horas al día en su teléfono móvil, cambiando entre aplicaciones casi 600 veces, y dedica más de cinco años de su vida a las redes sociales. No es sorprendente que los jóvenes de la Generación Z y los Millennials informen que el 74% se sienten distraídos en el trabajo y el 16% de ellos se siente distraído la mayor parte del tiempo. Además, más del 50% de estos jóvenes manifiesta ser menos productivos y aproximadamente el 20% siente que no logra alcanzar su potencial.¹² Recuerdo una estudiante que vino un día a mi despacho y me dijo: “No soy capaz de aprobar ningún examen final. A pesar de que estudio, cuando el examen es extenso, pierdo la concentración y la atención, y los nervios no me permiten recordar nada”. La pérdida de atención y concentración en los jóvenes tiene diversas repercusiones: no logran desarrollar todo su potencial, lo cual genera frustración; les resulta difícil encontrar claridad mental y emocional frente a los grandes desafíos de sus vidas, y también afecta a su capacidad cognitiva.

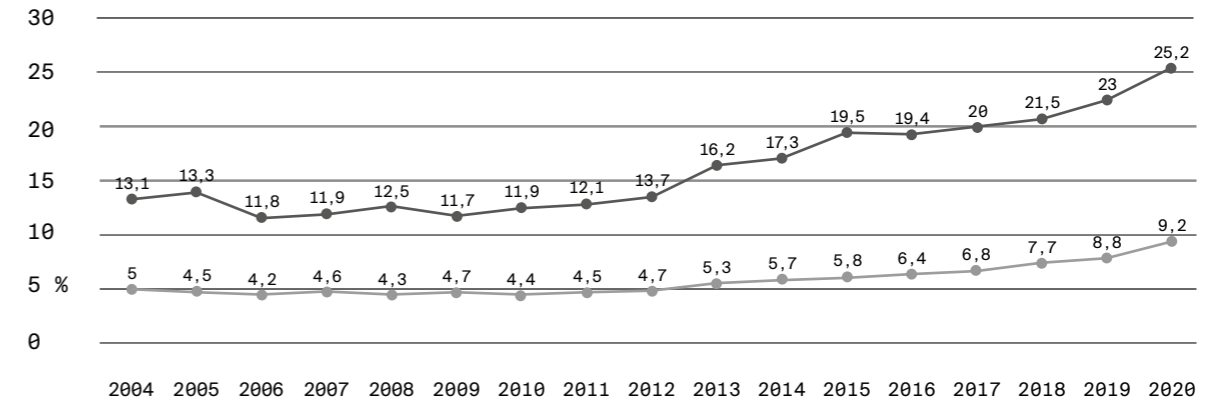
Las redes sociales también contribuyen al aislamiento de los jóvenes y algunos expertos lo han denominado como “la paradoja de las redes sociales”. Según un estudio publicado por el American Journal

¹⁰ <https://www.nytimes.com/es/2021/10/05/espanol/facebook-files.html>

¹¹ Social Media Manifesto2018, Dscout, Bankmycell

¹² Udemyin Depth: 2018 Workplace distraction report”

Percentage of U.S. youths with a major depressive episode in the past year from 2004 to 2020, by gender



of Preventive medicine en 2017, el 25% de las personas más activas en Facebook tenían tres veces más probabilidades de ser parte del 25% de personas que se encontraban más solas. A pesar de la sensación de conexión que generan las redes sociales, esa conectividad es una ilusión y la falta de interacciones en el mundo real puede generar aislamiento entre los jóvenes.

Otro aspecto muy preocupante es la cantidad de tiempo que los adolescentes pasan delante de las pantallas. En Estados Unidos, este tiempo ha aumentado en un 30% entre 2015 y 2021. Como se observa en la siguiente gráfica, en 2021 los adolescentes de 13 a 18 años pasaban algo más de ocho horas diarias delante de una pantalla, mientras que los niños de ocho a 12 años pasaban más de cinco horas. Esta situación también se replica en España. Un estudio de la Fundación Gasol¹³ revela que, durante la semana, los niños y adolescentes pasan más de tres horas frente a las pantallas y los fines de semana esta cifra se dispara a cinco horas. Esto reduce su participación en actividades físicas diarias, las cuales son muy relevantes para su salud mental. La Organización Mundial de la Salud recomienda que este segmento de población no pase más de 120 minutos al día delante de las pantallas.

En segundo lugar, es importante señalar la pandemia (COVID) como un punto de inflexión que ha agravado la situación de los problemas de salud mental. Durante este periodo, se produjo entre otras cosas, un aislamiento y una pérdida de la vida social que provocaron un aumento de la depresión y ansiedad entre los más jóvenes.

Un sondeo realizado por Unicef¹⁴ reveló que, uno de cada dos jóvenes de Latinoamérica y el Caribe experimentó una disminución en la motivación para realizar actividades que normalmente disfrutaba antes de la pandemia y tres de cada cuatro sintieron la necesidad de buscar ayuda relacionada con su bienestar físico y mental. Un estudio publicado en *The Lancet*, que abarcó 204 países¹⁵, mostró que los jóvenes entre 15-25 años fueron los más afectados por el incremento en la prevalencia de trastornos de ansiedad o depresión, y también hubo un aumento significativo en los casos entre las mujeres en comparación con los hombres. Otra consecuencia del confinamiento fue el aumento en el consumo de sustancias debido a la ansiedad generada por la falta de contacto social.

En tercer lugar, me gustaría destacar algunos aspectos de la sociedad actual que influyen en la salud mental. Expertos indican que vivimos en una sociedad con niveles de estrés mayores que en generaciones anteriores, lo cual afecta a nuestros adolescentes a estar más dispuestos a estos síntomas.¹⁶ Otros expertos opinan que vivimos en una sociedad con “drogodependencia emocional”.

¹³ Estudio PASOS 2022 -realizado a más de 3.000 alumnos de 245 centros educativos españoles

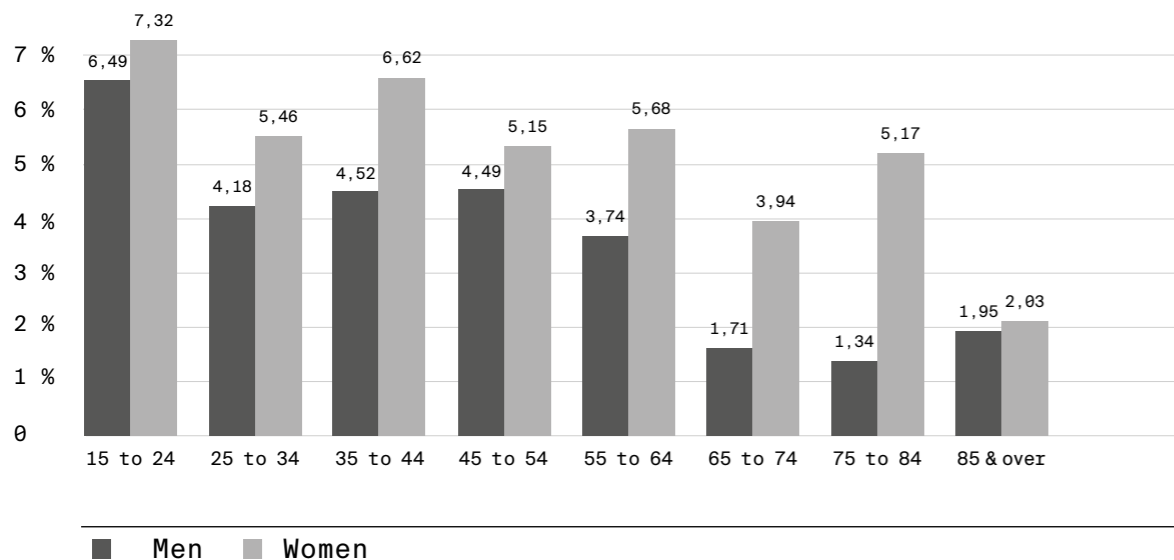
¹⁴ <https://www.unicef.org/lac/el-impacto-del-covid-19-en-la-salud-mental-de-adolescentes-y-j%C3%B3venes>

¹⁵ <https://www.healthdata.org/research-article/estimating-global-prevalence-and-burden-depressive-and-anxiety-disorders-2020-due>

¹⁶ <https://discoverymood.com/blog/todays-teens-depressed-ever/>

Share of individuals that consulted a psychologist, psychotherapist or psychiatrist in Spain in 2020, by gender and age

Share of people who consulted a psychologist in Spain in 2020



Por un lado, existe una positividad tóxica que exige estar siempre bien y esto hace que muchos adolescentes se sientan culpables por estar tristes. Por otro lado, asociamos la felicidad al consumo emocional en lugar de la razón. Se necesitan constantes consumos experienciales, donde encontrar sensaciones que nos perturben y que alteren nuestros estados de ánimo (siempre asociado a emociones positivas). Ello hace que la ausencia de estas genere emociones de insatisfacción, de angustia e incluso de ansiedad o tristeza. El desarrollo del pensamiento crítico es fundamental para observarlo e identificarlo.¹⁷

En la sociedad actual, nuestros jóvenes se llenan de aspiraciones por la prevalencia del deseo, en detrimento de la voluntad. ¿Qué quiero decir? Nuestra sociedad de consumo y las redes sociales fomentan que nuestros jóvenes estén presionados constantemente por el deseo y la comparación de estar a la altura del resto: encontrar el mejor trabajo, disfrutar de las mejores vacaciones, probar las experiencias de tendencia, ser los más felices con sus nuevas parejas, etc. Una inagotable fuente de aspiraciones que ningún joven podrá saciar. Una necesidad de conseguir tantas cosas a corto plazo que solo genera frustración y ansiedad. Se nos olvida entrenar la voluntad y el propósito a largo plazo, sin esa presión externa.

La inteligencia artificial y *machine learning* pueden también afectar, especialmente a la población más joven. Aplicaciones como ChatGPT y otras similares generan o mejoran nuevos textos, imágenes o músicas, pueden sin duda ayudarnos a realizar de manera más productiva múltiples actividades, pero también pueden desencadenar efectos muy negativos. No solo pueden afectar a la cultura del esfuerzo de los estudiantes o a reforzar sesgos existentes, también pueden minusvalorar el trabajo individual. La inteligencia artificial siempre producirá un trabajo más documentado, sin faltas gramaticales y mejor estructurado. Puede reemplazarnos con mayor productividad y efectividad en multitud de facetas. Esa sensación de reemplazo puede afectar gravemente a la salud mental de las nuevas generaciones.

Por último, es necesario aún hablar del estigma alrededor de la salud mental que puede evitar que las personas busquen ayuda. Aunque la sociedad ha avanzado mucho en este aspecto, muchas personas no buscan apoyo por el miedo a ser etiquetados como “locos”, tal y como aún aparece en la representación de personas con enfermedades mentales en películas¹⁸, etc. Este estigma también está pre-

sente en las redes sociales. Un estudio¹⁹ encontró que en Twitter las enfermedades mentales son más estigmatizadas (12,9%) y trivializadas (14,3%) que las enfermedades físicas (8,1% y 6,8%, respectivamente). La esquizofrenia fue la enfermedad mental más estigmatizada (41%), mientras que el trastorno obsesivo-compulsivo fue el más trivializado (33%). Estos resultados muestran que el estigma hacia la salud mental es común en las redes sociales.

¿QUÉ HACEMOS?

La salud mental se encuentra cada vez más en el debate público y, por tanto, también cómo tratar sus efectos y sus posibles causas.

Uno de los aspectos más relevantes es el tratamiento. La salud mental es un componente fundamental de cualquier ser humano. Por ello, tratar una neumonía o un dedo roto debe ser igual de relevante que tratar cualquier trastorno depresivo. Así las cosas, el acceso universal a la salud debería incluir la atención a la salud mental.

Prescribir antidepresivos sin complementar con terapia no mejorará la situación de un individuo. De esta manera, acudir a sesiones regulares de terapia sin largos periodos de espera entre citas mejora la eficacia del tratamiento.

Sin embargo, acceder a terapia, entre otros servicios, se ha convertido en un privilegio reservado para aquellos que poseen los recursos económicos necesarios. Esta situación sucede en España, donde apenas se cuenta con una proporción de seis psicólogos clínicos por cada 100.000 habitantes, frente a los 18 por cada 100.000 que tiene como promedio la Unión Europea. No es de extrañar entonces que solo 30% de los psicólogos clínicos trabajen en el sistema de salud pública en España.²⁰ Fue solo el año pasado, en 2022, cuando se implementó un teléfono de prevención del suicidio (024). Además, España dedica apenas el 4% de la inversión en sanidad a la salud mental, en comparación con el promedio europeo del 5,5% y con países que llegan al 10%.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) afirma que una de las recomendaciones más importantes para mejorar la atención sanitaria a nivel global es integrar la atención mental en los centros de atención primaria, lo cual incluye la detección, la evaluación y el tratamiento de trastornos mentales. Por lo tanto, es fundamental facilitar el acceso a estos servicios a través del aumento de psicólogos clínicos en el sistema de salud, así como implementar planes de acción en salud mental a distintos niveles (nacional, regional y local) y asignar los recursos financieros necesarios para llevarlos a cabo.

La falta de atención adecuada a la salud mental afecta de manera desproporcionada a las personas de bajos recursos, exacerbando así el ciclo de desigualdad.²¹ No solo enfrentan un mayor riesgo de sufrir un trastorno mental debido a las dificultades en la vida, sino que también tienen un acceso limitado a la atención adecuada.

Estas recomendaciones de la OMS no son relevantes únicamente para el ámbito de la atención sanitaria, sino que también deberían aplicarse en cualquier organización. Cada vez es más común que muchas compañías implementen programas dedicados al bienestar emocional y apuesten por garantizar la salud mental en el entorno laboral.²²

Dada la grave problemática de la salud mental en la juventud, las universidades y los centros educativos se constituyen como lugares claves para su prevención, control y acceso al tratamiento, prestando especial atención a sus causas subyacentes. Según un estudio de Active Minds²³, el 39% de los estudiantes universitarios luchan con un problema de salud mental significativo durante su etapa académica. Por lo tanto, los estudiantes universitarios requieren una mayor disponibilidad de recursos de salud mental tanto dentro como fuera del campus para satisfacer su creciente demanda.

Una encuesta realizada por Healthy Minds²⁴ reveló que el 60% de los estudiantes universitarios enfrentaba problemas para acceder a servicios de atención de salud mental. Por ello, es muy importante

¹⁷ <https://theconversation.com/covid-19-cultivar-el-pensamiento-critico-es-mas-necesario-que-nunca-137448>

¹⁸ <https://observatorio.tec.mx/edu-news/rompiendo-el-estigma-de-la-salud-mental/>

¹⁹ <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC6336755/>

²⁰ https://www.vozpopuli.com/sanidad/psicologos-sanidad-publica_0_1369664438.html

²¹ <https://www.bancomundial.org/es/news/feature/2015/07/13/bad-mental-health-obstacle-development-latin-america>

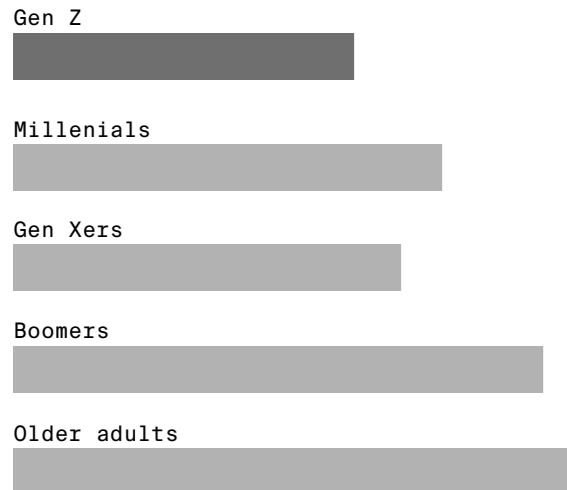
²² https://cincodias.elpais.com/cincodias/2022/02/18/fortunas/1645182629_851471.html

²³ <https://www.activeminds.org/about-mental-health/statistics/>

²⁴ <https://timelycare.com/blog/mental-health-services-on-college-campuses/>

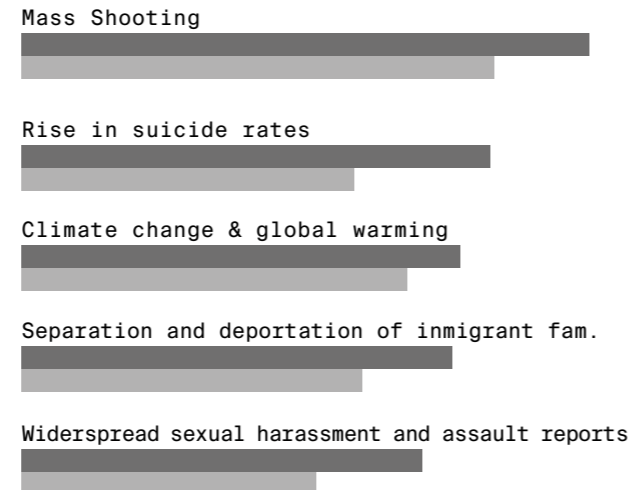
Mental Health of Gen Z

Compared with other generations, Gen Z is least likely to report very good or excellent mental health



News Events Stressing Gen Z

Compared with other generations, Gen Z is more likely to report stress related to these national news topic



para los estudiantes tener la opción de encontrar ayuda adecuada en momentos de necesidad sin tener que preocuparse por su situación económica. El acceso a terapia gratuita se constituye como una gran ayuda para ellos. También son fundamentales para su educación y su productividad. Una encuesta nacional reveló que el 66% de los estudiantes universitarios consideraban que los servicios de asesoramiento mejoraban su rendimiento académico²⁵.

También es esencial reducir el estigma. Resulta fundamental que los jóvenes sepan que no están solos y que cuentan con redes de apoyo dispuestas a ayudarles. Estas redes pueden ser presenciales o incluso virtuales. Un ejemplo de red de apoyo es Estudiantes contra la depresión²⁶. Se trata de un sitio web para estudiantes que ofrece asesoramiento y orientación a los estudiantes que sufren depresión y pensamientos suicidas.

Desde la juventud se están liderando y movilizando iniciativas para reducir el tiempo dedicado a internet y a las redes sociales. Un nuevo movimiento estudiantil pide que te desconectes. Emma Lembke, una joven universitaria, está alentando a sus compañeros a reducir el tiempo que pasan en línea y a repensar su relación con internet. Emma estudia su grado en la Universidad de Washington en San Luis y experimentó esos efectos negativos de primera mano. Por eso, en junio de 2020 puso en marcha el Movimiento Log Off²⁷ (*log off* significa desconectar o cerrar sesión). El proyecto pretende estimular el diálogo entre los jóvenes que sienten los efectos adversos de las redes sociales y quieren modificar su relación con ellas.

Desde la gobernanza, muchos activistas están demandando una mejor regulación de internet, de las plataformas de redes sociales y de cualquier aplicación tecnológica. Es paradigmático que en Estados Unidos haya más de 100 demandas contra las redes sociales por la adicción que generan²⁸. Cuando una empresa quiere sacar al mercado una mesa o un bolígrafo, debe tener en cuenta multitud de estándares de calidad que demuestran que, por ejemplo, ni los barnices, ni el plástico, ni la forma del producto, pudiera causar algún daño a nuestra salud. Entonces, ¿por qué las empresas tecnológicas y sus aplicaciones no deberían de pasar por estándares parecidos? ¿Por qué esas aplicaciones pueden generar adicciones? ¿Por qué se les permite agravar los problemas de salud mental sin tomar medidas?

Es necesario que los jóvenes puedan acercarse a las redes sociales y a las nuevas plataformas teniendo la madurez emocional y el

²⁵ <https://www.aucccd.org/assets/documents/Survey/2018%20AUCCCD%20Survey-Public-June%2012-FINAL.pdf>

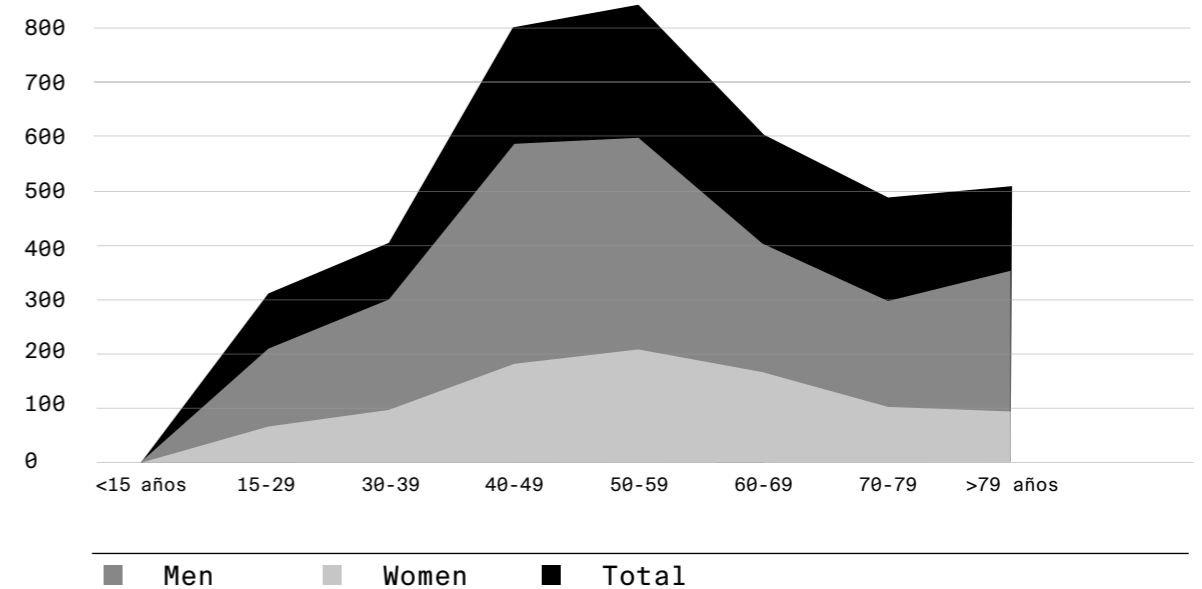
²⁶ <https://www.studentsagainstdespression.org/>

²⁷ <https://www.nytimes.com/es/2022/06/26/espanol/internet-desconectarse-emma-lembke.html>

²⁸ <https://www.asuntoslegales.com.co/actualidad/hay-mas-de-100-demandas-en-estados-unidos-contra-las-redes-sociales-por-ser-adictivas-3466553>

Share of individuals that consulted a psychologist, psychotherapist or psychiatrist in Spain in 2020, by gender and age

Share of people who consulted a psychologist in Spain in 2020



suficiente pensamiento crítico para distinguir nuestra circunstancia real de la virtual. Las redes sociales nos permiten generar nuestro propio avatar²⁹. En el mundo virtual, cualquiera puede elegir quién quiere ser y qué quiere enseñar, mientras que en el mundo real nuestra circunstancia o realidad viene predefinida. En esta realidad virtual se puede sonreír, aparentar una gran dicha y felicidad o salir perfecto en las fotos. La persona debe saber diferenciar entre el yo real y el yo virtual. Si el yo real se compara y contextualiza desde el mundo virtual, nos llenamos de pensamientos dañinos y de ideas insustanciales. La gente joven no debe comparar la fortaleza de sus amistades con el número de “me gusta” que tienen. No deben compararse con los avatares virtuales de otras personas. Para no distorsionar esa perspectiva y acabar con cuerpos esculturales pero medicados y llenos de sensaciones de vacío, los jóvenes deben desarrollar el pensamiento crítico. Es por ello fundamental que cualquier estudiante en el colegio o en la universidad, independientemente de la disciplina que desarrollen, siga formándose en las humanidades³⁰ y en su bienestar mental, para que dichos conocimientos les ayuden a interpretar mejor su interacción con el mundo virtual.

Además del pensamiento crítico, educar en otro tipo de mentalidad y comportamientos es necesario para un mejor bienestar. El filósofo José Carlos Ruiz³¹ lo distingue entre la felicidad del césped y la felicidad del árbol. El césped crece rápido, es bonito y grato. Es ideal si se busca resultados rápidos y una recompensa inmediata al cuidado de la planta. Sin embargo, el césped se arranca fácilmente y muere pronto. Por otro lado, el árbol necesita de una gran inversión en el tiempo. Necesita riego y cuidados. La recompensa no se verá al comienzo, pero llegará en el largo plazo, cuando las raíces y el árbol crezcan. Entonces, será resiliente a cualquier cambio meteorológico e incluso, dará frutos, sombra o refugio a quién lo necesite. Lo mismo sucede con el cuidado de las amistades verdaderas, con la adquisición del conocimiento tácito y de los comportamientos virtuosos. Requieren tiempo, responsabilidad, voluntad y esfuerzo. Los comportamientos detrás de la filosofía del árbol permiten a los jóvenes ser más resilientes en su salud mental.

²⁹ <https://theconversation.com/covid-19-cultivar-el-pensamiento-critico-es-mas-necesario-que-nunca-137448>

³⁰ <https://elpais.com/sociedad/futuros-educacion/2021-12-10/el-relevante-papel-de-las-humanidades-en-un-mundo-cada-vez-mas-tecnologico.html>

³¹ <https://www.casadellibro.com/libro-el-arte-de-pensar/9788417229955/6357140>

CONCLUSIÓN

Como muestran las estadísticas, la salud mental es un problema fundamental, especialmente en las generaciones más jóvenes. Sin embargo, parece que todavía nos enfrentamos a un largo camino para que la salud mental sea prioritaria en la salud global.

Es esencial que, tanto desde los Gobiernos como desde los centros educativos, abordemos esta situación urgentemente: dando el acceso necesario a los jóvenes al tratamiento o la terapia que requieran, creando consciencia del problema y reduciendo el estigma, generando redes de apoyo y mecanismos de alerta temprana, y desarrollando las herramientas necesarias para mejorar su resiliencia, pensamiento crítico y comportamientos adecuados.

No podemos permitir un nuevo correo en la bandeja de entrada con otro suicidio más. No podemos quedarnos parados viendo como las cifras de trastornos mentales entre el alumnado siguen aumentando exponencialmente. No podemos permitir que la Universidad no sea un espacio seguro y resiliente.

No podemos perderles antes de graduarse.

FACULTY + STAFF

MIGUEL DE CERVANTES Y DE CORTINAS Y SU PUEBLO MALDITO

Marcelino Lominchar Plaza ^{SPA}
Associate Director of National Programs,
IE Executive Education

Miguel de Cervantes y de Cortinas, alcalaíno de nacimiento, nunca se apellidó Saavedra. Lo de Saavedra viene de una parte lejana de su familia paterna que daba más abolengo a su propia firma en sus obras. Otra teoría es que, tras salir de su cautiverio en Argel, asumió este apellido que en árabe es “shiabe-dra” y se traduce como “el manco”. Lo de Saavedra siempre fue una *cortina* de humo, un *fake*.

Enemigo de Lope de Vega en lo literario y casi en lo personal, pero mira por dónde, va y escribe el *Quijote*, la obra más traducida de la historia después de la Biblia o, al menos, esa es la cantinela que siempre nos han contado. ¿Quién se lo ha leído? Eso ya es otro cantar, al menos, aquí en España. El *Quijote*, de 1605, es la primera novela moderna de la historia y adquirió una importancia enorme por ser una voraz crítica a las novelas de caballería y estar muy alejada de las novelas románticas de la época, que eran auténticos *pasteles*. La obra utiliza 23.000 palabras diferentes del total de 93.000 que comprenden el castellano, cuando una persona culta utiliza de media unas 5.000. Quizás por ello, su lectura, aunque gratificante, no es lo que se dice sencilla precisamente.

De hecho, lo que conocemos como el *Quijote* son realmente dos partes, siendo la primera *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, y la segunda *El Ingenioso Caballero don Quijote de la Mancha*, la cual se escribió para tapar un *Quijote* apócrifo de un tal Avellaneda, cuyo objetivo no fue otro que el de criticar y burlarse de la primera parte del *Quijote*. Del tal Avellaneda algunos afirman que era Lope de Vega y otros creen que fue Jerónimo de Pasamonte, un soldado y escritor de la batalla de Lepanto. Ambos fueron atacados en la primera parte del *Quijote* por Miguel de Cervantes, por lo que algo de venganza habría en toda esta historia.

Si no se quiso acordar del nombre del lugar de la Mancha, ¿a qué se debía? Quizás le habían tratado mal en dicha localidad. Dicen que ese lugar es Villanueva de los Infantes, pero es imposible porque en el siglo XVI esa localidad no pertenecía al Común de la Mancha. ¿Cuántos pueblos eran del Común de la Mancha en el siglo XVI? 24 en total, por lo que el Ingenioso Hidalgo debía ser oriundo de uno de estos 24 pueblos y, además, no debe nombrarse en la obra cervantina, por lo que el número de candidatos se reduce considerablemente. ¿Cuáles eran esas 24 localidades? Alcázar de San Juan, Arenales de San Gregorio, Campo de Criptana, Cebezamesada, Corral de Almaguer,



Mapa del Común de la Mancha de finales del siglo XVI y principios del siglo XVII.

El Toboso, Horcajo de Santiago, La Puebla de Almoradiel, La Villa de Don Fadrique, Los Hinojosos, Manjavacas, Miguel Esteban, Mota del Cuervo, Palomarejos, Pedro Muñoz, Pozorrubio, Quintanar de la Orden, Santa María de los Llanos, Socuéllamos, Tomelloso, Villaescusa de Haro, Villamayor de Santiago, Villanueva de Alcardete y Villaverde.

Resulta muy llamativo que, habiendo tres grandes pueblos de aquel Común de la Mancha, uno nunca sea nombrado, un pueblo con casas solariegas, hidalgos, barbero, cura, licenciados y comercio y, de hecho, se trataba del segundo más poblado en 1603, con un total de 1.228 habitantes. Los otros dos grandes pueblos del Común de La Mancha de aquel entonces eran El Toboso y Campo de Criptana, y Cervantes los nombra en su obra maestra.

Estudios recientes y minuciosos de historiadores como Rufino Rojo y Félix Fernández-Clemente revelan que el pueblo *maldito* debía ser uno cercano a Quintanar de la Orden y no debería estar lejos de El Toboso, el lugar de residencia de la bella Dulcinea, ya que, desde allí, Rocinante llegaba casi solo a su cuadra. Un pueblo que jamás tuvo molinos y que, por ello, debieron parecerle gigantes y extraños al protagonista en su locura. Y pueblos manchegos sin molinos no había tantos.

La mujer de Cervantes, Catalina de Salazar, era de Esquivias, no muy lejos del norte de este Común de la Mancha. Solo un pueblo de estos 24, el pueblo maldito, se puso de parte de Carlos I de España y V de Alemania en la Guerra de las Comunidades, siendo hoy la Muy Noble y Leal Villa que aún conserva en su escudo. Se trata de un pueblo que obtuvo favores en detrimento del resto, entre ellos, la no lejana Esquivias de los familiares comerciantes de don Miguel. El caballero de la Orden de Santiago y secretario de Maese Alonso de Cárdenas, Comendador de Ocaña y embajador de Fernando el Católico en Roma, era de este pueblo maldito, Juan Collado, de ahí que años más tarde se volcara con su rey. De hecho, su hermano, el capitán Antón Collado, fue quien venció en la batalla de El Romeral y de la Sisle de Toledo a los comuneros. El rey Carlos I lo agradeció en una carta enviada desde Bruselas. En honor a los hermanos Collado hay una capilla en la iglesia del pueblo maldito, la más antigua del templo.

De este pueblo era Martín Gasco, maestrescuela de la Catedral de Sevilla y posteriormente obispo de Cádiz, que no llegó a ocupar su cargo porque murió en aquel mismo año de 1563 y de ahí que no figure en el listado oficial de obispos de Cádiz. También fue embajador de Carlos I ante el papa Clemente VII. Nombró a su sobrino Andrés Gasco maestrescuela de la catedral e inquisidor general de Sevilla, y a Alonso Gasco como racionero de la catedral, un tipo que está enterrado en la mismísima catedral sevillana, leyéndose en su lápida de alabastro su cargo y su procedencia e indicándose que era sobrino de Martín Gasco. Cuarenta ciudadanos de este pueblo fueron a las Indias con el permiso de Andrés Gasco, y no así Cervantes, que hubo de conformarse con Lepanto, cayendo preso y resultando manco (en realidad lo que perdió fue la movilidad de su mano izquierda). Descendiente de estos emigrantes a América es Edward L. Romero, embajador de EEUU en España de la Administración George W. Bush entre 1998 y 2001 y recibido en el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas por el alcalde del pueblo maldito. Hoy tiene una plaza en su honor en esta localidad manchega y los indios arapahoe trajeron un tributo y bandera a la ermita ubicada en lo alto de un pequeño otero.

Como recaudador de trigo y aceite, Cervantes confiscó un poco más de lo debido en tierras andaluzas y fue excomulgado en Écija por el racionero de la catedral de Sevilla, Alonso Gasco, de la misma familia. Hoy estos Gasco tienen la capilla más espectacular en la iglesia plateresca del pueblo maldito. Una capilla mandada construir por Martín Gasco, con una reja del siglo XVI y en honor a la Magdalena, ya que también fue el fundador del Colegio de la Magdalena de Salamanca.

En 1594 Cervantes acude a Granada para recaudar impuestos de



Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Corral de Almaguer (Toledo).

la mano de Francisco Suárez Gasco, hermano de Pedro Gasco, consejero de Felipe II e inquisidor de la Suprema, e hijo de Juana García-Gasco, hermana del obispo de Cádiz. ¡Otra vez los Gasco! “Con la iglesia hemos dado, Sancho”.

Las comisiones de lo recaudado se las entregó a Simón Freire y, tras la bancarrota de este, Cervantes regresó a Sevilla para demostrar su inocencia, pero fue denunciado por Francisco Suárez Gasco, del clan familiar del pueblo maldito. Fue condenado y llevado a la cárcel de Sevilla, la más grande del reino entonces, un lugar peligroso. Fue liberado más tarde por el rey, pero para entonces se cree que ya había comenzado su obra, el *bestseller* por antonomasia. Es curioso como este apellido, el García-Gasco de esta localidad maldita, dio recientemente un cardenal, el de Valencia, Agustín García-Gasco, fallecido en Roma en 2011.

El Manco de Lepanto terminó sus días viviendo en la calle León de Madrid, esquina con la hoy calle Cervantes, la misma calle en la que vivía Lope de Vega. ¿De quién era esa casa en la que vivió? Pues de su casero, Gabriel Martínez, un tipo que provenía del pueblo maldito, un tipo del que Cervantes se hizo buen amigo. Además, el hijo de Gabriel Martínez era Francisco Martínez, capellán del convento de las Trinitarias, el mismo que ejerció de presbítero y testigo en su entierro el 23 de abril de 1616. Francisco Martínez fue además de su casero, su testamentario. Recientemente se han descubierto los restos del genio de la literatura en este convento madrileño.

Es curioso que, para tener tanta relación con este pueblo, el segundo en tamaño del Común de la Mancha de aquella época, no lo nombre ni una sola vez en una obra de más de mil páginas, ¿verdad? Esto es solo una teoría y jamás se podrá probar nada, por supuesto, de ahí que averiguar qué pueblo tiene el dudoso honor de ser ese pueblo maldito sea algo casi romántico, una quimera.

Lo demás todos lo sabemos, y es que, si Cervantes se puede asociar a unas líneas, esas son las de “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...”. Esa obra inmortal que habla de un lugar del que no debió tener gratos recuerdos, un pueblo maldito para él en su época de recaudador de impuestos, un lugar que le marcó y que le persiguió, el lugar de residencia de Alonso Quijano, ese lugar en donde la Mancha empieza a ser, Corral de Almaguer.

Poetry

STUDENTS + ALUMNI

^{1ST} **THE CANARY**
Emily Fuller

^{2ND} **HELLO, ROBOT
(AND THE NEW HOMO SAPIENS)**
Sahil Baxi

^{3RD} **UNTITLED**
Sofía Barreto

FACULTY + STAFF

^{1ST} **ACCOUNTANT DOES ELECTRICAL WORK**
Bruce Busta

^{1ST} **REMEMBERING СЕБАСТЬЯН
(SEBASTIAN)**
Maria Eugenia Marin

THE CANARY

Emily Fuller ^{USA}

International MBA & Master in Big Data (2018)

Hurried shoes on patterned linoleum,
While a woman sits listless in her seat,
sating the needs of no one.
My toes tap an impatient rhythm
in time with the tempo of scattered thoughts.
Cirrus judgements with an invisible gavel
babble calls to disorder.
Am I here?
The clocks run slower like in lucid dreams
but my hands remain the same.
Shallow air trapped beneath its cage
beside my heart, the canary in the coal mine.
Fluttered wings beat beneath the chest,
as I wrest the wishbone,
Crossing fingers for the larger half.

HELLO, ROBOT (AND THE NEW HOMO SAPIENS)

Sahil Baxi ^{IND}

Master in Management & Master in International Development Dual Degree

In Circles, we move
in this Squared world.
Acute, is the space,
Obtuse, are the men.

Round, is our path,
Boxed, is our life.
Dented, are our hopes,
Bulging, are our minds.

Washed, is our brain,
Clean, are our homes.
Dirty, are our intentions,
Broken, are our dreams.

Truth is alien,
Fallacy is close.
Deception is nature,
Friendships are lost.

Such is the road
that we tread on.
Gone are the days;
Gone are the humans.

Hello, Robot.

...

'Oh, hello,' says the Robot.
'I'm not a man anymore!'
'You are looking
at the New Homo sapiens.'

'We breathe mobile networks
and stream our lives.
We live in small Rectangles
called Mobiles.'

UNTITLED

Sofía Barreto ^{USA}

Bachelor of Laws

In the midst between life and death
Between an unanswered message and a
Desperate phone call
All I could hear was *tick, tick, tick*
The steady charade of a sprinkler system
Going on in the background
Because life moves on
And at the same time it stands still.

ACCOUNTANT DOES ELECTRICAL WORK

Bruce Busta ^{USA}
Professor at IE Business School

Step one get the utility knife,
wipe the blade with an alcohol swab to sterilize it,
so when you cut your hand you reduce the risk of infection.

Step two get two bandages ready,
peel the back off them, so that you can use one hand to apply the bandage
to the wound on the other hand.

Step Three – Take out your phone, press 1 and 1 so you only have to press on
the two in order to summon the ambulance. If things go really wrong, you can make the
call with your elbow or nose.

Step Four – turn off the main power switch, canceling all power to the home

Now you're ready to change the lightbulb.

REMEMBERING СЕБАСТЬЯН (SEBASTIAN)

María Eugenia Marín ^{USA}

*Vice Provost, Global Academic Partnerships,
Provost Office*

Traveling for days
On the snow-covered roads of Kulykivka
Unaware of her son's fate
A black bird flies overhead
Is my son dead?
A flood of memories flash before her in vivid hues
Sebastian's first smile, his soft teddy bear
The way he lovingly embraced her.
A soldier in a brown woollen cap approaches
Then hastily hands over a limp, lifeless body
Naked, in a tightly-tied green plastic bag
Where air and light can no longer enter
Laughter or music never again heard
And where the horrors of war
Can never be forgiven or forgotten.
Nineteen years of life
Inert in a trifling, trodden trash bag.
Perhaps in another dimension, in the vastness of the universe
These moments will eternally live on.
Under a heavy winter sky
In somber, solitary silence
The hills mourn
A mother weeps.

Short Story

STUDENTS + ALUMNI

^{1ST} **A PLACE IN THE UNIVERSE**
Barnaby Shand

^{2ND} **LIKE PASKA, WE RISE**
Emily Fuller

^{3RD} **RUBBLE**
Alicia Lichter

FACULTY + STAFF

^{1ST} **HOMECOMING**
Ashton Lewis

^{2ND} **BURNT OFFERING**
Michael Suire

THE PRIZES

A PLACE IN THE UNIVERSE

Barnaby Shand ^{UK}
*Bachelor in Philosophy, Politics,
 Law and Economics*

‘Without a revolutionary theory there can be no revolutionary movement.’

13,600 light years away, and a fair few years after Lenin wrote those words, it was breakfast time. Monica Bright was sitting reading her morning emails, and eating her cheerios, as she had been taught to do. Historians would later disagree over exactly how far through her breakfast she was when she read that fateful email. What they did agree on however was that she jolted so violently that she almost, but not quite, spilt her bowl of cheerios! They also agreed that this was indeed the moment of discovery of the theory that would become the manifesto for the revolution of ‘49, which would change the course of Yorko, the most advanced city-planet in the universe (according to a poll of Yorko’s top 100 politicians, published by YorkoDaily™), forever. It was also agreed that there was a sense of irony in that such a significant idea in the history of the universe had originated in an insignificant backwater called the MilkyWay, on a quaint, pre-historic planet called Earth. Monica inputted Earth’s co-ordinates into her Ynav, and set off in search of the manifesto that would change the course of history, forever.

No one ever thinks of the washed up academic. Nor did Douglas Mitchell, until he found himself staring at the fleckled mirror in the downstairs bathroom of his squat, terraced, grey house. Where had it gone wrong? This was not how it was meant to be. His editor had tried to paint a rosy picture of his most recent paper by highlighting its (very relative) success in a provincial fishing town in Cornwall, which harboured separatist, revolutionary ambitions. Admittedly the market for peaceful theories of revolution was something of a niche, what with the romantic allure of the violent version. For three years he had been spellbound by the possibility that a non-violent revolution could be theoretically more effective than those that employed violence. It tagged along everywhere: to Tuesday brunch, to the

hairdresser, and when he settled down to sleep at night, into his dreams. The idea camped in his mind, free of charge, to the exclusion of almost everything else. 23 days ago he had let it loose, into the realm of critics and the wide, wide universe beyond, to the acclaim of exactly no-one. Three years of work discredited in less than a week: it was almost impressive.

Such were his thoughts as he lay on the sofa watching golf. *Ding dong*, the doorbell sang, startling him from his stupor.

“Fuck,” he thought. He’d never liked doorbells. “I’ve never liked doorbells,” he said, aloud, and opened the door.

Before him stood Monica Bright. He was not used to visitors, much less visitors who had travelled 13,000 light years to alight at his door, which perhaps explained the trance-like state he had seemed to enter. His mum barely travelled the three miles anymore, and this durth was made evident in the *grey* that seeped through the walls and out of the floor. It was the sort of hovel where weeds had made the drive their own, and whose curtains were closed most of the time. The neighbours would have assumed that something illicit was going on if it weren’t for the fact that the house didn’t get any visitors.

Eventually, his voice-box rumbled into action for the first time in five days, stalled, reversed, before joltingly grinding into gear to offer his guest a tea.

The guest in question had a jet black, shoulder length bob, that Douglas could have sworn was auburn when he had first opened the door. Where it met her body it seemingly melted into her jet-black jacket that gently shimmered as if it wasn’t just alive, but peacefully sleeping. Her boots on the other hand were wide awake, pulsing with a magnetic force that immediately made friends with his previously very bored carpet. Her eyes were extraterrestrial,

but with a warmth he'd never imagined but always craved, all set into a pale white human-like face.

The overall feeling was that this was someone who knew something Douglas could not. And now this someone perched on his sofa was speaking.

"It's a relief to be here. I tell you, it was rush hour on the Yorke-Earth Superway and it was very slow; it took me two hours to get here! Can you imagine, two hours to cover 13,000 light years. You'd think we'd descended into the dark ages, but then again, I wouldn't trust the Supreme InterGalaxial Infrastructure Ministry to know their Superway from their LightPort, wouldn't you?"

He wouldn't.

"I imagine it's something like your pothole problem. Rural areas just never get enough funding, am I right?"

She was.

Douglas sat there looking like a fish who was in the process of being relocated to a new tank.

"Anyway, to the point. I'm with the Yorke Freedom Force, & I've come to offer you a job. Yorke is a very advanced city planet in many ways, but we've got a rather god-awful leader who just doesn't quite understand the value nor necessity of being nice. You see, we want a revolution, and that's about the only thing we can agree upon. We commissioned a viability report that recommended we explore peaceful options, except such theories on Yorke are few and far between. That's when I found your paper. The idea that peaceful methods are preferable even if violence is morally justified because of the effect on external pay-offs to dissent and internal ethical probity calculations? Brilliant, revolutionary even, if you'd pardon the pun. It's exactly what we've been looking for.

That was the point, right? To like, you know, revolt?"

It took a moment for Douglas to realise that Monica had asked him a question of the type that required an answer, and all that left his mouth was a quite impressive gurgle. What he wanted to ask was what Yorke was. He was hoping that it turned out to be a local town, maybe even York itself, that the Yorke Freedom Force was an offshoot of the Yorkshire independence movement, and that the Supreme InterGalaxial Infrastructure Ministry was a derogatory nickname for the North Yorkshire County Council. Somehow though he had a suspicion that it wasn't and that this disarmingly enigmatic girl in front of him was from a very long way away, even if it only took two hours to get there.

Monica pretended not to notice the gurgling and carried on.

"If you wanted my opinion, I also think that if you were to come on board as a martyr, join the team so to say, we'd have a good chance of success." She spoke with such a matter-of-factness that Douglas didn't immediately register the gravity of her words.

"You're saying you liked my paper?" whispered Douglas, almost in disbelief. Perhaps his work

did have a place in the universe after all.

"Yes, and we would like to put it into practice, if that's ok with you."

It was ok with him, except he could have sworn that she'd said the word *martyr*. He was sure she had, and yet it sounded like a job offer, and a very generous, flattering one at that! It was as if her next words would be details of financial remuneration and severance packages.

"Of course it's a very, very well paid position. It comes with a house, there would be bonuses on the success of the revolution, and historically we've endowed martyrs with great posthumous prestige. Not to mention that applications are very competitive."

Douglas paused for a moment, just to make sure that he had things right.

"Monica, and correct me if I'm wrong, but it sounds like you're asking me if I would like to be your martyr, a job which in my understanding of the term is more often than not, well, terminal."

"Oh don't worry we don't want to kill you but after all, in your own manifesto you wrote that even peaceful revolutions need a spark, something to get the ball rolling, so to speak. If we don't pursue this revolution in a peaceful manner, many, many people will die, and we have an opportunity to avoid that. So please stop thinking about yourself and be a team player."

She was on a roll.

"To not accept this job, this title that by the way many would literally die for, it'd be a bit ungrateful."

Several moments passed.

"May I say no?" he said, with an enquiring look.

It was as if Douglas had sucked every energy particle from his surroundings, and channeled it into four, little words. Monica for her part looked a little shocked. Up until that point she had seen this man as little more than what he was: a washed up human academic, bathing in the physical representation of his languishment. Her advanced judgement mechanisms had not registered the possibility of such a question, and it took all her training not to gasp at the audacity.

"I guess you could say no..."

"Great, then no."

"Right" Monica said, unsure of what exactly had happened. "Are you sure?"

Douglas simply smirked.

The door didn't slam on her way out, but it certainly closed. It closed on the house of a validated academic, one who's work had found its own place in the universe, as its creator settled down to his Tuesday morning on the sofa, watching golf, and sipping his tea.

After just 13 years of peaceful insurgence, Monica's revolution succeeded. The dictator was ousted, and peacefully killed by the Yorke Freedom Force. The revolution's manifesto was written by an obscure author from the outskirts of the

galaxy, named Douglas Mitchell, who was violently killed by the dictator's regime for his innocent writings. At least, that's what the Yorke Freedom Force's Propoganda Department said. They reasoned that few would journey the two hours along the Earth-Yorke SuperWay, and those that did would unlikely land in the suburbs of Yorkshire, England. If they had, they would have found Douglas Mitchell, famed Earth academic, and the posthumously glorified official martyr of the Yorke Revolution of '49, sipping tea, watching golf, and enjoying a life of Tuesday mornings.

LIKE PASKA, WE RISE

Emily Fuller ^{USA}

International MBA & Master in Big Data (2018)

They say scent is the closest sense tied to memory, and when I think back on it, it seems right to me. In my youth, every memory had a scent. On Christmas morning, it was the warm smell of uzvar just as it was beginning to boil, releasing the delicate flavors of star anise and cinnamon into the air. I may only have been tall enough to barely reach the table top, but the fragrance was kind enough to meet my nostrils where they lay.

In Easter, it was the smell of freshly baked Paska. Making the decorations with Mama was always my favorite part. It was really the only part she let me do for a long time. Until I could make the dough with my eyes closed, without measurements, I was not to touch it until it was ready to be dressed. I had to be able to feel the soul of the dough, you see. To know when the rise was just right, and it had proved the perfect amount for baking.

Until then, I was resigned to making the twists of dough on the top to go around the top of the loaf. It reminded me of how Mama used to plait my hair, taking a strand in each hand and twisting one around the other until she reached the end. I would pinch the ends together and place the braid in a circle on top.

It's funny what you remember. I can hardly recall what I ate for breakfast this morning, but one brief bouquet of my mother's perfume, and I am back in the kitchen beaming after applying the perfect egg wash to my first Paska.

Mama was so proud. I had worked so hard to study her ways, diligently scurrying around the kitchen to get things just right. She never made things easy. Not a cookbook or recipe card in sight, no measuring spoons, cups, or kitchen scales. We had to learn from our elders.

Those moments seem so far away. The freedom of youth. Uncharted territory. Unwashed bakes and unleavened breads whose secrets were waiting to be discovered. Now my clothes are unwashed, and

I feel the rise has gone from my step.

Mama is gone, and my Mother country is fighting for her life. The streets are war-torn and the skies are orange-grey with smoke. Children no bigger than me when I made my first Paska lie huddled in the shelter, with fear in their eyes.

How I wish I could share with them the scents from my kitchen and the feeling of my youth, untouched by atrocity.

I close my eyes, and I remember, we must learn from our elders. Throughout the years, I did. I learned to listen to the wind blown on the chair at Christmas, and the spirits of our loved ones at the table.

I learned to carefully pack the picnic for Easter and how to relish the steps to the graveyard where we would set an extra setting of food for our dead. We could not stop the march of time's winged chariot, but we had the freedom to choose how we embraced our present.

I choose to bring my favorite dish, and savor the sweet moments with my Mama and my Mother country. We are more than these moments of turmoil and strife, and we are united in our triumph against oppression.

Like Paska, we will rise.

Mama used to say, "Your head is not only for putting a hat on". I didn't get it then, but I think I am beginning to understand.

RUBBLE

Alicia Lichter ^{FRA}

Bachelor in Behavior and Social Science

Robbie hadn't ever seen silver snowflakes.

They fluttered down from the sky, like tiny metal butterflies writhing their bodies towards the ground. It appeared as though they glowed, the mid-afternoon sun reflecting on them, crystalizing them, shinier than any mirror he had ever seen. Robbie sat in the courtyard of his residence complex, mesmerised by the phenomenon. It was the most magnificent thing he had ever seen.

He had been playing his accordion, small and black with shiny keys, a gift from Papa for his fourth birthday just last week. He'd been trying to learn *Himusz*, the Hungarian National Anthem, which he was hoping to perform for Papa's birthday. Robbie's small fingers often stumbled over the keys, and he had found himself getting frustrated at even the smallest mistake. Nevertheless, he was determined to finish learning the piece in time. He had only just finished running through the entire thing perfectly when he noticed a sliver of aluminum foil sweep onto the bellow of his accordion.

He hadn't even realised what they were at first, he had just dropped the accordion from his grip and felt it fall against his thighs. Robbie starred up between the faded beige walls, gaping in awe as the clear sky suddenly rained down small bits of silver.

No wind could reach the small courtyard. The foil fell silently, undisturbed.

Robbie surged forward, eagerly grabbing as many of the pieces of foil as he could fit in his small hands. He turned it into a game, grabbing one handful, then two, then another, then he let them go, watching the masses of foil fall to the ground.

After a while, Robbie looked up in hopes of catching more pieces of foil. He was panting, out of breath. To his surprise, no more strange snowflakes were falling from the sky. It was like a curtain of silver had been dropped down from the heavens, seemingly out of nowhere. Where on earth had they come from?

Voices murmured from above. The windows lining the courtyard walls opened as heads poked out of their homes, darting around in confusion. Robbie could see the perplexed expressions on all of his neighbor's faces. What on earth had just happened, they were asking themselves, their whispers reverberating across the walls. What was that? Their eyes eventually came to rest on the boy below them, with an accordion at his feet and a field of silver grass surrounding him, a single pair of wide brown eyes gaping up at them in disbelief.

"You look like the tin-man!" Robbie's ears perked at the familiar voice calling out to him, recognising it to belong to his cousin Judit. She was only two and a half years older than him, calling out from one of the windows. She lived one floor above his apartment, and they were each other's closest friends.

Robbie searched the walls to find her, spotting her curly dark braids sticking out of one of the smaller windows. Judit was laughing at him, her soft giggle filling the space between the courtyard walls. She suddenly disappeared from the window, likely running to the stairwell to inspect the pieces of silver from up close. He smiled at the thought of the games they could play together in this silver snow.

A rumbling noise came from above him, louder than a menacing thunderstorm.

A shadow passed over the courtyard, turning the bright summer day into a sudden dark.

Robbie recognized the sound of a jet engine, shaking his skull and turning his blood to ice.

And then, within an instant, the walls around him caved in.

He tried to cover his ears, but the cracking concrete from the courtyard walls could not be muted by the flesh of his small hands. As the walls around him toppled, shards of glass flew like a deadly hailstorm, cutting his cheeks and scraping past his shins. Foil was launched into the air by the

force of the explosion, and Robbie was once again caught in a whirlwind of silver. He had no time to scream as his legs gave out from underneath his body, the ground collapsing below him.

Usually, they would get a warning. Sirens sounded through even the thickest of walls, and alarmed voices bellowed through the portable radio on the dining room table, warning all of Budapest of the oncoming bomber planes and possible explosions. Mama would call his name, a certain tightness to her voice that Robbie soon came to associate with a sense of immense dread, making his stomach drop. She would always be tightly gripping the silver necklace she wore, identical to the one dangling from his own neck. He hated what it meant, when Mama would summon him with her face ashen and palms trembling. He knew what was coming next.

The apartment complex in which him and Mama lived had a single bomb shelter: a cold, dank pit beneath the lowest rung of stairs that reeked of rat droppings and sweating bodies. During previous bombings, the room would be filled with nothing but the panting of Robbie's neighbors and the occasional yelp at the muffled explosions above. It was the place he hated the most, the air thick with the stench of fear.

For hours the basement would shake, dust falling from the low-hanging ceiling above them and rats squirming across the floor. Robbie jolted every time they scurried across his feet, despising the scratching of their filthy fur. His hand would dig deeply into his mother's, turning it white and bruising it with the force of his grip. The bomb-shelter was a dreadful place to be, yet it was the only place Robbie yearned for as the buildings he once called home collapsed all around him.

He thought of his family: his grandfather, likely having just woken up from his afternoon nap, crushed by the ceiling above him. His cousin Judit, hit by shards of glass as she ran excitedly down the stairs, hoping to meet her cousin and play. His mother, drinking a coffee at the dining room table, unaware of the horrors that would ensue within the blink of an eye. Robbie had no time to grieve, to render what the destruction around him meant for the lives of his loved ones, but he desperately wished for his mother's protection as dust and smoke flew into his line of sight, obscuring his vision and masking any signs of daylight.

The thought of his mother reminded him of the symbol hanging from his neck, and his hand shot up to grab the pendant. As his fingers wrapped around the twisted metal, an avalanche of concrete came crashing onto him in the darkness. A pressure like nothing before weighed down onto his chest, and a sharp, horrible pain throbbled from the left side of his abdomen.

Robbie couldn't breathe. He couldn't cry. He couldn't scream. He couldn't feel his legs, and he couldn't see anything in the darkness of the rubble.

Dust and smoke filled his lungs, but Robbie couldn't heave his chest up to cough. His last thou-

ght was of his accordion, small and black with shiny keys. He never had the chance to play for Papa.

He inhaled, shakily. He exhaled, the pain in his abdomen growing stronger and stronger.

He inhaled.

He exhaled.

He inhaled.

Hours later, as survivors dug through the rubble of Budapest's collapsed buildings, they pointed out the peculiar mosaic of silver that was scattered amongst the remains of a single apartment complex. The aluminum foil shone brightly in the bright afternoon sun, and remarkably, the surrounding rubble of other buildings was void of the piece of foil. People climbed on the rubble, digging, lifting, hoping to find signs of life. No one's eyes caught the silver pendant that had become camouflaged by the foil, the silver pendant still attached to a little boys' hand, the pendant that bore the star of David, hidden amongst a sea of silver.

FACULTY + STAFF

HOMECOMING

Ashton Lewis ^{USA}

Assistant at IE School of Architecture & Design

Louis sometimes wondered if his grandmother had enough mind left to be frightened, sad or lonely. Whenever he saw her, she either slept or coughed or told everyone in earshot how much she loved them, even if she hadn't seen them before.

She wasn't as bad off as some of her fellow wayfarers in the nursing home. She didn't scream profanities or sob uncontrollably or sit staring at the wall spouting gibberish. No, she was calm and kind and stupid and Louis was thankful for that.

It was always hard for him to square up his image of her in his head, of that wonderful, cheerful woman of average intelligence who nevertheless provided the only real safe harbor he had ever had during the tempests of his youth. Gone were the summers spent in her care, wandering the yard with his cousins and picking honeysuckles from the bushes that grew there and staining the windows of the spare bedroom by throwing plums at it. Gone were the mediocre Sunday dinners and the superb week night takeouts and pizzas, gone was the eerie sound of the grandfather clock haunting him from the dining room, and gone were the stories of her grandmother who had lived through the Civil War.

All that was in their place was a simple machine with the mind of a child and the body of a Mini Cooper. Her skin had dried out and papered up since he last saw her, and he imagined he was holding the hand of a giant, drowsy toad whenever he sat beside her, her fat fingers interlaced with his.

Was it really right or necessary to keep her in this state, he often thought to himself. He even voiced his opinions to the other members of her family, but they either laughed it off as his dark humor or told him that life and death are in the hands of God and God alone. He didn't agree, he couldn't imagine God being so heartless as to leave a half dead bird stuck in the front grill of whatever kind of car the Almighty saw fit to drive through

the heavens. Probably a Trans Am, dark red with Warrant pumping through the speakers.

Going to see his grandmother became oppressive in a way that going to visit her house had seemed liberating when she still seemed to know he wasn't her son or brother. The winding halls of the nursing home had a yellowed look about them like old cigarette butts, and the smell was barely better than an abattoir. The inmates leered at him as he walked by, or stared blankly through him, and the large black ladies who ran the place treated him alternately with cold indifference or deepest disdain.

It had been a few months since he'd moved back to the US, and he had spent a few hours of the afternoon sitting beside her watching the Hallmark channel as she softly snored. He wiped drool off her chin and looked at his phone, but the time seemed to crawl by on hands and knees and he knew he would have to sit there until he felt his guilt had been assuaged.

"Honey," he heard a weak voice croak at his side, and he looked over to see his grandmother looking at him. Her pale blue eyes held the weight of a century, just about, and while they were usually as dull as a butter knife there was sharpness in them that day that made him pay attention to her immediately.

"Yes, grandma," he said. "What is it?"

"I've missed you, honey, I've been waiting for you to come back."

"Have you?" he asked. He knew in a minute she would fall back asleep and he could go on watching the Hallmark movie, but she sounded alert in a way she hadn't in years.

"No one else will help me, honey, just you."

"Help you what, grandma?"

"Leave. I want to go home."

"You are home, grandma. You were just having a bad dream."

"No, honey, I want to go home."

She looked at him in a way she never had before, in a way that made him think he had never really known her at all. Sure, he knew about her childhood on the farm, about her grandmother in the Civil War and her in World War II, about her honeymoon in Gatlinburg and her three sons that died before they were a week old. He didn't know why, but he knew their whole relationship came down to this, that the summers together and the deer head in her attic and the shotgun holes in her hallway floor and the pictures and shirts of his long dead grandfather all came to this moment.

"Ok," he said. "Let's get you out of here." He closed the door to her room and wheeled over her chair next to her bed, and wished Archimedes himself had been there to help him with a lever and pulley. His grandmother had roughly attained the size of a small whale. With difficulty he got her into a sitting position, and by the time he helped her off of the bed and into her chair he was covered in sweat. The whole time she just looked at him, as if he were the sun and moon and stars and if God and time allowed her, she would have just stayed looking at him forever.

She was tethered to an oxygen tank, which ran around her head and into her nose like the tendrils of a hungry alien. He made to strap the tank to the back of her chair, but her voice stopped him cold.

"No, honey, I don't need that anymore. Help me take this off."

Her stubby fingers struggled with the cord around her face, her underarms swaying like palm trees in a hurricane.

"But you need".

"Please, honey, help me take this damn thing off."

That in itself shocked him into obedience. He had never heard his grandmother swear before, had not known she even knew any swear words, but he didn't have time to think about this as he helped take the oxygen cord out of her nose and off of her head. She reached out for the blanket folded next to her bed, the one her long dead husband had given her the Christmas before he died. He unfolded it and draped it over her lap and leaned down to let her kiss him. She managed her Bible by herself, a hideous old thing of cracked red leather and dog ears and highlights in all the colors of the rainbow and sticky notes and paper clips.

"Okay," she said, "I'm ready to go home."

He opened her door halfway, looked up and down the hall and, not seeing any of the fierce guardians of the nursing home, wheeled her down the hall and past the common room. He almost forgot the exit code in his haste to get her out of the building, but she leaned over and hit 1555 and the door opened. They were free! He wheeled her out to his car, and with only a bit of trouble he helped her into the front seat. She seemed slightly lighter than before, a bit more limber, and his back thanked her for it. He opened the trunk and made to fold up the

wheelchair when she said, "No, honey, leave it here. I won't need it."

He didn't quite believe her but he knew, somehow, that to argue was to lose, and anyways who knew how long they had before they were missed and the authorities were called and she was sent back to lie forever in that awful room at the end of that hall that stank of living death and dirty diapers.

As they left the parking lot, he noticed that she seemed even more alert than ever, more alive than she had in years and she smiled and seemed to recognize places she knew as they drove. When they passed the hospital he and his mother and her siblings had been born in she smiled bigger than ever and looked at him and took his hand in hers. It didn't feel as dry as it had before, and her fingers weren't so swollen. She had some color in her cheeks, and her chin didn't jiggle quite so much.

They drove down the grand old street of their town, the one with the tallest churches and the whitest houses with the biggest columns and balconies, where the leaves never seemed to die and the sidewalks were cracked because they couldn't hold down the awesome power of the roots of those trees that you could see laughing out of the corner of your eye.

He made to make the turn to go to that house she had lived at his whole life, that house that had been home and harbor, pirate ship and desert island and wild jungle and all the things he had needed it to be through all the stages of his life until she had left it and it became wood and nails and paint and the smell of her faded from it.

"No, honey, not there. Home." She smiled at him, as if he was just a little behind but would be getting it shortly. He kept going, out to the country, back to where she was really from, and where in her mind she had never really left. They only stopped so he could get her a large cup of tea, that sweet iced tea people from that part of the world hold to so desperately but he had never liked. She loved it like it was the blood flowing through her veins.

As they got farther out the decay of the town slowly faded and the houses got thinner. They passed shuttered gas stations and abandoned stands advertising 'hot boiled peanuts' and Confederate flags still clinging desperately to the past. They saw kudzu and trailer parks and, the farther they got from town, woods that grew thicker and wilder than he remembered ever seeing in those parts.

They didn't say much, but he drove with one hand on the wheel and the other in hers and every so often he would sneak a glance over and see her gazing contentedly out at the passing landscape. After a time they drove past the church where her parents were buried, next to her unfortunate sister Garnet who had died when she was only six of typhoid fever. They drove past old houses that lingered like lost ghosts and started up the long driveway to the house her father had built and died in,

where she and her brothers and sisters and been born and a few had died.

Her sister still lived there, at least part of the time, but she wasn't there then and as far as he could tell no one had been there in a few weeks. His grandmother was smiling more than ever, and she squeezed his hand and he parked the car.

"Now come over and help me out, honey."

He went around the car and opened her door, and he wished he hadn't left the wheelchair but she seemed quite sure of herself so he took her hands and pulled her up and out of the car and onto her feet. The strength of her grip surprised him, as did the way she seemed steady on her feet. She looked younger than he remembered her looking for many years, and he was happy and sad and a little frightened all at once but when she put her arm through his he didn't object.

"I don't know how we'll get in, grandma. I don't know where the spare key is and I don't think anyone has been here in some time."

"We're not going in there, honey, I'm going home."

If this wasn't her home he didn't know what was and tried to say as much but she stopped him by pointing towards the thicket of trees in the distance, across the field that used to contain horses and picnic tables and laughing children.

He didn't see the point of arguing, and she seemed surer of herself than he did so he acquiesced and led her past the barn and across the field, slowly at first but faster and faster the farther they got. She seemed to draw strength from the pastures of her youth, from the voices of her past that you could almost hear if you tried hard enough. She was getting stronger and faster and seemed to be leading him, and as they neared the woods he could hear her singing to herself and laughing.

He wasn't sure where she was leading him, but as they reached the edge of the woods he realized they had been headed there all along.

"I'm sorry, honey. You can't come any further with me, not right now. I've waited for you for so long, so you could bring me home, and now you'll have to wait until you can meet me there. I love you, son." And as she said this she looked at him with that fierce pride and love and absolute abandon that only grandmothers can have for their grandsons.

She gently unhooked her arm from his, gave him a last smile and a kiss and walked unaided, for the first time in years, down a path he hadn't seen before and into the trees. She didn't look back, but he knew she was smiling and he could hear her singing long after he lost sight of her. When the last notes faded he smiled, stood for a moment listening to the rustling of the leaves and the babbling of the brook and turned and slowly walked back to his car.

BURNT OFFERING

Michael Suire USA & SPA
Faculty Coordinator

Onto the great plains he walks, looking for a place that will have him. Vast and incommensurate is the Earth when aimlessness guides man, but the laws of attraction apply even in mourning, for he settles in a promontory overseeing the same dry, hard lands that took away that which he most loved. He goes to nearby villages and collects metallic planks, bags and strings to build a small, precarious shack, and his refuge becomes known to the locals as the crashed satellite for the way that it shines like a beacon in the horizon under the fierce sun. A fallen piece of the heavens.

He thinks that his stay is temporary, but he will remain here for years, bearing the summer's suffocating heat, which turns the air inside the hut into a thick miasma, and during winters so cold that there are nights when, shivering unrelentingly, he can feel time itself cease to exist, though his life is never claimed. And he wonders if they, buried in that same ground not that far away, are the ones keeping him alive. Can the dead intercede for us in our time of need, even if we would like them to not do so? And if they cannot, would God? He was never a religious man, but he wakes from nights so dark and cold that nothing but the sheer power of that which lays beyond man's understanding could explain his survival.

And he dreams about them, his wife and his daughter, and he remembers their smell and their voice and their light and when he wakes, he wonders if maybe grief itself is what is keeping him alive.

And in the morning, sore and stiff but alive, he would crawl from his shack, a bedraggled figure in thick winter clothes, to witness the sunrise, and start walking down the promontory towards the sunrise and the railroad track where the accident happened, where the world stopped for him that day, not so long ago.

There is no sound in the dry plains of the open earth he inhabits but that of his footsteps, for

the wind has stopped and the winter sun has instituted a permanent stillness that envelops all as the man walks slowly towards the abandoned railroad tracks that cut through the land. He squeezes pass the decaying fence and steps unto the small pebbles that follow the railroad tracks, his feet moulding the ground beneath him. There is a boulder carrying two pale white names with dates, and here the man crouches and places his palms over the names and bows his head and in the silence of this vast expanse begins softly to weep.

After the accident he spent weeks without leaving his apartment because he couldn't think of where to go. A lifetime of habits, needs, and drives all evaporated. He could not grasp how he could have ever done anything, as the mere thought of an action created such a need for energy that exhausted him. Nor could he believe that he had eaten every day of his life, ingestion of food now seeming an unnecessary and unnatural act. Family and friends came to him, but he wouldn't see them.

He'd doze in and out in front of the television and from what he could grasp from the news, the high-speed train that his wife and daughter had been travelling in had crashed, killing fifty people. He had already received the phone call from the police, though he later would always think that it had been the coroner who had called him, so that when they said their names on television, he was already expecting it. The different experts, whose advice the news anchors sought, and who for the man were just shadows projected from a faraway world, speculated about a possible mechanical failure, though a man-made error was not being ruled out.

When he discovered, weeks later, that the accident had taken place due to a bizarre combination of the train conductor falling asleep, coupled with a mechanical failure that had prevented the brake system from deploying when the train reached a speed of 200 km/h in a section where the

maximum speed was of 150 km/h, the man did not feel anger. He did not even mind that the conductor had survived without a scratch. Feelings seemed to be something for him that had also ceased to exist. It was then that he grabbed a backpack from his closet, begun to fill it with clothes, thrown in pell-mell and without care for the season, and left the apartment.

When he left his home, he knew that he was leaving behind everything that he had ever been and everything that he had ever wanted.

It is to the village that he goes in need of provisions, a bedraggled figure discernible and witnessed by all. He is known as an anchorite by some, a madman by others. He buys water and canned perishables and does not speak to the townsfolk, for he sees the pity in their eyes. When he does feel like talking, like today, he goes to see the priest.

"You are early". The words come before his eyes can become accustomed to the infinite darkness within the church.

"I didn't know I had a time," the man says, walking towards the altar alight he stops near the front row, where he sees the priest perusing a Bible and mumbling as he skips through the book. "It seems that it is just in Genesis," he finally says.

"What?"

"Genesis," the priest repeats and lifts the opened bible to him. "Someone scribbled a new profanity." He closed the book and rose. "I get it almost every week, on a different Bible, a different profanity, a different part of Genesis, a different page."

The man bent down to look at the profanity. "Determinate fellow," he finally said.

"I would think that if one blames God for whichever calamity one suffers, to the point of hating Him so much that one needs to systematically leave a written record of one's feelings on a holy book, and may I add therefore systematically destroying church property, well then I would think that one would just not come to church," said the priest, replacing the Bible for a new one and looking at the man.

"I have never in my life come to one of your masses."

The priest laughed. "You aren't the only one with a bone to pick with God. Besides, I know exactly who it is. One of the benefits of lowered church attendance is that I know who sits where during mass. Come, let's go to the back."

The church was small but the hallways through which the man was led did not seem to be constrained by the space that the structure occupied, as if different laws of space applied within the temple. He could see small religious paintings decorating the walls.

They reached a set of closed doors and the priest opened one and invited him in. It was the first time that he had taken him to what appeared to be his office.

During their talks, they would speak about his loss, and about God, and about divine omnipotence.

"You have been living out there for some months now," said the priest walking pass the big mahogany desk and pointing towards a chair for the man to sit on while he occupied the one behind the desk. "Why don't you come live into town? You will still be close to... them," he finally said. "If that is what you wish. And I believe that you will find that the townsfolk can help you in your grief."

The man was looking at the different things that the priest had on his desk, from scattered papers to what seemed like religiously themed magazines and books. He looked up.

"I can't see myself living amongst people anymore," he replied. "I feel more connection with my wife and daughter where I am now."

"I see," said the priest, reclining in his chair. The man could see that he was becoming pensive, which meant that a probing question was coming. "Loss is a burden that life gives us, said the priest looking towards the ceiling in his reclined position. Both are indivisible, as there is no life without death and vice versa. It is therefore not only a human emotion, as animals also experience loss, albeit to a lesser degree, I imagine. All living things have to become acquainted with that feeling. Maybe even plants do, in their own way. Yet, it seems to be solely our human nature to blame ourselves when we lose someone, even when, in most cases, we do not have the power to intercede."

The priest opened a drawer and produced a very elaborate wine decanter and set it on the table. He pulled the stopper and was about to reach for two wine glasses when the man stopped him. "Not for me, thank you."

The priest seemed to hesitate whether to put the decanter away or pour himself some. He finally opted for putting it away.

"It is during those times of grief," he continued, "that having someone, helps. Darkness can disorient, and what you experienced has placed you in an abyss that I understand is very difficult to traverse. But one does not get out of such a place alone. Without a community, man becomes disconnected from his own humanity." The priest stopped and moved forward in his seat, placing his arms on the desk. The man was looking up, to a big painting behind the priest of a dove with its wings extended, as if about to land on the viewer. "What I'm trying to get at, the priest continued, is whether you may not be, rather, punishing yourself?"

The man lowered his gaze to meet the priest's eyes. "I know that it was not my fault. I know that being in that train with them would not have changed anything. I know..." his voice cracked.

The priest moved closer to the man and tried to hold his arm, but he couldn't reach it, so he placed his hand near him on the table, as if he was pointing to something there. "Your burden is not yours. People think that loss is their own personal calamity, but it isn't. Loss is a daily occurrence, and

it is a shared calamity suffered by countless people. You will not bring them back by making it as hard as possible on yourself. There is no debt that needs to be repaid with your pain or with your death. How can you not see that!" The priest raised his voice. "You act as if by extricating yourself from the world you will not have to abide by its laws, but you do, and you will."

"With all due respect, father, you have not lost a wife and a daughter, full stop. Are you going to tell me not to worry because I will see them in another life? That they are looking down at me now and are sad because I cannot fathom the thought of living without them?" The man raised his arms. "Your claims are smoke, he said. You transact in dead currency."

The priest shifted uncomfortably in his seat.

"Well," he said. "At least you have started to externalize your anger, instead of taking it out on yourself. I will continue to pray so that God helps you and makes you realize that your pain is not your own. But you have to want it to be so, until then it will continue to fester and eat at you. Your insides need light, too. What was that thing that Nietzsche said? Open the windows, we need fresh air? Well, you need to open the windows to your soul, son. That is if you want to live the life that you deserve to live, that Clara and Stephanie would have wanted you to live".

The man stiffened. "Do not say their names, he said, a rage rising now in his voice. Do not. Quote whoever you want and say whatever you want, but do not utter their names."

"Sorry," the priest said. Silence fell.

The man was the first one to break the silence: "I never thought a priest would quote Nietzsche."

The priest smiled. "Well, do you know that he was going to be a priest? I think that if one is born with a, let's say, heightened spiritual sense, then that means that priesthood runs in your veins, regardless of your life choices. Nietzsche studied to be a priest and in fact he was less atheistic than commonly thought. He never claimed that God didn't exist, he just informed everyone of what had actually taken place: that we, with our need to rationalize everything, had killed him. But anyone who knows anything about the nature of the divine surely knows that you cannot kill that which gave all life, that which even in death, lives. Maybe that is why he went insane, Nietzsche I mean. Maybe he realized that his work was that of a man who could see but chose to close his eyes."

The man thought this over, but before he could say anything, the priest spoke again. "I have mass now; you are welcome to stay. You will find that the community here will receive you with open arms, if you let them. Maybe you will see that the burden becomes lighter when you are not trying to lift the world just on your shoulders."

The man got up. "Thank you, father," he said. "But I must be going."

Summer. The sun reigns king above him in

a cloudless, blue sky elongate to the edges of the world. His shadow falling over the names of his wife and daughter, he turns around and walks back towards his shack in the promontory overseeing the plains. A pilgrimage repeated often, all the history of mankind there.

The man stands in front of his dilapidated shack, the silhouette of what was his shelter no longer in view, corrugated metal planks laying like victims of a crime on the ground. What little he owned now torn and burnt. He lifts the planks in search for the sole photo of them he had but cannot find it. All that he now possesses are the faded old clothes he wears, clothes that seem to have only known the harshest of weathers. His long black hair fuses with his beard and his dishevelled figure reminds of the barbarians that once roamed this land.

He walks to the village and learns that the fire could be seen from there, but no one speaks as to the cause or the perpetrator. He is told that they could see the pyre right after sunrise and that it looked like something momentous was burning.

He searches for materials in the village, but he cannot find any and he sleeps several days out in the open. One morning someone gives him a sleeping bag and with it he begins to walk north, to the great mountains there, where he sleeps in caves while growing emaciated and weak. One night he hears the shrieks of what he thinks are wolves or coyotes, though he knows that there are none in this area.

Several nights later he hears the same noises and looks outside the cave and whether he is sick, mad, or dying he knows not but he sees the night lit with thousands of torches carried by barbarians mounted on horses insane and wild, and he is witness to a battlefield from primordial times, barbarians in thick animal furs that look like crazed animals imbued with human features, slaying other barbarians that when felled are buried into the mud so heavy are the pelts they wear, and when the battle ends and the defeated retreat, he collapses at the foot of the cave.

He is standing near railroad tracks, but they are not the ones he knows, for he is standing in an endless, dense forest. He begins to wonder where he is when he starts to hear a train coming in the distance, and he knows that the train has no brakes for he can hear the grinding sound of metal on metal becoming deafening, and as he is about to see what materializes over the hill, a gust of wind violently shakes the world and almost lifts him up. When he looks again he can see that it is not a train but rather a coroner's gurney somehow riding on the railroad tracks, like some giant conveyor belt of the deceased, and he knows that is it the same gurney that he did not want to see when they called him from the mortuary, and it has a corpse on it covered with a white sheet and as it passes in front of him he thinks that it will stop, like some kind of death package, but it continues on and he sees that the sheet is slowly sliding down, so that the face of the

corpse will soon be seen, and although the gurney is far away, he knows that when it falls and shows the corpse's face, he will go insane, but he cannot stop looking. And as the first strands of hair start becoming visible, the tracks turn into the forest and the gurney disappears. But in the irrational logic of the mythic he wonders why there was only one corpse for there should be two, and as if summoned by this thought, the man feels a presence behind him and is paralyzed by the threat of death, the reason why we don't scream when we die, for we are too terrified to muster any air, and he closes his eyes, but it is not enough for somehow he can still see, and he tries to bring up his hands to cover them, to pluck them out if necessary, but he cannot move and so he starts looking up at the sky, at the light in the sky for salvation as the presence is now in front of him, and he knows that it will grab him and take him with it and he wants to go up, up towards the heavens and the light in the sky, but he knows that it won't let him, and there is another thunderous gust of wind that seems to pull him up but then he is gripped by the coldest of hands.

He wakes startled to several strangers surrounding him, their faces forming a circle in the sky above him. The sun over them does not allow him to see their faces, so that they all look at first devoid of features.

"Are you ok?" a male voice asked.

"Where am I?" the man was covering his face from the sunlight.

"On the floor," another male replied. Chuckles.

They raise him and he looks at them. Three men wearing brown tunics and two older women wearing long, dark garbs and he thinks that they might all be gypsies, but he is not sure. "Who are you?" he finally asks.

"We are travellers, pilgrims, citizens of the entire world we are, and I have to tell you that although we have seen a lot of weird stuff, we have never seen a man half naked lying on the ground in such a fashion!" the younger man said, extending his arms apart, to show the man.

"And facing down! To the ground! How could you breathe?" one of the older women asked, grabbing him by the arm, as if to make sure that he was indeed a living creature.

"You looked like you had fallen from the sky and got plastered on the ground! Really a bizarre thing. We almost didn't approach, we thought that you were a corpse, and we don't want any problems with the law, we don't. We are just passing through, and don't want any trouble," the young man said.

The woman that had grabbed him now pulled him over to her. "Come with us, we have water and food at our camp. You need food in you."

The man felt the strong grip of the woman and tried to break free but realized that he did not have the energy to do so. It was then that he realized that he was not wearing a shirt. He could see his pelvis bone protruding at his waist and a cavity where his stomach should be. He could not remember

the last time that he had eaten. "Ok," the man said. "But I don't know if I can walk or make it very far."

"Don't worry," the younger man said, inserting himself under his other arm and wrapping his arm around his back. "We will help you."

The sun was starting to fall on the horizon by the time that they reached the camp. The man saw that it was formed by several tents surrounding a fire, and he could see a figure preparing food on a cauldron. He could smell meat and spices, and onions, and a hunger arose in him that almost toppled him over.

It wasn't until they had all reached the fire that the figure turned to him. She was also wearing dark garbs, but she had eyes the colour of caramel that illuminated her face and he could see the entire universe in them and he saw all that he ever wanted to be and all that he would ever be, and that was fine and that was enough, and why would anyone want more than that? She smiled at him, her long, dark hair blowing in the wind seemed made of materials of another world entire.

"Sara, we have found this man when we were coming back. Do we have enough food prepared?"

"Yes, mother," the woman said. "We do". She helped her mother sit the man down.

"This is my daughter," the old lady said. "Her name is Sara."

The man looked up at her, still feeling her touching his arm.

"John," he said. "My name is John."

They ate together and he had to force himself to stop looking at her and then he had to stop himself from eating, lest he explode.

They told him that they came from eastern lands and that they were nomads traveling north, for they liked to live simply like their forefathers had done, and their forefathers before them. John looked around and saw that they had a couple of donkeys as beasts of burden and several dogs wondering through the camp.

They were all eating around the fire and the men started talking about different adventures that they had lived through and situations where they thought that the weather would get the better of them. And he told them his story and how he didn't know how he had not died during the winter. They asked him about the shelter that he had built and when he told them that it was just planks held together by rope, they asked him if he had covered the structure with tarpaulins and when he said no, they all raised their arms in shock. "But what about the water!" one said. "What about the reflection of the sun! That thing must have been visible from a hundred miles!" said another.

And he told them about the barbarians that he saw and he told them that he didn't know if it had been a dream or a vision. They all stared at the fire in silence and when the silence was broken it was not the men who spoke but the old lady. "The land remembers," she said. "It has known battles the scale

of which we cannot fathom, for the history of man is one of violence and blood, and death. The barbarians that invaded this land so many centuries ago and died here are part of what makes this land so, just as much as those who died fighting much more recently. Their blood is part of the history of this land, and the history is past, but the land is present. What you saw is just as much part of the land as what you can see now, as what you can smell and taste." She turned to him and pointed towards the darkness that surrounded the camp. "But all this darkness is just a part of it. You are also part of the history of this land." She now turned and pointed towards the fire. "And this fire, this light, is part of the history of this land. It is our duty to carry it so that those lost in the darkness can find a way," she said.

"Do you want to come with us?" It was Sara now who spoke.

She looked at her. She had covered her head with part of the garb and was looking at him from across the fire.

He turned his gaze to the fire and thought about his life up to the accident, about the destroyed shack in which he had lived for almost two years, and about the priest, and thought about his memories of Clara and Stephanie, memories that he was shocked to realize were beginning to fade, and he thought about how the world was when they were here and how the world was now that they weren't. When he raised his eyes, they were in tears, and he saw that Sara was still looking at him. She got up and came over to him and wiped the tears from his eyes and held his face between her hands.

John could feel an enormous weight being lifted, as if by her holding him, she had decided to share the burden with him.

John smiled. "Ok," he said. "Ok."

Short Essay

STUDENTS + ALUMNI

1ST ARCHIPELGAL IDENTITY
FROM: HIROSHIMA - HONOLULU
Yuzuko Kitta

2ND THE PARADOX OF TOLERANCE
Kseniia Trifonova

2ND DOES TAKING THE VALUE OF PRIVACY
SERIOUSLY REQUIRE THAT WE BAN
TRADE IN PERSONAL DATA?
Catalina Tarrazo

FACULTY + STAFF

1ST KINGDOM OF THE SICK
Pallavi Aiyar

2ND ON CROSSING THE BOUNDARIES OF
HISTORY, GENDER, AND CULTURE IN
ARTHUR GOLDEN'S MEMOIRS OF A GEISHA
Iván Cuadra García

3RD FROM GUERNICA TO OKHTYRKA:
NARRATING CONFLICT FROM SPAIN TO
UKRAINE
Ibrahim Al-Marashi

ARCHIPELGAL IDENTITY FROM: HIROSHIMA - HONOLULU

Yuzuko Kitta ^{JAP}

*Dual Degree Bachelor in Business Administration
and International Relations*

From the mid-20th century in Japan, traditional Japanese values —arguably the result of Chinese influence— were met with “tet-sugaku”(哲学), or Western philosophy, as the United States spearheaded the economic restoration of Japanese society. Political economist Francis Fukuyama views the end of the Cold War as the end of a Hegelian dialectical game that has, since the end of the 21st century, pitted democratic capitalism against other forms of regimes, such as Japanese feudalism. He concludes that with the collapse of the Soviet Union, the dialectic had run its course and that when the time comes, democratic capitalism will be globalized¹. Fukuyama points out that “the time” could take place after a long time, perhaps even after centuries in some countries, and I agree with him.

Whether or not a truly independent Japanese philosophy exists is a question that has been posed by philosophers, like Michel Foucault who said: “regarding the memories of my first stay in Japan, I rather have a feeling of regret for having seen nothing and understood nothing. It absolutely does not mean that nothing had been shown to me. But, during and also after I went around to observe many things, I felt that I had not grasped anything. For me, from the point of view of technology, lifestyle, the appearance of social structure, Japan is a country extremely close to the Western world. And, at the same time, the inhabitants of this country seemed to me on all fronts much more mysterious compared to those of all the other countries of the world. What impressed me was this mixture of proximity and remoteness. And I couldn’t get any sharper impression.”²

Foucault’s posits through the observations from his time in Japan that Japanese philosophy lacks independence and is instead derived from a mixture of eastern and western philosophy. This is something that I personally relate to. I have always lived in the cleavage between the West and the East. I was born in Japan to Japanese parents, spent my kindergarten years in Hawaii where I was raised, and lived in Switzerland where I began my education at an international school. Finally, I moved to Singapore where I attended a French secondary school —which perhaps is somewhat allegorical of this cultural divide.

The separation between the West and East was very significant. My mother attended a single-sex religious school —a traditional school with the typical Japanese uniform— and wanted us to be

¹ Fukuyama, Francis. *The End of History and the Last Man*. Francis Fukuyama. New York: Perennial, 1992. 3-18. Print.

² Polac, C. ‘Michel Foucault et Le Zen.’ *Michel Foucault Et Le Zen: Un Séjour Dans Un Temple Zen Michel Foucault*. 1978. Web. 10 May 2021.

reminded that even though we lived abroad, our roots remained in Japan. She was a young mother who raised two children alone and is what we might consider a modern supermom. However, despite having adopted modernity in her adult life, a part of her still cherished her traditional upbringing. Hence, she made countless efforts to maintain our Japanese roots. My sister and I went to Japanese school after our normal school and on Saturdays as well. My mother made sure that we spoke Japanese with her in the household. Ironically, since I have lived abroad my whole life, the longest amount of time I have spent in Japan was in my mother’s womb. Furthermore, one can point out that I may look Japanese by western standards, although I share many western ideals. At my core, I am still truly Japanese, faithful to my country and captivated by it. I read Japanese literature, adore its culture, and I even live in a traditional Japanese house. Although I identify very strongly as Japanese, when I am in Japan people tend to think that I am either a 外人 (an outsider) or a ハーフ (someone of mixed race). Always standing on the fringes of society has proved to be a frustrating experience at times.

There is a correlation between Japanese philosophy and my cultural identity. Even though Japanese philosophy is not a sentient being, it personifies certain human elements of frustration and confusion, the same dichotomy that I am sensing in myself. Japanese philosophy and I are stuck in between two different worlds; the West and the East.

In considering “Japanese philosophy”, our first instinct is to think about the conception of Zen Buddhism. However, Buddhism was imported from China and Korea and it emerged in Japan around the 6th century³. Thus, such conception is only fair in line with the reality of philosophical practice as it has been found in Japan since the period in question. This does not mean that Buddhism and traditional thought have not had an impact on Japanese philosophy.

On the other hand, Western science and philosophy were introduced to Japan at the start of the Meiji era, when the country reopened to the outside world, ending the 200-year “closure period”⁴. Everything from the West was then incorporated into the nation of the Rising Sun’s new political, socioeconomic, cultural, and theological systems.

Nishi Amane (西岡), a Japanese philosopher during the Meiji era, helped to incorporate Western thought and philosophy into Japanese education⁵. He is most commonly known for introducing Rousseau’s Social contract⁶. Moreover, he also applied to bring the term “philosophy” to Japan in the early 1870s in order to express western thought and ideas. He translated it by using Chinese characters⁷ (which are also used in the Japanese alphabet and language) and Greek etymology of the word “philosophy” (study of wisdom), resulting in 哲学 (tetsugaku). This example exemplifies but also emphasizes Nishi’s prodigious productivity in the development of not only philosophical terms, but also the vocabulary required to provide a sufficiently formal synthesis of European thought in Japanese. He also translated and published⁸ a number of legal, philosophical and political science works, such as International Law (国際法) and an encyclopedia, the *Hyakugaku Renkan* (百学連環).

These findings culminated in the famous yet controversial declaration of Nakae Chōmin (中江兆民) (1847-1901): “Japanese Philosophy does not exist in Japan.”⁹ As a result, several Japanese scholars who belonged to the feudal clan system¹⁰ Like the Rokugo-shi clan (六郷氏) saw Nishi’s declaration as evidence of the complete absence of Japanese philosophy in their academic heritage prior to the Meiji Restoration of 1868.

Indeed, it could be interpreted that the Japanese rejected their own tradition of any philosophical character and considered themselves justified in asserting that European philosophy, characterized by its creative force and theoretical approach, could not find its equal in traditional¹¹ Japanese thought.

³ Saitō, Hishō. ‘Chapter IV - Chapter VI.’ *A History of Japan*. London: Routledge, 2011. Print.

⁴ Kazuhiko, Kasaya. *Bushidō: An Ethical and Spiritual Foundation in Japan*. Nippon.com. 11 June 2019. Web. 10 May 2021.

⁵ Havens, Thomas R. ‘Scholars and Politics in Nineteenth-Century Japan: The Case of Nishi Amane.’ *Modern Asian Studies* 2.4 (1968): 315-24. Print.

⁶ Kaufman-Osborn, Timothy V. *Rousseau in Kimono. Political Theory* 20.1 (1992): 53-85. Print.

⁷ Havens, Thomas R.H. *Nishi Amane and Modern Japanese Thought*. 44 (1971): 110-11. Print.

⁸ Havens, Thomas R. ‘Comte, Mill, and the Thought of Nishi Amane in Meiji Japan.’ *The Journal of Asian Studies* 27.2 (1968): 217-28. Print.

⁹ Dufourmont, Eddy. ‘Nakae Chomin and Buddhism.’ *International Inoue Enryō Research* (2013): 63-75. 2013. Web.

¹⁰ Minear, Richard H. ‘Nishi Amane and the Reception of Western Law in Japan.’ *Monumenta Nipponica* 28.2 (1973): 151-75. Print.

Nonetheless, I believe that this issue extends beyond that. We could always question whether there is a proper Japanese philosophy in Japan, since it has always been heavily influenced by the West. From the Meiji era when they re-opened their borders to the consequences of post-World War II with Pearl Harbour and the Hiroshima bomb. However, I would also consider the perspective that the Pearl Harbour attack and the retaliation-Hiroshima bomb has seen further emphasis of western influence that has consequently become a key element in Japan’s philosophy as a whole.

I spent most of my childhood in Honolulu on the island of Oahu where Pearl Harbor is located. In retrospect, I feel conflicted since I am still grappling between the East and the West. The geographical location of the Hawaiian Islands—midway between Japan and continental America—is almost symbolic of the struggle between eastern and western influence on myself.

On August 15, 1945, 70 million inhabitants of the Japanese archipelago turned on their radio. After the national anthem, Emperor Hirohito addressed them, recognizing the defeat of the Land of the Rising Sun. However, the Japanese citizens expected to hear the emperor “call them to national suicide”¹², as French journalist Robert Guillain said in his article ‘The Japanese Citizens and the War’. The loyal Japanese were ready to die in the name of their country. However, that was not the will of Hirohito, whose life was spared by Truman’s government. Japanese history was forever changed, after the emperor’s call, and as American troops prepared for landing, the Japanese poured “sincere tears of true patriotism”, while the country took on an impassive mask as they stoically acknowledged defeat.

One could point out that, from a western outlook, it could have been seen as a challenge to democratize the Japanese population and change the lifestyles forged by imperialism. Nonetheless, Douglas MacArthur¹³, the general in charge of Japan, took the time to understand Japanese culture in order to figure out what was best for them. MacArthur believed and had respect for Bushidō, the code of honor of the samurai. Bushidō is a Japanese word meaning “the way of the warrior.” The samurai were the warrior class who ruled feudal Japan for almost 700 years. Most samurai dedicated their lives to Bushidō¹⁴, a strict code that required loyalty and honor until death. If a samurai failed to keep his honor, he could regain it by committing the seppuku (ritual suicide), which we know better in the West under the term of “hara-kiri” or “the action of slaughtering one’s stomach.” The moral code covers all sorts of relationships between individuals and groups. Which is why the general let the Japanese citizens continue with their daily life not interfering as much since he believed in them. As a matter of fact, for centuries, the Bushidō had regulated conflicts between large powerful families¹⁵ in Japan, and by not respecting it would be considered a dishonor. When the American troops arrived several days after Japan’s defeat, to their immense surprise, they saw women and men who greeted them respectfully despite the backdrop of a country devastated by two atomic bombs. The American occupation lasted from 1945 to 1952—seven years during which the United States set itself the mission of demilitarizing¹⁶ and democratizing Japan.

One of the heavy consequences post-atomic bombs was the fact that Japan was met with a resource shortage. They had just lost 2.5 million people, not to mention its agriculture reduced to nothing and was destroyed up to 80%¹⁷. Food and other basic necessities were almost nowhere to be found. Other resources were in need for families whose fathers and sons died in war, and millions of survivors who saw their homes go up in smoke.

In the animated feature film *Grave of the Fireflies* (1988), Isao Takahata portrays with poignant realism the fate of Seita, a 14-year-old teenager, and her younger sister Setsuko in a Kobe, a city in the south of Japan destroyed by the bombing. Due to injuries and other

¹¹ Shun’ichi, Takayanagi, and Kuwabara Takeo. ‘Nakae Chomin No Kenkyū (Studies on Nakae Chomin).’ *Monumenta Nipponica* 22.3/4 (1967): 493-94. Print..

¹² Danton, George H., and Robert Guillain. ‘Le Peuple Japonais Et La Guerre.’ *Books Abroad* 22.4 (1948): 386-87. Print.

¹³ James, D. Clayton. *The Years of MacArthur*. Vol. 4. Boston: Houghton Mifflin, 1970. 282-83. Print

¹⁴ Daidoji, Yuzan, and Thomas Cleary. *The Code of the Samurai: A Modern Translation of the Bushido Shoshinshu of Taira Shigesuke*. Boston: Tuttle, 2000. 15-17. Print.

¹⁵ Kazuhiko, Kasaya. ‘Bushidō: An Ethical and Spiritual Foundation in Japan.’ Nippon.com. 11 June 2019. Web. 10 May 2021.

¹⁶ Williams, Justin. ‘American Democratization Policy for Occupied Japan: Correcting the Revisionist Version.’ *Pacific Historical Review* 57.2 (1988): 179-202. Print.

¹⁷ Rothman, Lily. ‘After The Bomb: Survivors of Hiroshima and Nagasaki Share Their Stories.’ Time. Time, 6 Aug. 2017. Web. 10 May 2021.

drastic consequences such as hunger, they eventually passed away. Setsuko died from exhaustion and Seita from starvation. When the film was released, some critics criticized the filmmaker for his miserabilism and a certain propensity for melodrama, but this overwhelming work reflected the sad reality of the archipelago hit by scarcity until 1948. It is estimated today that 1 million¹⁸ Japanese died of undernourishment during the period.

In a complicated and paradoxical fashion, the occupying Americans sometimes brought little comforts to the Japanese. Soldiers who distributed American sweets to children and gifts to women portrayed themselves in a good image. Soon after, little Japanese boys no longer made samurai helmets folded in “origamis”, but American soldier helmets that they proudly displayed. Little by little, Coca-Cola appeared in bars, even if Japan was still far from the American way of life¹⁹ which mainly developed in the 1950s.

The influence of the occupants was also felt in the health sector. Japan was far behind in the health sector. The Americans organized vaccination²⁰ campaigns, quarantines to limit the spread of diseases and in a few months, the population saw certain epidemics disappear as François Kersaudy mentioned.

Thus, for these reasons we can say that the occupation was not so badly lived, and that the westernization of Japan affirmed its position. Furthermore, by abiding by the “bushido” the Japanese did not protest and even willingly deferred to the country that defeated them. In addition, the Japanese were also humiliated, traumatized and felt responsible for many crimes during the imperialism era, which they felt compelled to change for the best —the most viable solution being to accept the occupation and adopt western values.

After my upbringings and how the Hiroshima bomb and the westernization of Japan has impacted my history and philosophy, we can observe an irony in the narrative. The only answer to that question is the fact that the irony of modernity will always remain in the narrative of history.

As for my reconciliation of my understanding of Japanese philosophy, it could be argued that the war between the United States and Japan involved a clash of civilizations. Civilization identity²¹ will become highly relevant in the future, as Samuel Huntington predicted. The author of *Clash of Civilizations* considers Japan to be its own civilization and culture. Japan has carved a unique position for itself as an impartial mediator between the West and the East: it has adopted certain aspects of the West but evidently remains a part of the East.

¹⁸ Ito, Masami. ‘Isao Takahata’s Stark World of Reality.’ *The Japan Times*. 12 Sept. 2015. Web. 10 May 2021.

¹⁹ Morris-Suzuki, Tessa, and Takurō Seiyama. *Japanese Capitalism since 1945: Critical Perspectives*. London: Routledge, 2016. 28-104. Print.

²⁰ Danton, George H., and Robert Guillain. ‘Le Peuple Japonais Et La Guerre.’ *Books Abroad* 22.4 (1948): 386-87. Print.

²¹ Huntington, Samuel P. *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. London: Penguin, 2014. 183-98. Print.

THE PARADOX OF TOLERANCE

Kseniia Trifonova ^{RUS}

Bachelor in International Relations

Case Study: Alternative für Deutschland (AfD) Party in Germany

INTRODUCTION

According to the Cambridge Dictionary, tolerance is the “willingness to accept behavior and beliefs that are different from your own, although you might not agree with or approve of them.”

As any other phenomenon, tolerance is a controversial topic having its own ups and downs making it a compelling and worthy subject of study. Moreover, it allows one to dive into the complexity of the modern globalized world as well as study cultural, social and political diversity.

This work is concentrated around the so-called paradox of tolerance as its core idea. It states that a tolerant society should have the right not to tolerate intolerant, otherwise, it would destroy itself. Though acknowledging the value of free speech and pluralism of opinions, it is significant to regulate the “marketplace of ideas” to a certain level. The main question arising from this is as follows: to what extent should society tolerate potentially “dangerous” ideas in order to keep in balance freedom and safety?

The first part of the paper is devoted to studying the theoretical background behind the paradox of tolerance. The initial source taken into consideration is a book by Karl Popper *The Open Society and Its Enemies* in which the term was introduced for the first time. Later it was studied in such works as *A Theory of Justice* by John Rawls which I would also mention later on. Additionally, I will link the paradox of tolerance to the study of John Stuart Mill *On Liberty* where the scholar introduces the famous “marketplace of ideas” and the “harm principle.” Though the paradox itself was formulated long after the work of Mill, it was interesting for me to elaborate on the possible occasional limits of freedom the scholar sets despite being one of the major advocates for individual freedom in human history. The theoretical framework developed in this section of the work, provided me with the possibility to analyse the case study which is described in the second part. The case taken is concentrated around the activity of a far-right anti-immigration German political party, namely Alternative für Deutschland (AfD), and the official reaction of its actions. From my point of view, the case of AfD clearly demonstrates that in a tolerant democratic society such as Germany, it is possible to maintain the diversity of the political spectrum without threatening the security and

safety existing in the country. Lastly, I provide the reflections gathered from the research and consider broader implications of the theory.

Learning about the topic seemed very insightful and thought-provoking to me which I strived to reflect in the paper and I hope you will enjoy reading it as much as I did.

THEORETICAL BACKGROUND: THE PARADOX OF TOLERANCE

The first and most important academic source I would like to take into consideration is a book *The Open Society and Its Enemies* (published in two volumes: 'The Spell of Plato' and 'The High Tide of Prophecy: Hegel, Marx, and the Aftermath') by Karl Popper. The book relates to the field of philosophical political science and advocates for the establishment of an open society based on such values as individuality, humanitarianism, and universalism within the context of liberal democracy. It was written during World War II and first published by Routledge in 1945. The name itself provides readers with the understanding of its essence: "open society" expresses the ideals of the author while "enemies" represent those who Popper argues with, namely Plato, Hegel, and Marx. The mentioned "opponents" are chosen for a variety of reasons. Popper acknowledges their place among the most influential thinkers in Western history, making an emphasis on them building a comprehensive philosophical theory to describe how the world around them worked. However, most importantly, he considers them "enemies" of his ideal open society, directly arguing their perspectives about the benefits of a strong authoritarian state.

Not desiring to fall into a trap of simply describing the book, I would like to devote my research to one specific term introduced in the work, namely the paradox of tolerance. This term appears in *The Open Society and Its Enemies* as a note to Chapter 7 (first volume) where the author devotes his attention to discussing concepts by Plato on "benevolent despotism".

"Less well known is the paradox of tolerance: Unlimited tolerance must lead to the disappearance of tolerance. If we extend unlimited tolerance even to those who are intolerant, if we are not prepared to defend a tolerant society against the onslaught of the intolerant, then the tolerant will be destroyed, and tolerance with them. —In this formulation, I do not imply, for instance, that we should always suppress the utterance of intolerant philosophies; as long as we can counter them by rational argument and keep them in check by public opinion, suppression would certainly be most unwise. But we should claim the right to suppress them, if necessary, even by force; for it may easily turn out that they are not prepared to meet us on the level of rational argument, but begin by denouncing all argument; they may forbid their followers to listen to rational argument, because it is deceptive, and teach them to answer arguments by the use of their fists or pistols. We should therefore claim, in the name of tolerance, the right not to tolerate the intolerant. We should claim that any movement preaching intolerance places itself outside the law and we should consider incitement to intolerance and persecution as criminal, in the same way as we should consider incitement to murder, or to kidnapping, or to the revival of the slave trade, as criminal."

The given citation explains that unlimited tolerance would eventually lead to intolerance, in other words, if the tolerant society would tolerate the intolerant, then it would eventually destroy itself. The society should keep the right to suppress those who stand against the concept of tolerance but only in case they are not ready for discussion on the level of "rational argument" and remain standing for their position with violent determination. On such occasions, even force may be applied to those considered a threat to the "open society".

Another bright scholar, namely John Rawls, in his work *A Theory of Justice* (1971) provides the argument in favor of tolerating intolerant in the society pointing out that, otherwise, the community will become

unjust. Nevertheless, he still allows that some circumstances are exceptional for this desired pattern.

"While an intolerant sect does not itself have title to complain of intolerance, its freedom should be restricted only when the tolerant sincerely and with reason believe that their own security and that of the institutions of liberty are in danger."

While doing research on the concept of the paradox of tolerance, I came to the conclusion that it strongly reminds me of the ideas proposed by John Stuart Mill in *On Liberty* (1859). Though the author did not address the term "tolerance" specifically, in my humble opinion, it is worth mentioning him here. Mill strongly favored the so-called "marketplace of ideas" –from his point of view, the only way to find truth. "Silencing an opinion is robbing the human race" is a quote reflecting Mill's position on censorship. Moreover, he also considered that silencing does not only deprive the society of finding truth or getting a clearer perspective on it (in case the presented knowledge is wrong) but also highlighted the political and social consequences such as tyranny of the government or the majority. However, despite being the main advocate of individual freedom, John Stuart Mill was the very scholar introducing the famous "harm principle" in his already mentioned book. According to Mill, there is one justification for the suppression of freedom: one's actions can be limited in case of them harming other individuals. On such an occasion, the decision will be made in favor of the good of the many by preventing one from exercising their freedom.

In this section we received a glimpse of understanding of the core concept which will be used as the theoretical framework for discussing the case study further –the paradox of tolerance. Concluding, I find it important to make an emphasis on the fact that though all the mentioned scholars can rightfully be named the protectors of freedom, all three of them acknowledge some limits to tolerance and liberty. This discourse raises the question of balance within the society which should be kept for its "open" and prosperous functioning.

Case Study: Alternative für Deutschland (AfD) Party in Germany

The ideas of nationalism and racist supremacy were one of the biggest problems in the past, and, unfortunately, do not fade away nowadays. Even with all the horrors of the Nazi Party in Germany during the last century, nationalist and white supremacy movements continue to be present in Europe. Though not all of them expose their true ideas and values directly, they can be characterized by the appeal to the European economic and cultural heritages forming national identities which, according to them, are endangered by immigrants and ethnic/ religious minorities. Nazism is not always claimed to be the core ideology, however, tools similar to those used by the Nazis to picture Jews are applied to describe migrants till this day. The narrative on such occasions is highly populist which helps such parties to attract attention and appeal to emotions especially in times of economic crisis and other forms of instability. Therefore, such democratic values as multiculturalism and diversity are attacked, raising the controversial question: should Western democratic societies tolerate political parties and organizations standing for intolerance as their essential value?

Further I would like to discuss an example of such a party, namely Alternative for Germany (Alternative für Deutschland or AfD). The party was founded in 2013 in Germany by Bernd Lucke, Alexander Gauland and Konrad Adam, and co-chaired by Tino Chrupalla and Alice Weidel. Initially considering itself a conservative party with a mild Eurosceptic approach, it soon moved towards the far-right wing of ethno-nationalism in a populist and radicalized manner. Despite not being linked to evident acts of violence, the party's ideology and values are highly debatable. AfD is best known for its anti-immigration position, attacks on the Jewish community, and Euroscepticism (the last

tenet remained firm even after the radicalization of the party). In the 2016 Manifesto the party claims that “Islam does not belong to Germany” and directly accuses Muslim migrants of worsening the quality of life in Germany. Moreover, AfD also targets the Jewish part of the population and calls for the dramatic change of existing German policy towards the Holocaust.

In 2015 Bernd Lucke decided to resign from his position in AfD considering the narrative of the party xenophobic. The leadership was taken by Frauke Petry soon after being best known for claims that German police should “if necessary” shoot those trying to cross the German border illegally.

The popularity of the party was gained by promising to “defend” countries against foreign non-European influence and mainly relied on the German average working class. In September 2017 the Alternative for Germany became the third largest party in the German parliament taking 92 of 631 seats. The next year former German Chancellor Angela Merkel signed an agreement on cooperation between Christian Democrats party and Social Democrats resulting in AfD becoming the main political opposition. The same year Merkel stated her position on the topic of migration naming the majority of refugees victims of the political events. “Escape and expulsion are part of our German and European history” - she said addressing the issue.

In March 2020 Germany’s intelligence service (Bundesamt für Verfassungsschutz or BfV) commenced investigating AfD for promoting extremism. Their precise attention was devoted to the Flügel (“wing”) –a fraction of AfD connected to far-right extremists, and neo-Nazis. The Administrative Court of Cologne allowed BfV to put Flügel under surveillance presuming tracking personal data, including phone calls. Soon the decision by the executive department of AfD to dismiss Flügel was made, believing that the group would bring further scrutiny on the party as a whole.

In the last parliamentary elections, the party lost 11 seats from the gains of 2017 weakening its position in the German opposition. As of March 2020, AfD counts 35 000 members across the country and continues to be active on such social media platforms as Instagram, YouTube, Facebook, and Twitter.

Following the official governmental reaction on the activity of the party, we can see the balancing between favoring pluralism and diversity of opinions in the representative branch of power, and controlling AfD’s activity via governmental structures. The addressed issue is representative of the phenomenon of the paradox of tolerance while the policy of the German government is a great example of balancing freedom and public security.

CONCLUSION

In conclusion, I would like once more to refer to my argument stating that it is necessary to accurately balance between allowing freedom of speech and action in regard to the political spectrum, and building some boundaries to maintain order and public safety. In my opinion, the German governmental surveillance over Alternative for Germany showcases a great example of how authorities of the state can keep the activity of a highly questionable political party under control while allowing the representation of various opinions. Regulations of such nature do not simply prohibit the party from operating but make it less radicalised (it is important to remember that AfD was not involved in any violent activity so far) and provide argumentative critique of its ideals via legal means. From my point of view, this may be called the most effective way of regulation which in the future is unlikely to lead to mass support of the given party.

As for the further implications of the theory, I believe it may be interesting to study a more negative case within the context of the paradox of tolerance. The rise of totalitarian states under the leader-

ships of Adolf Hitler or Benito Mussolini could serve as very insightful examples of tolerating intolerance and its dreadful consequences. It is explicitly important to remember that prosperity and stability can be gained only via the balancing approach while the policy of all-permissiveness and total lack of barriers, though seeming attractive at the first glance, will eventually lead to the radicalization of society and inevitable crash of democratic values.

BIBLIOGRAPHY

- AFD. Alternative für Deutschland. (n.d.). <https://www.afd.de/>
Alternative für Deutschland. Counter Extremism Project. (n.d.-a). <https://www.counterextremism.com/supremacy/alternative-fur-deutschland>
- European Ethno-Nationalist and White Supremacy Groups*. Counter Extremism Project. (n.d.). <https://www.counterextremism.com/content/european-ethno-nationalist-and-white-supremacy-groups>
- McCrum, R. (2016, September 26). *The 100 best nonfiction books: No 35 –The open society and its enemies by Karl Popper (1945)*. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/books/2016/sep/26/100-best-nonfiction-books-karl-popper-open-society-its-enemies>
- Mill, J. S. (1998). *On liberty and other essays*. Oxford University Press, USA.
- Plamenatz, J. (1952). ‘The Open Society and Its Enemies’ [Review of *The Open Society and Its Enemies*, by K. R. Popper]. *The British Journal of Sociology*, 3(3), 264–273. <https://doi.org/10.2307/586813>
- Popper, K. R. (2008). *The Open Society and its enemies*. Routledge.
- Rawls, J. (1999). *A theory of justice*. Belknap Press of Harvard University Press.
- Tolerance*. Cambridge Dictionary. (n.d.). <https://dictionary.cambridge.org/dictionary/english/tolerance>

DOES TAKING THE VALUE OF PRIVACY SERIOUSLY REQUIRE THAT WE BAN TRADE IN PERSONAL DATA?

Catalina Tarrazo *DOM & SPA*

Dual Degree Bachelor in Business Administration and International Relations

There is no denying the power that tech companies wield. As Véliz explains, “there is power in knowing, and knowledge in power.” And who knows more about us than our dearest, intimate friends –Google, Instagram, Tik Tok, and Whatsapp? By allowing them to control and possess our data, we have shifted the balance of power in favor of tech companies. Véliz warns us against this imbalance in power and explains how through both soft and hard power, tech companies are able to influence our behaviors. The end result is a *big brother world* as put forth by George Orwell in 1984, one where we have surrendered the power that privacy grants us, which is ultimately necessary for democracy. This conclusion leads Véliz to make a call for the ban of trade in personal data. Still, this essay will argue that her proposed solution is not feasible. Instead, we need to work towards a comprehensive framework that regulates and guides big data and tech companies toward a future where they benefit society instead of harming it. We must demand a future where emerging technologies serve to advance liberal democracy, and not undermine it.

To explore the reasons why simply banning personal trade data is undermining and ineffective in attempting to shift the power back to us, this essay is going to follow Véliz’s train of thought. Let’s go back to his own words, where he puts forth the idea of privacy as collective and states that ‘no individual has the moral authority to sell their data’ (Véliz, 2020) for two reasons. Primarily, privacy is collective because first, personal data is not yours, because personal data contains the data of others. In other words, you share data, so it is never really personal because, in an interconnected world wide web, you are a node connected to another node. Secondly, the consequences of privacy leaks are not suffered on an individual level, but rather, collectively. For Véliz, this fact leads him to conclude that taking the value of privacy requires we ban trade in personal data. The problem with this conclusion is that it is too naive because trade in personal data is here to stay, and what we must do instead is find our way around it.

To illustrate this, let us think of other things that meet her crite-

ria of collective... Our oceans are collective. It doesn’t matter if someone owns a beach in remote New Zealand and claims it to be personal, if they pollute it, the pollution won’t be contained within the imaginary boundaries of the supposedly personal beach, because in the end, like privacy, the ocean is shared. Also, the consequences of polluting the oceans, for instance, rising sea levels, are not felt individually. Like data, they are felt collectively. The atmosphere, fisheries, forests, and a myriad of other things fit Véliz’s definition of collective.

We can take the most notorious of the above examples, the atmosphere, and look at it through Véliz’s lens in a way that is analogous to privacy. Following her line of thought, analogous to how he states that the solution for a privacy-less world is to ban trade in personal data, the solution for climate change then should be to stop burning fossil fuels or ban the meat industry, the two most infamous culprits in the production of greenhouse gasses that lead to global warming. These are unrealistic goals. The burning of fossil fuels is still the cheapest way to warm homes and provide energy for billions of people and meat is still a reliable source of protein for many. Additionally, how have we done so far in banning the plastic industry from polluting the oceans? The answer is we have not been able to stop its production. But the point I am trying to make is not that we are doomed, but that by looking at our past, and current reality, we can see that the answer is never to ban something completely, it is just never that simple. If we completely ban the emission of greenhouse gasses, the world would experience upheaval. Likewise, tech giants can’t decide that they will completely ban personal data trade without affecting millions of lives and communication among us.

Personal data is not only the place from which tech giants’ power stems, but it is also the very foundation of the tech industry. It is part of their core operations, it is an integral part of their business model. Just like burning fossil fuels is for transportation. Just like using plastic is for the health care industry. Trade in personal data is here to stay. And though indeed, in an ideal world, we would follow Véliz’s premise and simply go ahead and ban personal data, the production of plastic, and greenhouse gas emissions, we don’t live in an ideal world. To regulate big data, just like protecting our atmosphere and oceans, is one of our generation’s big challenges, and there is no reason why we shouldn’t succeed in doing so. Generations before us have succeeded in regulating the emerging industries of their times. The answer that lies in our history has never been to simply ban the things that can pose a challenge to our democracies and to life as we know it. More often than not, these very same things that hold the power to disrupt our world for the worse also have the power to disrupt it for the best. It lies in our hands to find balance in this new world order driven by big data.

In a sense, Véliz has a solid point. Banning the trade of personal data would eliminate the threat of losing our privacy and our freedom to tech giants and stop the manipulation of our psyches. The 1987 international ban on ozone-depleting chemicals in aerosols, CFCs, proved to be effective in halting the depletion of the ozone layer. This ban not only put a stop to its depletion, but the ozone layer is also actually recovering and is expected to be fully recovered in four more decades. Unfortunately, total banning is not possible in all situations. Just like the banning of plastic is not yet a feasible solution, the banning of trade in personal data could disrupt the communication system altogether, and might even affect democracy by limiting information and preventing access to multiple perspectives on imperative social issues. Further, this essay does not argue that personal data trade and greenhouse gasses should not eventually stop. Indeed, these are not sustainable. But to stop it, we mustn’t ban it. We must pave through a framework that, if successful, will become a self-fulfilling prophecy that will make it more profitable for tech companies to shift towards policies of privacy and data protection.

To fight the scary, authoritarian future Véliz warns us against, we must strive towards a comprehensive and regulatory framework that surrounds the act of trading personal data, not ban it altogether. Let's go back to our climate change analogy, and let us get more specific. Think about the car industry that is on track toward a sustainable future where electric cars are seemingly dominating. How did we get here? Certainly, it was not by banning gas cars altogether. Instead, it was successfully implementing regulations, laws, policies, innovations, and incentives that allowed the car industry to develop more eco-friendly technologies. And that is the same strategy we must use in the face of personal data. Yes, we must shift the balance of power back to us, because the only way democracy will prevail is if the power is vested in the people and not tech giants. It is up to our generation to establish the comprehensive framework that is imperative if we are to coexist with big data. If you look around, you can see that the fight has already begun. Most prominently, the GDPR in the EU is aiming toward data and privacy protection; though not perfect, it is a step in the right direction. And these are the steps we must continue to take.

FACULTY + STAFF

KINGDOM OF THE SICK

Pallavi Aiyar ^{IND}

Professor of Communication and Digital Media

BREAST CANCER AND ME

I swapped passports recently. No, I haven't decided to get Spanish citizenship. It's the passport Susan Sontag talked about. The one to the kingdom of the sick.

I remember reading Sontag's *Illness as Metaphor* as a pretentious teenager. I was probably puffing on a cigarette as I read, glowing with youth, oblivious, unmarked.

"Everyone who is born holds dual citizenship, in the kingdom of the well and in the kingdom of the sick," wrote Sontag. "Although we all prefer to use only the good passport, sooner or later each of us is obliged, at least for a spell, to identify ourselves as citizens of that other place."

So, it has come. The switching of the passports. It is something wholly internal. On the outside everything is exactly as it was the moment before your diagnosis. But in a slow blink, you step into this other world where you no longer have plans, but hospital appointments.

I felt a lump in my left breast in early August. It is difficult to find the word to describe that instant. Ricochet, maybe? There was the echo of an infinite array of women, who had all lived this moment, this touch, this gasp. There was recognition in the heartbeat when my fingers touched the skin, and it was unyielding.

A week later, I was on a biopsy table, and a week after that, was definitively diagnosed as hosting a carcinoma in my mammary. The worst of it was probably the two days immediately following the news that I needed a biopsy because of the "highly suspicious," mass that the mammogram had detected. I cried a lot. I imagined the *worst*.

If I am honest there was some pleasure to be had in those moments of wallowing. Imagining other people's eulogies about you is quite flattering. Or at least, it was in my imagination. "She was such a lovely person...great writer...good friend..." etc.

I suppose the reason for my overwrought reaction is the talismanic nature of cancer. It is not an illness as much as a metaphor for life's deadly fragility. The weight of the word in the mouth, conjures up bald heads and painful thinness and funerals.

But in the weeks that have followed, I feel the unwriterly need to reject metaphors. To name things for what they are. Ducts and tumours and cells and lesions; facts, not fear. I am not "fighting" cancer, because it is not a war. I am not "surviving" it, at least no

more than every human alive is “surviving” life, the only certainty of which is death.

Sontag wrote of cancer, “it’s not so much a disease of time as a pathology of space. Its principal metaphors refer to topography, (cancer “spreads” or “proliferates” or is “diffused”; tumors are surgically “excised”), and its most dreaded consequence, short of death, is the mutilation or amputation of part of the body. Cancer is notorious for attacking parts of the body (colon, bladder, rectum, breast, cervix, prostate, testicles) that are embarrassing to acknowledge. Having a tumor generally arouses some feelings of shame.”

I’m lucky to have been diagnosed decades after Sontag wrote this, when some of the tragic mystery that once infused the disease has been replaced by histopathology and gene-analysis. I have not felt any shame in being tumorous. But I have felt guilt.

I feel guilty telling others, because it makes them sad, or panicky. Family has their own moments of wallowing in worst-case scenarios. Friends feel sympathy yes, but also dread. If it could happen to Pallavi, they think, it could happen to me. Women silently add “get a mammography” to their mental to-do lists.

And then there is the fact that I am naturally a transparent person (this post being a case in point). When someone asks me, “how are things?” I reply, “fine, thanks,” because really neither the doorman at the nearby coffee shop, nor I, want an involved conversation about carcinomas. But it feels disingenuous. A lie. I am not “fine.” I have cancer. The thought balloons up within me sometimes and chokes me with the need to protest the fakeness, when I have to present myself –in my writings or to a new acquaintance– as someone untouched by diagnoses and treatments.

But also, when it comes to those who do know, I often desire to discuss anything at all, except my cancer. The tumour recedes to a corner of my consciousness, when I’m enjoying Madrid’s fall weather, or debating Putin’s next moves, or biting into a truly exceptional baklava. Ask me what I’m writing about, not about cancer, I want to tell the overly solicitous.

The edifice of modern medicine is pacifying. The hospital I go to is a private facility that specialized in cancer treatment. It reminds me somewhat of a small airport terminal. The registration front desk, down to the uniforms of the staff, is reminiscent of flight check-in. The nurses are like air hostesses, asking you take a seat, and the doctors are like pilots telling you, not to worry, it’s just a bit of turbulence.

The place is always teeming. So many people with cancer: high society women and taciturn teenagers, the disoriented elderly and the tech bros who never seem to stop taking calls even as they are being wheeled away. Cancer patients are not a demographic, they are a microcosm of society.

These last few weeks, I’ve discovered just how cancerous the world is. Not a single person that I’ve shared my diagnosis with, has failed to tell me about an aunt, or mother, or best friend with the same disease. Others are “survivors” themselves, although I hadn’t known it.

It’s a pandemic, someone said to me. And indeed, one in seven women in the EU develop breast cancer at some point in their life.

During my initial meetings with doctors and technicians, I was always asked the same, odd-seeming, questions. The age that I got my period. The age that I had my first child. (This second question caused some unintended hilarity on the grounds of my imperfect Spanish. I thought I was being asked the age of my first child, rather than the age I gave birth to him. When I replied, “13,” it caused a little

consternation until everyone figured out the miscommunication. Levity is always welcome in cancer.)

It turns out that getting your period before the age of 12 and having your first child after the age of 30 are both risk factors in developing breast cancer.¹ Who knew? I didn’t. Or maybe I did and had just filtered it out. There is only so much risk we can be alive to, in order to behave like we are living instead of dying –both of which happen to be true.

My prognosis has taken time in becoming clear, but in essence I am luckier than some, and unluckier than others. My cancer has not metastasized, but it is invasive. However, it is a type of invasive that responds well to treatment. They may even “cure” it, although that’s not a cancer word that most would use with confidence. Us tumour-carriers have treatment plans and survivorship (yuck) pathways.

But even if not “cured,” in the sense that we foolishly feel a cough is –that is until the next time it recurs– the knowledge of cancer, at least for me, has been absorbed into the body. It is no longer so granular, so present, so poky –but more diffused, like salt mixing with water.

I think I am lucky, because the one question that has never occurred to me regarding the diagnosis, despite being a 46-year-old woman in reasonable health, is, “Why me?” Because the real question is, “Why not me?”

¹It is estimated that women having their first child when aged under 18 years have only about one-third the breast cancer risk of those whose first birth is delayed until the age of 35 years or more.

ON CROSSING THE BOUNDARIES OF HISTORY, GENDER, AND CULTURE IN ARTHUR GOLDEN'S MEMOIRS OF A GEISHA

Iván Cuadra García ^{SPA}

Scholarships Coordinator, IE Foundation

“There must have been many misunderstandings about your book before people read it.”, to what Golden replies, “All the time. All the time.”

— The John Adams Institute

Artists trained in traditional Japanese art forms such as dance and music, geisha are chief images of the Japanese culture for Westerners—even as the geisha tradition has virtually disappeared. A long story of fetishization ensued by Western writers has created a Western construct of the geisha as an erotic and exotic embodiment of a doll-like type of oriental femininity. So when the novel *Memoirs of a Geisha* by the American writer Arthur Golden was published in 1997, a book that showed a more personal and intricate image of geisha than of its precedents, scholars and journalist alike assumed that the novel followed this long-standing Western tradition. However, criticism took a different turn this time; instead of scrutinizing the work, it turned and looked at the author.

While the public reception of Golden's novel was fantastic as it became an instant bestseller and received acclaim worldwide, critics and journalists were concerned about the boundaries that Golden had to cross to write the novel. A year after the novel's publication, Dinitia Smith mentioned in *The New York Times* that to “write *Memoirs of a Geisha*, the fictional reminiscences of a geisha in Kyoto during the 1930's and 40's, Arthur Golden, a 42-year-old father of two, and an American at that, had to cross the three great boundaries, gender, nationality and history”.

Moreover, in 1999, The John Adams Institute, an independent podium for American culture in the Netherlands, invited Golden for a discussion on *Memoirs of a Geisha*. In this discussion, Golden was asked the following by the moderator, Anja Meulenbelt: “He is writing in the first person, but he is three times removed from the actual person in the book. First, because he is a westerner writing about Japanese culture [...]. The second is that he is writing as a man about a woman [...] and there is the difference in time because he is writing

about a time that obviously he has not lived in himself. So my question is [...]: How dare you?” (The John Adams Institute Rec., 8:17-8:53)

Meulenbelt's question suggests that she condemns the author for appropriating gender and culture, and not being contemporaneous with the novel. By pointing out that Golden crossed those boundaries, scholars have questioned the authenticity of the book and, through this questioning, have accused it of being Orientalist.

Contrary to these beliefs, this paper aims to theoretically support that Arthur Golden's identity should not be seen as a restraint for his portrayal of the geisha culture, and much less shape the criticism against *Memoirs of a Geisha*. The bottom line is that to analyze *Memoirs of a Geisha*, Golden's age, gender, and ethnicity only impose limits. Thus, Golden's identity should not be inherently problematic because the text should speak for itself.

Firstly, before explaining why Golden's identity should not be a cause for literary restraint, the notion of crossing boundaries needs to be discussed. This notion is limiting because it presents bias by bringing the author's identity to the surface. In ‘The Death of the Author’, Roland Barthes mentions that writing and writer are and should be unrelated because to “give a text an Author is to impose a limit on that text, to furnish it with a final signified, to close the writing” (147). Furthermore, simultaneously, the concept of closing the writing “suits criticism very well, the latter then allotting itself the important, task of discovering the Author (or its hypostases: society, history, psyche, liberty) beneath the work: when the Author has been found, the text is ‘explained’—victory to the critic (Barthes 147). This reasoning could explain why the crossing of history, gender, and culture in *Memoirs of a Geisha* is so often assumed to be problematic. As Barthes suggests, critics might have decided about the work before reading it. However, as it seems that critics resist killing the author, at least, instead of negating their imaginative expression, fiction writers should be made accountable for how they have crossed these boundaries in their works rather than if they have done so.

The first reason why crossing the boundaries of history, gender, and culture should not be an impediment is that fiction is about imagination. To negate fiction writers to imagine what it is like to be someone other than themselves is to negate their right to work on their craft. The problem that critics have with crossing boundaries is that they believe that there is a “need for authenticity” (Coombe 254) and that crossing boundaries negate this authenticity. However, such critics forget that fiction is not about authenticity but about purporting “to be an authentic account of the actual experiences of individuals” (Watt 27) through the use of imagination.

By overlooking the nature of fiction, scholars have found *Memoirs of a Geisha* to be problematic due to its air of authenticity: “the issue I raise here is not who is more ‘right,’ but rather that of construction and how Sayuri is not only a fictional construct but also one constructed to feel ‘real.’” (Allison 391). As Watt highlights, “the novel's air of total authenticity, indeed, does tend to authorise confusion on this point: and the tendency of some Realists and Naturalists to forget that the accurate transcription of actuality does not necessarily produce a work of any real truth” (31-32). The intention to construct Sayuri, the protagonist of *Memoirs*, with an authentic quality, is an inherent characteristic of the novel, and thus, should not be in itself problematic.

Similarly, others have found the techniques that Golden used to create this air of authenticity to be questionable—ignoring the nature of the novel as a literary form anew. In her essay, ‘Orientalism and the Binary of Fact and Fiction in *Memoirs of a Geisha*,’ Kimiko Akita mentions that “*Memoirs of a Geisha* opens with a chapter titled, most disingenuously, ‘Translator's Notes,’ which consists of a soliloquy by ‘Jakob Haarhuis,’ a fictional professor of Japanese his-

tory at New York University and the fictional translator of the book” (5). Later she mentions that the Translator’s Notes allows “Arthur Golden, alias ‘Jakob Haarhuis,’ [to] detach[...] and distance[...] himself from the story, which allows him to engage in Orientalizing” (Akita 5). Akita has failed to recognize that to construct this air of authenticity, the novel uses different devices such as the Translator’s Notes section or the fact that the novel is named *Memoirs of a Geisha* while being a novel. These devices are in the novel to evoke the air of authenticity that novels purport to have.

Of the boundaries that according to critics and journalists Golden has crossed in *Memoirs of a Geisha*, history is the most surprising. Traditionally, crossing the boundary of history has been part of the writer’s literary license. Furthermore, considering that Golden earned a bachelor’s degree from Harvard College in Art History, specializing in Japanese Art, and a master’s degree in Japanese History from Columbia University (Golden 497), it seems unreasonable that a Japanese historian should not be able to cross the boundary of history. All the more due to the accuracy with which the novel portrays historical facts, a feat that has been even acknowledged by critics that have incriminated Golden’s work: “Golden has done research to portray Gion with an accuracy that most scholars I know agree is good or certainly good enough” (Allison 397). Moreover, to say that one should only portray a setting contemporary to oneself goes against human and literary fascination for the past and future. In these terms, humanity would fail to keep works such as *The Name of the Rose*, *One Hundred Years of Solitude*, or *Nineteen Eighty-Four*.

Similarly, *Memoirs of a Geisha* has been selected for scrutiny for crossing the boundary of gender: a “white man born and raised in the United States, Golden never experienced the geisha world first hand” (Akita 3). However, crossing the boundaries of gender is a regressive notion. In *How Novels Work*, John Mullan mentions that a male author writing a novel narrated by a female is how the Novel in English commenced: “[o]ddly enough, the Novel in English began this way, with men writing as women. Daniel Defoe’s *Moll Flanders* and *Roxana* (1724), are the supposed first-person accounts of female characters” (53).

Of course, the opposite has also happened —some females have written male narrators, such as Emily Brönte in *Wuthering Heights* or Mary Shelley in *Frankenstein*. The liberty of crossing the gender boundary was considered part of the writer’s literary license until some feminist theories questioned male writers writing female narrators. The idea suggested is that men writing first-person female narratives risk overemphasizing characteristics that are perceived to be different between genders and that this would consequently problematize an authentic representation of gender. However, the notion of crossing the gender boundary contradicts recent feminists and, more specifically, gender theories because it regards gender as a binary opposition female/male. As suggested by postmodernists such as Jacques Derrida or Michel Foucault, identity is by nature fluid, and this includes gender. As Smith Hall comments, “the discourse of the postmodern [...] is not something new but a kind of recognition of where identity always was at” (p.115). The problem with the notion of crossing the boundary of gender is that it negates fluidity, bringing back the binary male/female. Ultimately, the concept of crossing the boundary of gender seems a regressive one.

In spite of what was just said, the most controversial border that Golden crossed in *Memoirs of a Geisha* was that of culture. In literature, crossing cultures is nothing new; however, nowadays, cultural appropriation is a hot topic that has become controversial if done. Recently, many conflicts derived from cultural appropriation have been reported worldwide. For instance, the University of Ottawa suspended its yoga classes because it is a practice that originated in

ancient India (Pells), and the students at Oberlin College complained that the bánh mì offered at the campus was culinary appropriation from another culture (Friedersdorf). This last example is puzzling due to the nature of bánh mì —a dish that combines national culinary traditions from Vietnam and France.

Cultural appropriation is not a new concept; it first appeared in 1945, in Arthur E. Christy’s essay ‘European cultural appropriation from the Orient,’ but it is now that it has gained some popularity outside academia. This paper will use the definition by Richard Rogers, who defines cultural appropriation as “the use of a culture’s symbols, artifacts, genres, rituals, or technologies by members of another culture” (474). Something to take into consideration is that although it may co-occur, cultural appropriation does not necessarily involve cultural insensitivity or stereotyping.

Culture is fluid and ever-evolving. Culture interacts, morphs, and integrates into other cultures due to its tremendous value. Moreover, scholars such as Richard Rogers believe that cultural appropriation “is inescapable when cultures come into contact, including virtual or representational contact” (474). Abolishing cultural appropriation would negate any interaction with a culture that is not your own, something implausible. Moreover, not being able to interact with something beyond what is familiar would be detrimental to our ever-growing multicultural and globalized society, which makes the abolition of cultural appropriation futile. Besides that, as Kwame Anthony Appiah comments, the “key question in the use of symbols or regalia associated with another identity group is not: What are my rights of ownership? Rather it’s: Are my actions disrespectful?” (Appiah). As previously explained, appropriation does not necessarily co-exist with cultural insensitivity, stereotyping, or disrespectful signs, and even so, any token of cultural appropriation is received as something negative. According to Appiah’s persuasive case, fiction writers such as Golden should be made accountable for how symbols or regalia are being used rather than if they have done so. Instead of negating cultural borrowings, there should be constructive encouragement.

Although cultural appropriation has a negative connotation, this natural process could be quite positive, and it is, as James O. Young suggests, “wrongfully harmful or offensive less often than some people suggest” (152). For instance, Osamu Tezuka, one of the early pioneers of manga and anime, two of the most recognized art forms of modern Japan, acknowledged the influence that United States’ animation had in his art: “In reality, his art style owes a great debt not only to Disney, but to Max Fleischer (creator of the big-eyed Betty Boop), as well as Japanese artists who preceded him, such as Ryūichi Yokoyama, Suihō Tagawa, and Noboru Ōshiro. Toward the end of his life, Tezuka was more than willing to admit that his style was a potpourri of influences”. (Schodt 44)

Moreover, before finding his style, Tezuka deliberately borrowed, and thus appropriated, the style and stories of some of Disney’s animations which he was an avid fan of: “anyone familiar with comics can see that Tezuka’s biggest stylistic inspiration is the rounded style of Walt Disney, whose work he adored. In his early years, Tezuka had spent hours copying the style of Disney characters in comics and animation, and in 1951 and 1952 he even illustrated Japanese versions of *The Story of Walt Disney*, as well Disney’s *Bambi* and *Pinocchio* for *Manga Shōnen* magazine”. (Schodt 43-44)

Tezuka would end up creating *Astro Boy*, the first weekly TV animated Japanese series, now known worldwide as anime. Through *Astro Boy*, Tezuka would gain recognition in the United States —among his admirers: Walt Disney and Stanley Kubrick. As Roland Kelts mentions, “the mutual admiration between [Tezuka and Disney] is well documented” (44). Tezuka’s example of borrowing and appreciation illustrates that, on many occasions, cultural appropriation

can be framed as a positive exchange of ideas—a natural process in a globalized world, and a process of mutual appreciation between cultures. If cultures were unable to borrow elements from other cultures, it would be detrimental to humanity's evolution. Manga and anime, as they exist nowadays, might not exist otherwise. As James O. Young believes, the broader history of borrowings is one of enrichment (152).

Furthermore, in this day and age, cultural appropriation is inevitable. Not even a ban by the Japanese Government due to the conflicts between America and Japan during World War II could stop Japanese artists from borrowing American pop culture: “Japanese cinemas had been showing American and European animations since 1931, and the popularity of Disney and Fleischer brothers' animations inspired a number of akahon artists to produce pirated or imitated comics, featuring Mickey Mouse or Popeye. It was impossible to completely shut out their influences even after the official ban on American comics”. (Power 39)

This example shows that shutting down borrowings is practically impossible—that is why it is vital to encourage borrowing in a constructive manner.

This paper has a main conclusion: from a theoretical standpoint, the crossing of boundaries in *Memoirs of a Geisha* should not be considered inherently problematic. Golden's identity should not be a restraint for his portrayal of the geisha culture because what the novel as a form does is cross boundaries through the writer's imagination. Moreover, artists are constantly crossing boundaries, but this is harmful less often than is suggested. It is my conviction that the literary world would flourish, more specifically, in issues of identity and appropriation, if readers looked at how works are crossing boundaries rather than if they are doing so. For this reason, further studies should be conducted to look at how Arthur Golden crosses the boundaries of history, gender, and culture in *Memoirs of a Geisha*.

BIBLIOGRAPHY

- Akita, Kimiko. 'Orientalism and the Binary of Fact and Fiction in Memoirs of a Geisha.' *Global Media Journal*, vol. 5, no. 9, 2006, pp. 1-11.
- Allison, Anne. 'Memoirs of the Orient.' *Journal of Japanese Studies*, vol. 27, no. 2, 2001, pp. 381-398.
- Appiah, Kwame Anthony. 'Should I Tell my Aunt that Her Costume is Racist?'. *The New York Times Magazine*, 21 Jan. 2020, <https://www.nytimes.com/2020/01/21/magazine/should-i-tell-my-aunt-that-her-costume-is-racist.html>. Accessed 18 March 2023.
- Barthes, Roland. 'The Death of the Author.' *Image, music, text*, Fontana, 1977, pp. 142-148.
- Coombe, Rosemary J. 'The properties of culture and the politics of possessing identity: Native claims in the cultural appropriation controversy.' *Canadian Journal of Law and & Jurisprudence*, vol. 6, no. 2, 1993, pp. 249-285.
- Friedersdorf, Conor. 'A Food Fight at Oberlin College'. *The Atlantic*, 21 Dec. 2015, <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2015/12/the-food-fight-at-oberlin-college/421401/>. Accessed 18 March 2023.
- Golden, Arthur. *Memoirs of a Geisha*. London, Vintage, 2005.
- Kelts, Roland. *Japanamerica: How Japanese pop culture has invaded the US*. St. Martin's Press, 2006.
- Mullan, John. *How Novels Work*. Oxford University Press, 2006.
- Pells, Rachael. 'University Yoga Class Suspended due to 'Cultural Appropriation' Dispute'. *Independent*, 22 Nov. 2015, www.independent.co.uk/news/world/americas/university-yoga-class-suspended-over-cultural-appropriation-dispute-a6744426.html. Accessed 10 May 2022.

Power, Natsu Onoda. *God of Comics: Osamu Tezuka and the Creation of Post-World War II Manga*, University Press of Mississippi, 2009.

Rogers, Richard A. 'From Cultural Exchange to Transculturation: A Review and Reconceptualization of Cultural Appropriation.' *Communication Theory*, vol. 16, no. 4, 2006, pp. 474-503.

Schodt, Frederik L. *The Astro Boy Essays: Osamu Tezuka, Mighty Atom, and the Manga/Anime Revolution*. Stone Bridge Press, 2007

Smith, Dinitia. 'Man Who Dared To Write About a Geisha's Mind.' *The New York Times*, 29 Dec. 1998, <https://www.nytimes.com/1998/12/29/books/man-who-dared-to-write-about-a-geisha-s-mind.html>. Accessed 18 March 2023.

The John Adams Institute. 'Arthur Golden on Memoirs of a Geisha.' 12 May. 1999. www.john-adams.nl/arthur-golden/. Accessed 18 March 2023.

Watt, Ian. *The Rise of the Novel: Studies in Defoe, Richardson and Fielding*. Pimlico, 2000.

Young, James O. *Cultural Appropriation and the Arts*. Blackwell Pub, 2008

FROM GUERNICA TO OKHTYRKA: NARRATING CONFLICT FROM SPAIN TO UKRAINE

Ibrahim Al-Marashi ^{UK}

Professor at IE School of Politics, Economics and Global Affairs

A pernicious term has developed in the public, “Ukraine fatigue.” A burnout of empathy and compassion for the victims of this war has set in more than a year since the Putin’s attempt to seize Kyiv, the capital of Ukraine. In this regard, the humanities serve as a means to remind humanity that they have a responsibility to remember (R2R) the human victims of the war, that they are not just some figures one reads about in papers or watch on the news.

This article adopts the technique used by Elizabeth Dauphinee in *The Politics of Exile*, a 2013 academic work that employs storytelling, where the scholar serves as the protagonist while conducting research on the Bosnian civil war that raged between 1992 and 1995.

Abandoning the generally depersonalized nature of academic writing, her work focuses on the individuals caught up in this conflict, taking the reader into their personal lives and domestic spaces. She creates a synergy, a dialogue between the humanities and the social sciences.

Following Dauphinee’s approach, this article focuses on the first day of the 2022 war, from the apartment of Maria Marchenko, a Ukrainian researcher, working in an international NGO, to an airplane where I am very close to the warzone, flying to Turkey and then Lebanon to deliver medicine to Maria Shakir, my grandmother’s older sister, another person whose life was irrevocably transformed by conflicts, from World War One to the Lebanese civil war that began in the Seventies.

This tale of two Marias, from Spain to Ukraine to Lebanon, is one of the greater Mediterranean, which has witnessed millennia of conflicts and continues to be a site of war to this day.

It’s close to 5 am on 24 February 2022 in Kyiv. Explosions nearby jolted Maria Marchenko from her sleep. She lives near the airport, which has just been hit by a barrage of ballistic missiles.

At the same time in Madrid, it’s 6am, and I am packing for my trip to Lebanon in a few hours to visit my grandmother’s older sister, Maria Shakir, delivering her the pain reliever Panadol and US dollars, both in short supply in there.

While I pack, Maria called her parents in her hometown, Okhtyrka, in the Sumy region, 50 kilometers from the border. Her hands trembled as she was not sure if they or her grandparents were alive.

She couldn’t find the words to tell her mother so early in the morning that the invasion had begun. Her father, however, had already heard the news.

She hadn’t packed a bag because she did not believe that war would erupt. In some way she felt if she did pack her bag for such a scenario, it would eventually manifest. War materialized regardless of her decision.

She hurried, collecting her documents, warm clothing, her laptop, and chargers. She found some photos with family and friends and put them in her bag, just to preserve memories of a more innocent time.

When she left her apartment for the bomb shelter, Maria witnessed traffic jams and long lines at pharmacies and grocery stores, living in real life scenes she had only seen in blockbuster films about the apocalypse.

I tried to call Maria before my flight, a four-hour journey to Turkey where I would be cut off from any means of communication. Fortunately, as I am about to board the plane and have to turn off my phone, she picks up, her voice choking, simply declaring her wish for peace.

As I board a civilian airliner at Madrid Barajas airport for my flight, I have an historical epiphany. On 26 April 1937, what was a German civilian airliner had been retrofitted with bomb bay doors. It was designed to carry civilians over mass distances. Instead, a fleet of these planes would carry bombs, weapons of mass destruction over mass distances, to bomb the masses, civilians in a Spanish town called Guernica.

Picasso’s iconic painting of the event depicts an innovation in modern warfare, when civilians are looking up to the sky in shock, as for the first time in human history death is coming from above.

While I think about Guernica, in Okhtyrka, the battle for Maria’s hometown begins, 11am Ukraine time. Here the battles break out in residential areas and soon the fuel air explosives (FAE) are launched over the town. The word “air” is essential to life, breathed in through our lungs. The weapon uses what gives us life to take away life. The FAE first detonates an initial explosion, sucking away oxygen from the air, while releasing a ball of gas that can encompass an entire neighborhood. Within a split second, a second explosion ignites the cloud of gas, creating a massive fireball, literally hell on earth. A hell on earth that is home for Maria’s parents. It’s as if the mythological dragon from the Tolkien novels has attacked her hometown, with the potential of inflicting real-life death on her parents.

The war in Ukraine is not a simple war between Russians and Ukrainians. It has split families, more akin to the Spanish civil war in which the Guernica tragedy unfolded. Many Ukrainian families have relatives in Russia, including Maria’s. Her mother’s sister left for Russia 25 years ago. They were torn due to the conflict. Her aunt would post pro-Putin posts on social media appealing to the values of “fraternal peoples.” The rift between the two sides of the family will probably never heal.

As my plane descends into Istanbul airport, from the window I scan the horizon, knowing Ukraine is to the north of me. As I travel to meet one Maria, to bring medicine and money to keep her alive, I pray for the other Maria to be protected and kept alive.

When I arrive in Istanbul airport, it is unusually empty. I see the screen with a list of cancelled flights that were destined for Ukraine.

Two hours later my plane from Istanbul takes off to Lebanon, while not too far away planes hover over places like Kyiv and Okhtyrka, raining bombs and missiles on these cities.

Four hours later, I am in a small home in Zahle, Lebanon. Maria Shakir is 98 years old. She is elated to see me and has prepared for me fresh hummus with olive oil and sesame seeds, falafel, ma'lube, a rice dish with steamed chicken, cinnamon and pine nuts. There is a storm in the high mountains of Lebanon, but she has the heater on. While I am in the most comfortable setting, my second home, Maria's second home is underneath the earth, a cold, underground bomb shelter. While I have a sumptuous Lebanon feast, Maria in Kyiv occasionally comes up for air, to find soup during the ephemeral lull of security, until the sirens call her back.

I asked Maria in Zahle to turn on the TV so I could find news about Maria in Kyiv. My Maria in Zahle, watching the Lebanese news, frets when she learns that the grain supply from Ukraine will be interrupted, increasing the price of bread in Lebanon. It's fortunate I have arrived with US dollars to help her adjust to this crisis.

On top of the TV set there is an image of Jesus Christ. I am Muslim. Maria and my entire grandmother's family is Christian. The country of Lebanon tore itself apart because its Muslims and Christians could not see what unites them, and instead focused on the narcissism of small differences, plunging the country into a civil war from 1975 to 1991. Yet here I am, a Muslim, flying across the Mediterranean to help my Christian great-aunt, bringing her money, medicine, and my love. That was my 24 of February 2022. My Maria in Ukraine on that day experienced a different 24 hours, born out of hate.

The architects of invasion could only focus on hate, in their minds, dark, vacuous caverns where only enmity and evil exist, and thus they created unnecessary differences between the two nations. My Maria in Ukraine became another victim in this tragedy, the history of hate.

Photography

STUDENTS + ALUMNI

- 1ST SUMMER MUSINGS**
Frederick von Finck
- 2ND JUNGLE DEPTHS**
Jorge Del Aguila
- 3RD MARÍA**
José Mansilla

FACULTY + STAFF

- 1ST REFLECTION**
Javier Cumella
- 2ND BEACH LIFE**
Nicolas Randall
- 3RD ENCOUNTER**
José María Cuéllar













Photo Series

STUDENTS + ALUMNI

1ST TABASKI IN SENEGAL
María Bravo

2ND HORIZON
Juliette Meyer

3RD ARDEN
José Mansilla

SM GRANDPARENTS IN BEIJING
Yijun Liu

FACULTY + STAFF

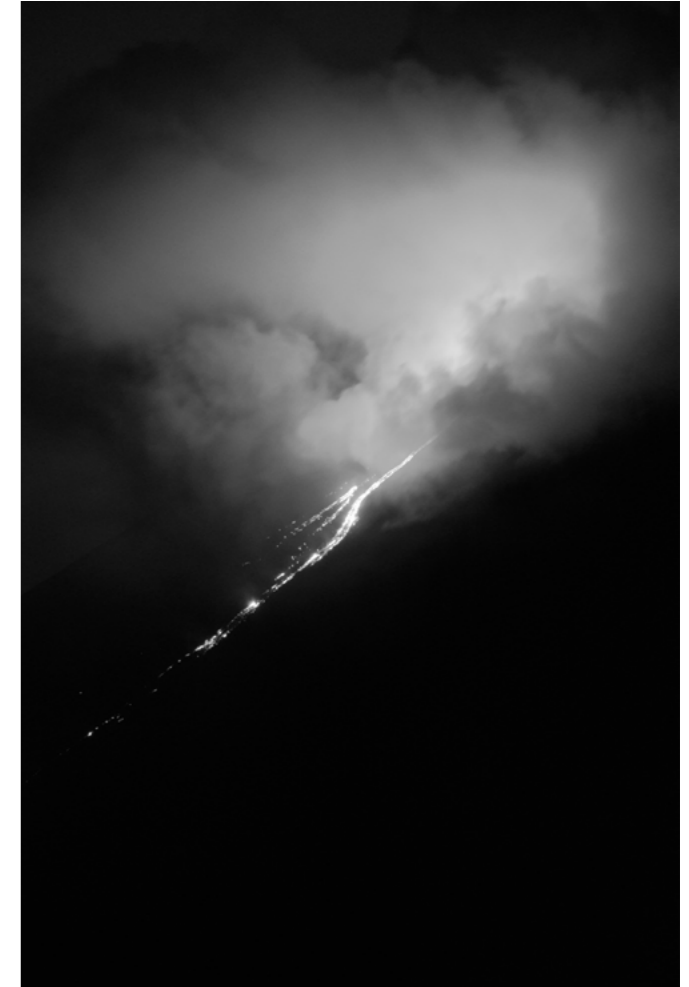
1ST CUBARAUIS
Abidin Mohamed Hamudi

**2ND ORWELL'S 1984: THE LONDON
OF BIG BROTHER**
Goyo Romero Carretero

3RD WHAT THE WATER GAVE ME
Virginia Ortega Sánchez-Migallón









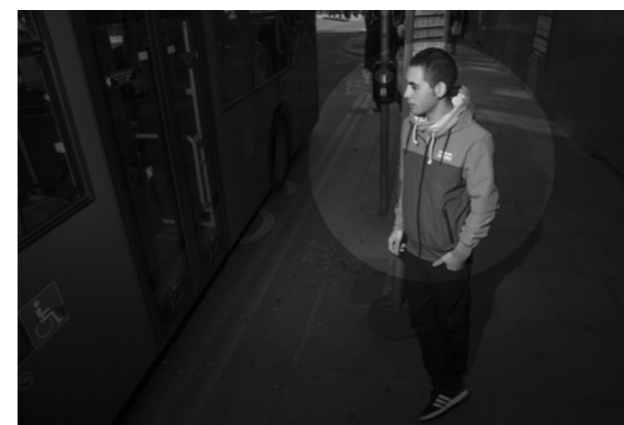
2002年8月4日
于北京人民大会堂广场

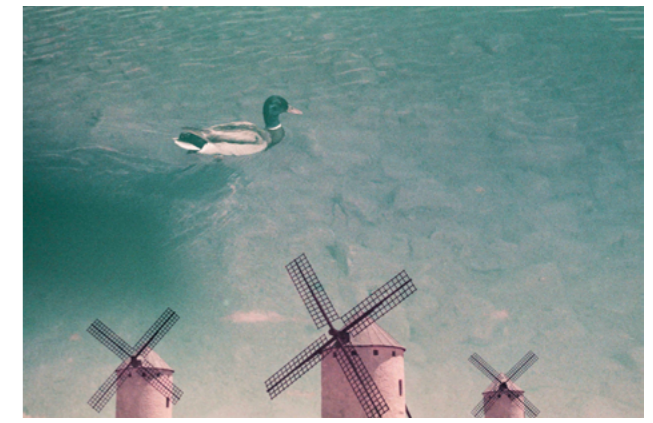
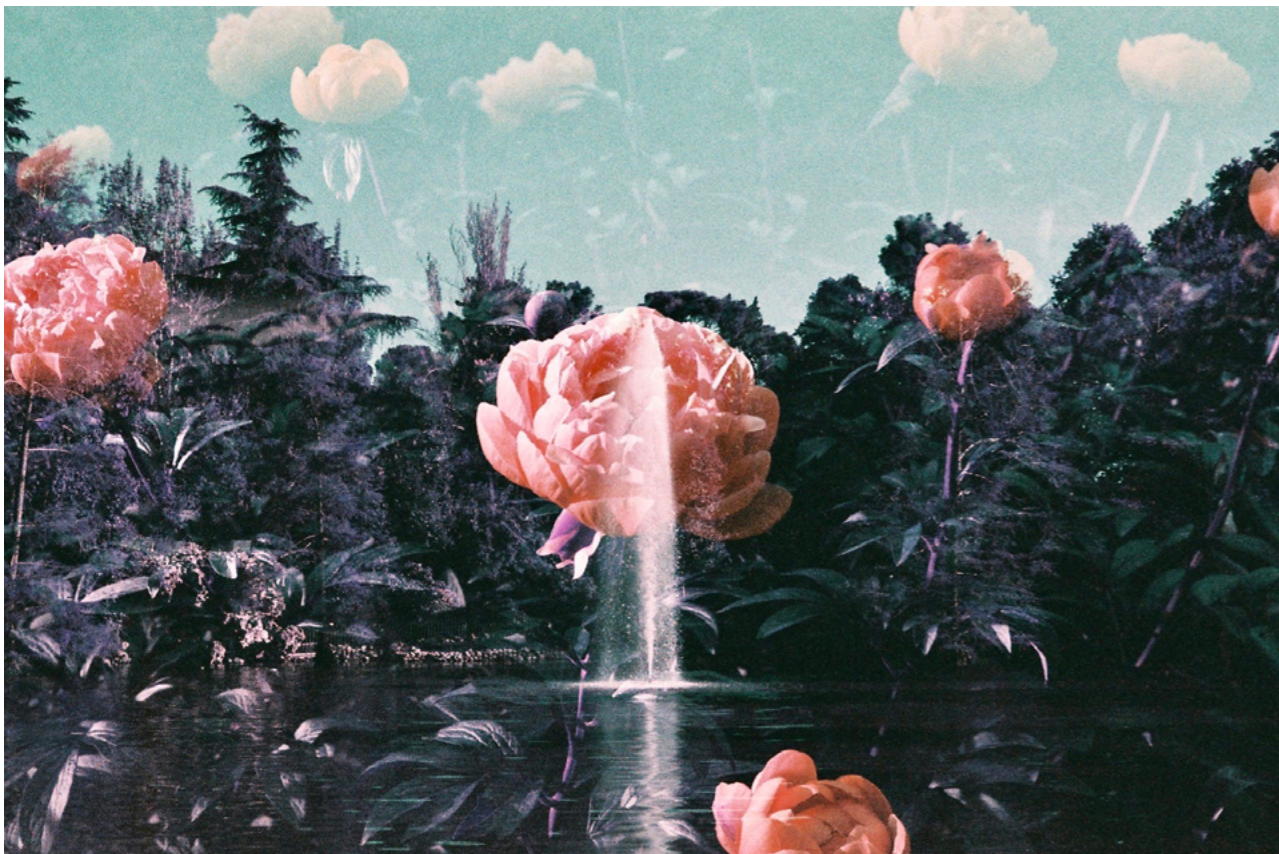
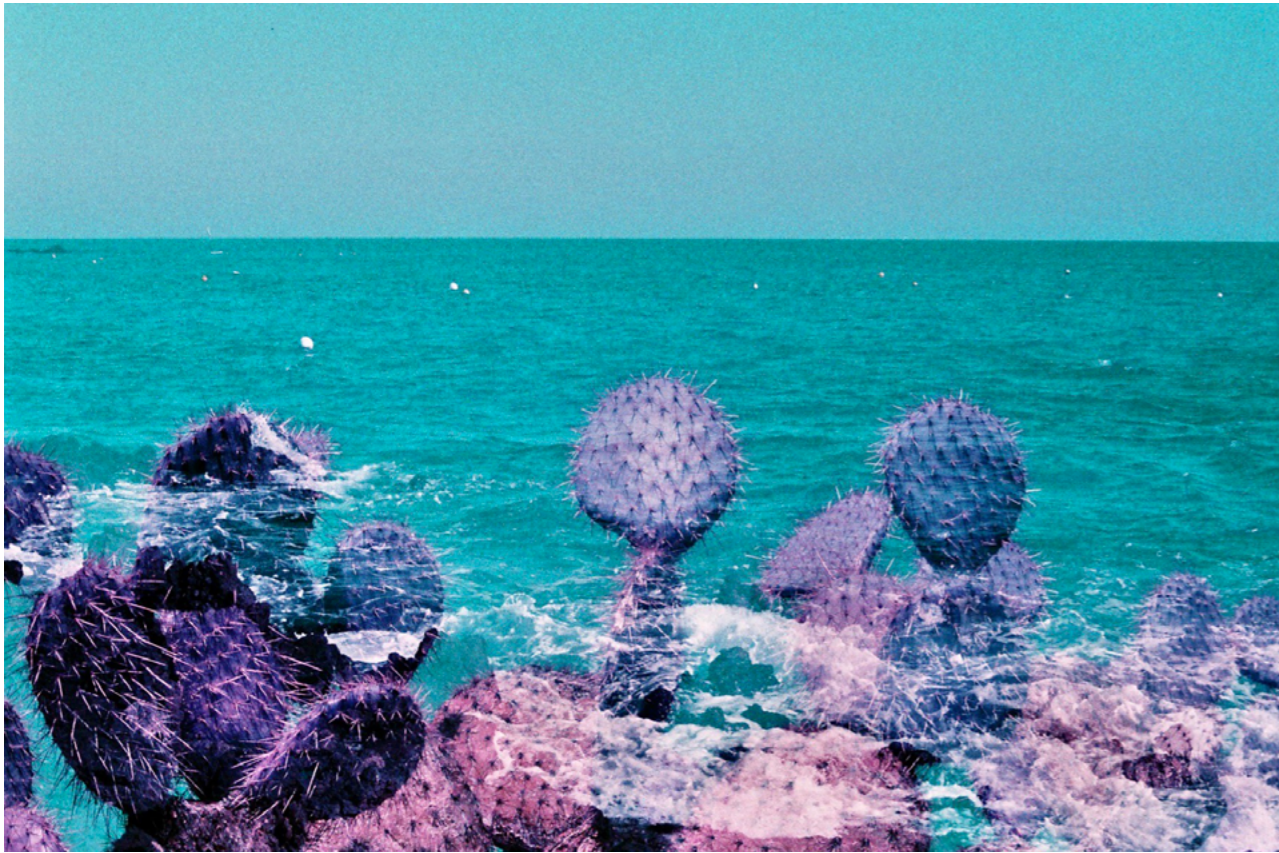
2002年8月4日
于北京人民大会堂门前

2002年8月4日
于北京人民英雄纪念碑前









Video

STUDENTS + ALUMNI

^{1ST} **ZAMBEZIA: A WELL FOR CHANGE**

Amine Harboul

^{2ND} **HUMAN MEETS NON-HUMAN**

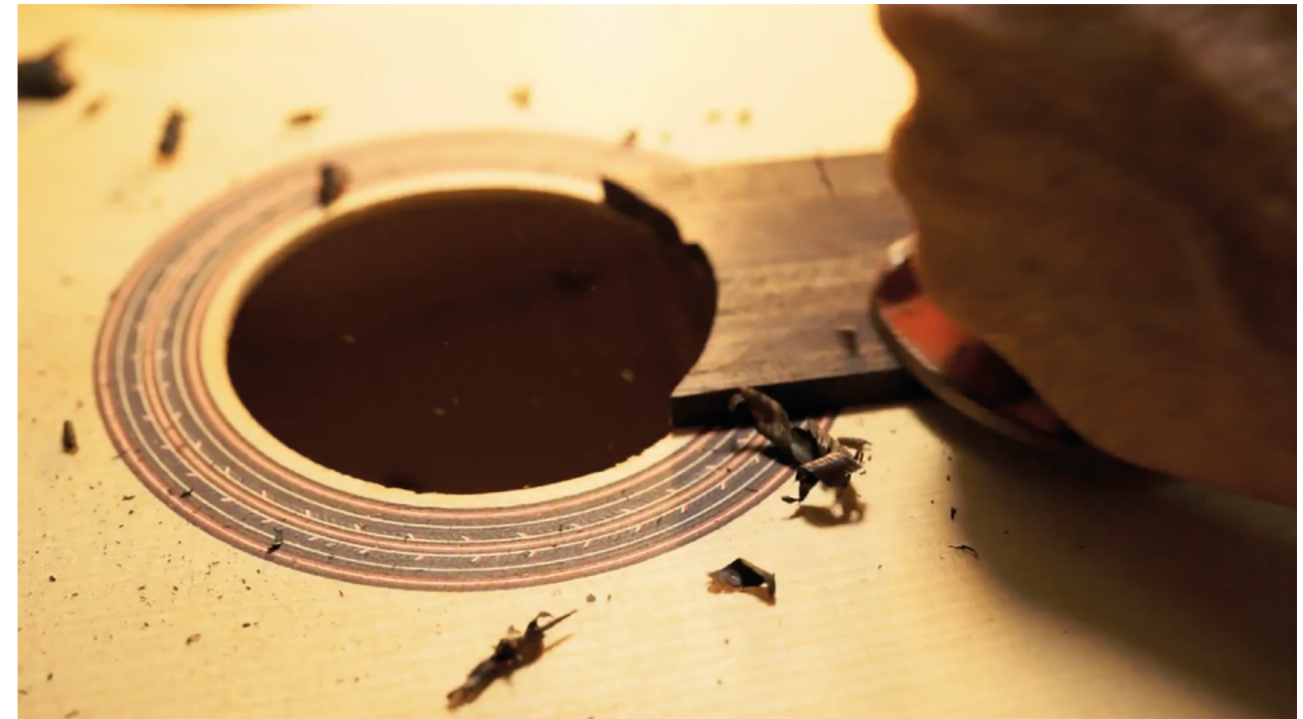
Marta García

^{3RD} **GUITARRERO MARIANO CONDE**

Fiona Conlon







Digital Art

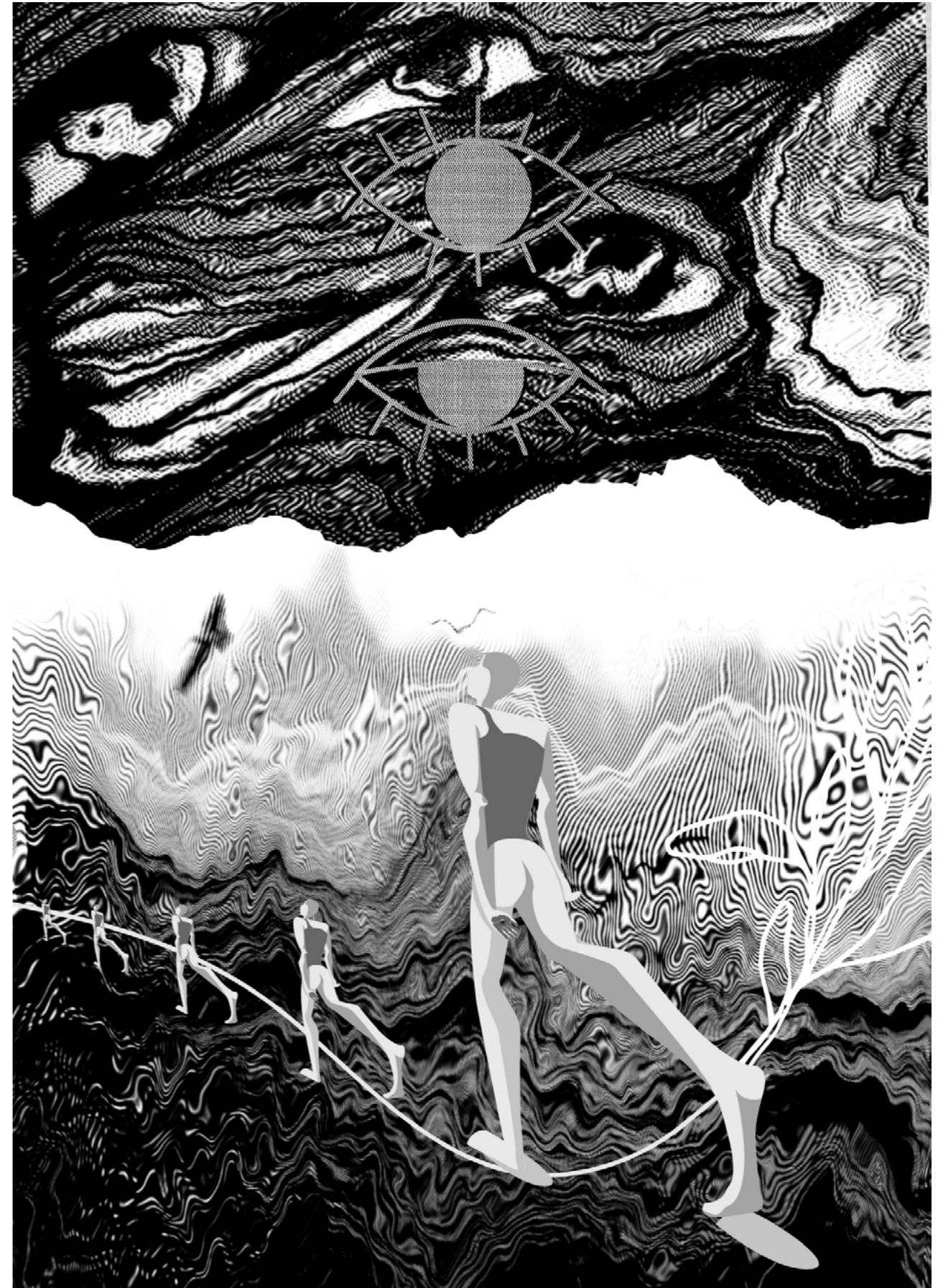
STUDENTS + ALUMNI

- 1ST 9 LIVES**
Arseniy Petrov
- 2ND AMERICAN GOTHIC**
Natalia Rubio Shnaiderman
- 3RD EYES ON YOU**
Mohamed Elyess

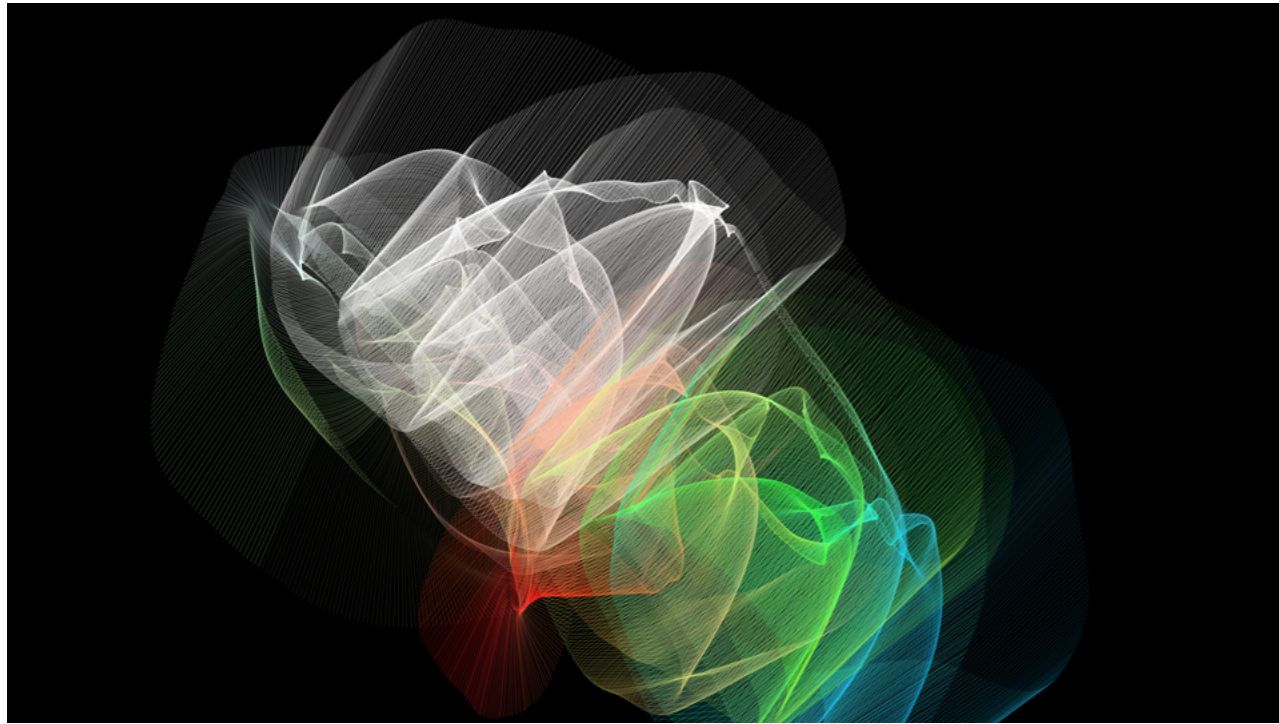
FACULTY + STAFF

- 1ST ATMOSPHERE 05, ATMOSPHERE 06,
ATMOSPHERE 08**
Juan Cabello Arribas
- 2ND BRAINART**
Alberto Levy
- 3RD FLY BY**
Nicolas Randall









EPILOGUE

Dear Reader,

At IE Foundation our motto is 'Talent taking care of Talent.'

And what a better way to celebrate the talent of the IE community, including students, alumni, faculty and staff, than to, one more year, honor those who have distinguished themselves in the IE Foundation Prizes on the Humanities.

Personally, it has always been an honor to be a jury together with a remarkable group of people that, with their passion for the Arts and the Humanities, decide every year which are the best essays, short stories, poems, photographs, videos, and digital art pieces -a new category this year- that will be receiving the prizes. And doing this is not an easy task, since in each edition, we have a higher number of submissions and of higher quality. On behalf of all of us at IE Foundation, let me extend our warmest congratulation to all the participants in this year's edition, and especially to the winners in each category. And we want to ask them to always maintain that drive to create and share their talent with others.

As you all know, the Humanities have always been a core value at IE University, and one crucial element of the mission of the Foundation is to promote these values. In fulfilling this mission, the Foundation works with many departments at IE University, and in the IE Foundation Prizes in the Humanities, practically the whole success of the initiative must be credited to the contribution of all the great team at the Arts and Humanities Division. So, I would like to take this opportunity to thank Catalina Tejero, María José Ferrari, Keely Eisele and the rest of the team for their devoted and excellent work throughout these last months. And likewise thank, once more, Victoria Gimeno for the outstanding support she provided in all the previous editions of these prizes.

IE Foundation will continue to work in the three pillars that support its activities: providing scholarships for extraordinary students so that they can study at IE University despite not having the full financial means for it; promoting excellent knowledge generation and diffusion activities of its extremely talented faculty members; and strengthening the IE Community and promoting IE University values. And every year, we are capable to strengthen our commitment to these pillars thanks to the collaboration of each of our stakeholders and to the generous contributions of an increasing number of individual and corporate donors, to which we will always remain grateful.

Gonzalo Garland

Executive Vice President, IE Foundation

Querido lector,

En la Fundación IE nuestro lema es “Talent Taking Care of Talent”.

Y qué mejor manera de celebrar el talento de la comunidad IE, incluidos estudiantes, antiguos alumnos, profesorado y *staff*, que honrar otro año más a aquellos que han destacado en los Premios de Humanidades de la Fundación IE.

Personalmente, siempre ha sido un honor formar parte del jurado junto a un excepcional grupo de personas que, con su pasión por las Artes y Humanidades, deciden cada año cuáles son los mejores ensayos, relatos cortos, poemas, fotografías, vídeos, y piezas de arte digital –una nueva categoría– que recibirán los premios. No es una tarea sencilla, ya que en cada edición se incrementa el número y la calidad de las candidaturas. En nombre de todos los miembros en la Fundación IE, permitidme haceros llegar nuestra más cálida enhorabuena a todos los participantes en la edición de este año y, sobre todo, a los ganadores de cada categoría. Queremos pedirles que mantengan siempre ese impulso para crear y compartir su talento con los demás. Como todos sabéis, las Humanidades siempre han sido uno de los valores fundamentales en la Universidad IE, y promover estos valores es uno de los elementos cruciales en la misión de la Fundación. Para cumplir este objetivo, la Fundación colabora con muchos departamentos de la Universidad IE. Prácticamente, todo el éxito de los Premios de Humanidades se debe a la contribución del gran equipo de la División de Artes y Humanidades. Por lo tanto, me gustaría aprovechar esta oportunidad para agradecer a Catalina Tejero, María José Ferrari, Keely Eisele y al resto del equipo por su dedicación y excelente trabajo a lo largo de estos últimos meses. Asimismo, quisiera dar las gracias una vez más a Victoria Gimeno por el excepcional apoyo que ha ofrecido en todas las anteriores ediciones de los premios.

La Fundación IE continuará trabajando en los tres pilares que apoyan sus actividades: proporcionar programas de becas a estudiantes excepcionales para que así puedan estudiar en la Universidad IE a pesar de no disponer de los recursos económicos necesarios; fomentar la creación de conocimiento de máxima calidad de los miembros del profesorado; y fortalecer la Comunidad IE y promocionar los valores de la Universidad. Cada año somos capaces de fortalecer nuestro compromiso con estos pilares gracias a la colaboración de cada uno de nuestros *stakeholders* y a las generosas contribuciones de un creciente número de personas y corporaciones donantes a los que estaremos siempre agradecidos.

Gonzalo Garland

Executive Vice President, IE Foundation

A REFLECTION ON AI & CREATIVITY

by Catalina Tejero,
Vice Dean,
IE Arts & Humanities
Division

One more year, we pause to celebrate the human experience. We invite our community to unleash their passions and help each other push the boundaries of our creativity to better understand what moves us, what makes us enjoy, but also what makes us struggle. It is a meaningful exercise that allows us to better understand who we are as a group of individuals that live and learn together. It helps us better understand what it means to live.

This practice seems particularly relevant in a year where we have witnessed the rapid advancement of artificial intelligence. These technologies have been widely embraced for their ease of use and ability to complete nearly any task at hand across industries. More than ever, we must foster a humanistic perspective on innovation and our capacity to look critically into technological advancements. As Generative AI is here to stay, let's prepare ourselves for the ever-changing developments of these technologies and the exciting opportunities that come with living and creating in this age of advancement.

Humanities are a long-standing foundation of society and embedded at the core of IE University. Humanities are proof of human experience and what sets us apart from other species and now perhaps, machines. Therefore, the question is not whether these technologies can produce a text that resembles a poem or a work of Digital Art. In fact, those who have experimented with these two platforms can attest, both can produce either of these in a matter of seconds. The question instead, should be whether we consider these AI-generated works a creative acts, should they be experienced through the same lens as human creations, which have been inspired by human experiences. Do we need true human inspiration and intention to generate empathy and compassion? May these works truly move us and generate connection among us?

I encourage you, as you hold this book in your hand, to explore the works created by the IE community and reflect on the endless ways that inspiration can occur and mediums for which creativity can be expressed.

Thank you to the participants who help us connect as a community at a deeper level and continue to reinforce the importance of the human experience as authentic fuel for creativity.

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y LA CREATIVIDAD

por Catalina Tejero,
Vicedecana,
IE Arts & Humanities
Division

Un año más, hacemos una pausa para enaltecer la experiencia humana. Invitamos a nuestra comunidad a dar rienda a sus pasiones y a empujar los límites de su creatividad para entender mejor lo que nos mueve, lo que nos hace disfrutar, pero también lo que nos quita el sueño.

Es un valioso ejercicio que nos permite entender mejor quiénes somos como grupo de individuos que viven y aprenden juntos. También nos ayuda a entender mejor qué significa estar vivo. Este ejercicio es especialmente relevante en un año en el que hemos sido testigos de la gran velocidad a la que avanza la inteligencia artificial. Las nuevas herramientas basadas en la IA han tenido una gran acogida debido a su fácil uso y a su habilidad para desempeñar múltiples tareas en cualquier industria.

Más que nunca, debemos fomentar una perspectiva humanística en la innovación y en nuestra capacidad para examinar de manera crítica los avances tecnológicos. En tanto que la IA ha venido para quedarse, debemos prepararnos para sus constantes avances y para las apasionantes oportunidades que esta era de progreso presenta.

Las humanidades son uno de los sustentos primordiales en nuestra sociedad y, como no podía ser de otra manera, también forman parte de la esencia de nuestra universidad. Las humanidades son manifestación de la experiencia humana, de lo que nos distingue de otras especies y, quizás también ahora, de las máquinas.

La pregunta no es si estas tecnologías pueden generar un texto que pudiera parecer un poema o una pieza de arte digital; de hecho, aquellos que han experimentado con estas tecnologías pueden dar fe de que son capaces de realizar estos trabajos en cuestión de segundos. La pregunta es si deberíamos considerar estas obras generadas por la IA como fruto de la creatividad y si deberíamos experimentarlas desde el mismo prisma que las creaciones humanas inspiradas en experiencias humanas. ¿Es necesaria una auténtica inspiración e intención humana para generar empatía y compasión? ¿Pueden estos trabajos generados por la IA realmente conovernos y generar conexiones entre nosotros?

Mientras sostenéis este libro en vuestras manos, os animo a explorar las obras creadas por la comunidad IE y a reflexionar sobre las infinitas maneras y medios en los que puede estimularse la inspiración y a través de los cuales puede expresarse la creatividad. Gracias a todos los participantes que nos han ayudado a conectar como comunidad a un nivel más profundo y a continuar reforzando la importancia de la experiencia humana como verdadero estímulo para la creatividad.

THE JURY

RELATO CORTO, ENSAYO CORTO Y POESÍA

Diego del Alcázar

— *Founder of IE*

Javier Ayuso Canals

— *Journalist*

Rosa Belmonte

— *Journalist*

Juan C. Fernández Aganzo

— *Poet, Writer and Journalist*

Anunciada F. de Córdova

— *Poet and Ambassador of Spain in Hungary*

Gabriel Albiac

— *Philosopher and Writer*

Bieito Rubido Ramonde

— *Journalist and Director of El Debate*

Javier Moro

— *Writer*

Victoria Gimeno

— *Director of Institutional Relations, Development and Admissions at IE University*

María José Ferrari

— *Vice Dean, IE Arts & Humanities Division*

Catalina Tejero

— *Vice Dean, IE Arts & Humanities Division*

Sofía Rondán

— *Associate Director of Admissions, IE University and Secretary of the Jury*

Manuel Muñiz

— *Provost, IE University*

Namita Gokhale

— *Writer, Editor, and Director of the Jaipur Literature Festival*

Regina Llamas

— *Professor of Humanities, IE University*

Tom Burns

— *Journalist and Essayist*

Gonzalo Garland

— *Executive Vice President, IE Foundation*

María José Ferrari

— *Vice Dean, IE Arts & Humanities Division*

Kit Fan

— *Poet and Writer*

Felix Valdivieso

— *Writer and Chairman, IE China Center*

Julián Montaña

— *Vice Dean for Academic Innovation, IE Law School*

Kerry Parke

— *Associate Director of Communications, IE University*

Goretti González

— *Professor of Humanities, IE University*

Carlos de Vega

— *Director El País Digital*

Ignacio Itarte

— *Photographer*

Jean-Marc Manson

— *Photographer*

Geoffroy Gerard

— *General Director, IE Foundation*

Begoña González-Cuesta

— *Dean of Education and Academic Experience, IE University*

Vincent Doyle

— *Professor of Media and Cultural Studies, IE University*

Iona Oliveira

— *Associate Dean of Communication and Digital Media, IE University*

Catalina Tejero

— *Vice Dean, IE Arts & Humanities Division*

Roberto Arribas

— *Photographer and Secretary of the Jury*

Daniel Canogar

— *Contemporary Visual Artist*

Enrique Agudo

— *New Media Artist*

David Goodman

— *Dean, IE School of Architecture and Design*

Vincent Doyle

— *Professor of Media and Cultural Studies, IE University*

Catalina Tejero

— *Vice Dean, IE Arts & Humanities Division*

Jesús Pascual

— *Manager of Communications, IE University and Secretary of the Jury*

This book consists entirely of works generated by third parties who are winners of the contest “IE FOUNDATION PRIZES IN THE HUMANITIES.” While every effort has been made to ensure that the content is original, IE Foundation does not guarantee the originality of the works presented, which are the responsibility of the winners. In no event IE Foundation is responsible for any loss or damage whatsoever arising from the use or misuse of this book.

Check all the info about the prizes at
www.fph.ie.edu/winners

Puedes ver toda la información de los premios en
www.pfh.ie.edu/galardonados

Direction	Catalina Tejero
Design	Koln Studio
Texts edition	Saila Marcos

This book was composed with the typefaces *General Grotesque* and *Ivory*.

© All photographs belong to the authors.
© All texts belong to the authors.

Juan Pablo González
José Manuel Jiménez Naranjo
Miguel Arias
Sergio Rodríguez Jiménez
Lucía Bonilla M. (L. Bleusvet)
Fernando Mendieta Benedicto
Dionisio Uría
Antonio Ruiz González-Mateo
Pablo Renaud
Ottón Solís
Antonio Sanz
Myhrra Duarte
Víctor Carmona Vara
Ignacio Lasheras
Borja Santos Porras
Marcelino Lominchar Plaza
Emily Fuller
Sahil Baxi
Sofía Barreto
Bruce Busta
María Eugenia Marín
Barnaby Shand
Alicia Lichter
Ashton Lewis
Michael Suire
Yuzuko Kitta

Kseniia Trifonova
Catalina Tarrazo
Pallavi Aiyar
Iván Cuadra García
Ibrahim Al-Marashi
Frederick von Finck
Jorge Del Aguila
José Mansilla
Javier Cumella
Nicolas Randall
José María Cuellar
María Bravo
Juliette Meyer
Yijun Liu
Abidin Mohamed Hamudi
Goyo Romero Carretero
Virginia O. Sánchez-Migallón
Amine Harboul
Marta García
Fiona Conlon
Arseniy Petrov
Natalia Rubio Shnaiderman
Mohamed Elyess
Juan Cabello Arribas
Alberto Levy
Nicolas Randall

